

Matadero Cinco

La cruzada de los niños



Kurt Vonnegut

Lectulandia

Matadero Cinco catapultó a **Kurt Vonnegut** como uno de los grandes ídolos de la juventud norteamericana y se convirtió de inmediato en un clásico de la literatura contemporánea. Una historia amarga, conmovedora y a la vez divertidísima, de la inocencia confrontada con el apocalipsis, «una novela con ribetes esquizofrénico-telegráficos», en palabras de su autor.

Kurt Vonnegut fue hecho prisionero en la Segunda Guerra Mundial y se encontraba en Dresde cuando esta ciudad fue bombardeada y arrasada por la aviación norteamericana; este hecho le marcó profundamente y decidió escribir un libro en torno a ese tema: *Matadero Cinco*. La historia de un superviviente de la matanza que, muchos años más tarde, es raptado y transportado al planeta Trafalmore es una de las muchas tramas que se entrecruzan en una obra profundamente innovadora, en la que resplandecen cegadoras metáforas de la nueva era y en la que los pasajes de ciencia-ficción funcionan a la manera de los payasos de Shakespeare. El humor, a menudo muy negro, es esencial en la obra de Vonnegut, quien ha afirmado que «lo cómico es parte tan integral en mi vida que empiezo a trabajar en una historia sobre cualquier tema y, si no encuentro elementos cómicos, la dejo».

Lectulandia

Kurt Vonnegut

Matadero Cinco

La cruzada de los niños

ePUB v2.0

GONZALEZ 16.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Slaughterhouse-Five or the Children's Crusade*

© 1969, Kurt Vonnegut

Traducción: Margarita García de Miró

Diseño de portada: emesalgado

Corrección de erratas: ojocigarro & evilZnake

ePub base v2.0

*A Mary O'Hare
y Gerhard Müller*

*El ganado muge,
El Niño se agita,
Pero Jesusito,
ni llora ni grita.*

Todo esto sucedió, más o menos. De todas formas, los partes de guerra son bastante más fieles a la realidad. Es cierto que un individuo al que conocí fue fusilado, en Dresde, por haber cogido una tetera que no era suya. Igualmente cierto es que otro individuo, al que también conocí, había amenazado a sus enemigos personales con matarlos por medio de pistoleros alquilados. Y así sucesivamente. He cambiado los nombres de los personajes.

Es cierto que volví a Dresde, con dinero de Guggenheim (Dios le bendiga), en 1967. La ciudad se parecía un poco a Dayton, Ohio, aunque con muchos más espacios libres. Su suelo debía de contener toneladas de harina de huesos humanos.

Volví allí con un viejo camarada de la guerra, Bernard V. O'Hare, y nos hicimos amigos del taxista que nos llevó hasta el matadero donde nos habían encerrado una noche como prisioneros de guerra. Su nombre era Gerhard Müller y nos dijo que había sido prisionero de los americanos durante algún tiempo. Le preguntamos qué tal se vivía bajo el comunismo, y él respondió que al principio era terrible —pues todo el mundo tenía que trabajar muchísimo, aparte de que no había ni cobijo ni alimentos ni ropas adecuadas—, pero que ahora las cosas estaban mucho mejor. Tenía un apartamento, pequeño aunque muy agradable, y su hija recibía una educación excelente. La madre quedó calcinada en el bombardeo de Dresde. Como suena.

En Navidades envió una postal a O'Hare cuyo texto decía:

«Deseo que usted y su familia, así como su amigo, pasen unas felices Navidades y un próspero Año Nuevo, y espero que nos encontraremos nuevamente, si la casualidad lo permite, dentro de un taxi, en un mundo de paz y libertad.»

Me gustó mucho eso de «si la casualidad lo permite».

Me disgustaría decir lo que este asqueroso librito me ha costado en dinero, malos ratos y tiempo. Cuando volví a casa después de la Segunda Guerra Mundial, hace veintitrés años, pensé que me sería fácil escribir un libro sobre la destrucción de Dresde, ya que todo lo que debía hacer era contar lo que había visto. También estaba seguro de que sería una obra maestra o de que, por lo menos, me proporcionaría mucho dinero, por tratarse de un tema de tal envergadura.

Pero cuando me puse a pensar en Dresde las palabras no acudían a mi mente, al menos no en número suficiente para escribir un libro. Y tampoco ahora, que me he convertido en un viejo fatuo con sus recuerdos, sus manías y sus hijos ya crecidos, tengo palabras para hacerlo.

Pienso en lo inútil que me ha resultado el recuerdo de Dresde, en lo tentador que

ha sido el tema para muchos escritores, y me acuerdo del famoso estribillo:

*Había en Estambul un joven
Que así interpelaba a su herramienta:
«Me quitaste la salud
Y mi hacienda arruinaste,
Y ahora todo es poco para ti,
¡Vieja loca!»*

Y también me acuerdo de la canción que sigue:

*Mi nombre es Yon Yonson.
Trabajo en Wisconsin,
En una serrería
Y cuando voy por la calle,
La gente me pregunta:
«¿Cómo te llamas?»
Y yo contesto:
«Mi nombre es Yon Yonson,
Trabajo en Wisconsin...»*

Y así hasta el infinito.

Al paso de los años, la gente que he conocido me ha preguntado muchas veces en qué trabajo, y por lo general yo he contestado que la obra más importante que tengo entre manos es un libro sobre Dresde.

Una vez le dije eso a Harrison Starr, el productor de cine, y él levantó las cejas inquiriendo:

—¿Es un libro anti-guerra?

—Sí —contesté—. Me parece que sí.

—¿Sabes lo que les digo a las personas que están escribiendo libros anti-guerra?

—No. ¿Qué les dices, Harrison Starr?

—Les digo, ¿por qué no escriben ustedes un libro anti-glaciar en lugar de eso?

Lo que quería decir es que siempre habría guerras y que serían tan difíciles de eliminar como lo son los glaciares. Desde luego, también yo lo creo.

Además, aunque las guerras no siguieran siendo como los glaciares, seguirás siendo llorada, vieja muerte.

Cuando era algo más joven y ya trabajaba en mi famoso libro sobre lo de Dresde, le

pedí a un viejo camarada de guerra llamado Bernard V. O'Hare si podía venir a verme. El era fiscal de distrito en Pennsylvania, y yo escritor en Cape Cod. En la guerra habíamos sido soldados de reconocimiento de infantería, y ninguno de los dos había pensado jamás en hacer dinero después de que ésta terminara. No obstante, ambos nos desenvolvíamos bastante bien.

Hice que la Compañía Telefónica lo encontrara. Para estas cosas, son maravillosos. A veces, a altas horas de la noche, me da esa manía de mezclar el alcohol con el teléfono. Me emborracho y luego, gracias a mi aliento, que parece hecho de mostaza y rosas, alejo de mí lado a mi mujer. Entonces, hablando en un tono grave y solemne, pido a las telefonistas que me comuniquen con tal o cual amigo del que no he tenido noticias en los últimos años.

Me puse en contacto con O'Hare de esa forma. Él es bajo y yo soy alto. Le dije por teléfono quién era, y que habíamos sido capturados juntos durante la guerra. Se lo creyó en seguida. Estaba levantado, leyendo, y en su casa todo el mundo dormía.

—Escucha —dije—, estoy escribiendo un libro sobre Dresde y me gustaría que alguien me ayudara a recordar algunas cosas. Pienso que podría ir a verte, para beber, charlar y recordar.

No se entusiasmó. No creía recordar gran cosa. A pesar de ello, me dijo que fuera.

—Creo que el clímax del libro será la ejecución del pobre Edgar Derby —le expliqué—. Fue una ironía tan grande... Una ciudad entera es destruida, miles y miles de personas mueren, y es entonces cuando ese soldado de infantería se ve arrestado en unas ruinas por coger una tetera. Pero lo más absurdo es que le hacen un consejo de guerra y es fusilado por el pelotón.

—Humm —dijo O'Hare.

—¿No crees que ése debe ser el punto culminante del libro?

—No sé —contestó—. Eso es cosa tuya, no mía.

Como traficante que soy de momentos apoteósicos y emocionantes, de caracterizaciones y diálogos maravillosos, de comparaciones y «suspenses», había esbozado la historia sobre Dresde muchas veces. El mejor esbozo, o por lo menos el más bonito, fue el que escribí en la cara posterior de un rollo de papel de empapelar.

Utilicé los lápices de mi hija; un color diferente para cada una de las principales situaciones y caracteres. La historia empezaba en un extremo del rollo de papel y terminaba en el otro, de modo que el meollo ocupaba todo el centro. Y la línea azul se encontraba con la roja, para después cruzarse con la amarilla, que, por fin, se acababa cuando el tipo representado por la línea amarilla moría. Y así todo. La destrucción de Dresde, por ejemplo, estaba representada por una acotación vertical de color naranja que era cruzada por todas las líneas que continuaban aún con vida, algunas de las cuales incluso se salían por el otro lado.

Al final, cuando todas las líneas cesaban estaba la batalla del Elba, en las afueras del Halle. Llovía. La guerra en Europa había terminado hacía un par de semanas. Y permanecíamos formados en hileras, bajo la custodia de soldados rusos. Nosotros, ingleses, americanos, holandeses, belgas, franceses, canadienses, sudafricanos, neozelandeses, australianos; miles de individuos que dejábamos de ser prisioneros de guerra.

Al otro lado del campo había miles de rusos, polacos y yugoslavos, que eran custodiados por soldados americanos. El cambio se hizo bajo la lluvia y uno por uno. O'Hare y yo subimos a la caja de un camión americano con muchos otros. El no traía ningún recuerdo —casi todos los demás llevábamos algo—, pero yo cargaba con un sable de ceremonia de la Luftwaffe; todavía lo tengo. El americano pequeño y loco al que en este libro llamo Paul Lazzaro tenía casi cien gramos de diamantes que había tomado de personas muertas en los refugios de Dresde. Y así sucesivamente.

Un inglés idiota, que en alguna parte había perdido todos los dientes, guardaba su recuerdo en una bolsa de lona apoyada sobre el empeine de mis pies. De vez en cuando echaba un furtivo vistazo al interior de la bolsa, y después volvía los ojos de un lado para otro girando su huesuda nuca como si quisiera sorprender a alguien que mirara codiciosamente su bolsa. Y, hecho todo esto, la hacía repicar sobre mis pies. Al principio creí que ese movimiento de la bolsa era accidental. Pero estaba en un error. Porque lo que atormentaba al chico era que *tenía* que enseñar a alguien el contenido de la bolsa, y había decidido que podía confiar en mí. En un momento dado sorprendió mi mirada, me guiñó un ojo y abrió la bolsa. Contenía una reproducción en yeso de la Torre Eiffel, que tenía una capa de pintura dorada y, en el centro, un reloj.

—Es un objeto aplastante —dijo.

Nos llevaron a un campo de recuperación francés donde nos alimentaron con batidos de leche y chocolate, amén de otros ricos alimentos, hasta que estuvimos rollizos como bebés. Entonces nos mandaron a casa. Y yo me casé con una bonita muchacha, que estaba también rolliza como un bebé.

Y tuvimos bebés.

Y ahora que ya son mayores, yo soy un viejo fatuo, cargado de recuerdos y manías. Mi nombre es Yon Yonson, y trabajo en Wisconsin, en una serrería...

A veces, entrada la noche, cuando mi mujer ya se ha acostado intento llamar por teléfono a algunas antiguas amigas.

—Operadora, me pregunto si podría darme el número de la señora Fulana, que creo vive en tal calle —digo.

—Lo siento, señor. No tenemos esa referencia.

—Gracias, operadora. Gracias de todos modos.

Y saco el perro fuera, o lo dejo entrar y charlamos. Le hago saber que me gusta, y él me hace saber que le gusto. A él no le importa el olor a gas de mostaza y rosas.

—Eres un buen chico, «Sandy» —le digo al perro—. ¿Sabes? Eres estupendo.

A veces pongo la radio y escucho algún programa hablado de Boston o Nueva York. Cuando he bebido mucho, no puedo soportar las grabaciones musicales.

Luego, tarde o temprano, me acuesto. Y mi mujer me pregunta qué hora es. Siempre quiere la hora. Cuando no la sé le digo:

—Que me registren.

A veces me pongo a pensar en mi educación. Después de la Segunda Guerra Mundial, fui a la Universidad de Chicago durante algún tiempo. Estudié en el Departamento de Antropología. Por entonces enseñaban que no había diferencia alguna entre unas personas y otras. Deberían enseñarlo todavía.

Otra cosa que nos enseñaban era que nadie era ridículo, ni malo, ni desagradable. Poco antes de morir mi padre me dijo:

—Mira, hijo, no escribas nunca una novela con un personaje malo.

Y yo le contesté que ésa era una de las cosas que había aprendido en la universidad, después de la guerra.

Mientras estudié antropología, trabajaba también como reportero de sucesos para el famoso Chicago City News Bureau por veintiocho dólares a la semana. En una ocasión me hicieron cambiar el turno de día por el de noche, así que tuve que trabajar dieciséis horas de un tirón. Servíamos a todos los periódicos de la ciudad, a la AP, y la UP, todos. Y acudíamos a los tribunales, a las comisarías de policía, a los parques de bomberos, a los guardacostas del lago Michigan y todo eso.

Estábamos en contacto con nuestros clientes por medio de los tubos neumáticos que hay instalados bajo las calles de Chicago. Los reporteros contaban los sucesos, por teléfono, a unos escribientes que llevaban auriculares; los escribientes transcribían los sucesos a unas hojas ciclostiladas; las narraciones ciclostiladas eran metidas dentro de unos cartuchos de latón y terciopelo, y los cartuchos se los tragaban los tubos neumáticos. Ah, casi todos los reporteros y escribientes que realizaban su trabajo más concienzuda y meticulosamente eran mujeres que habían reemplazado en el trabajo a hombres que se habían marchado a la guerra.

El primer suceso del que informé lo tuve que dictar por teléfono a una de esas feroces muchachas. Se refería a un joven veterano que estaba empleado como ascensorista de un viejo cacharro instalado en un edificio de oficinas. La puerta del ascensor del primer piso estaba adornada con una especie de encaje de hierro. Una hiedra de hierro entraba y salía por los agujeros. Y una ramita de hierro sostenía a dos

pajarillos, de hierro, haciéndose el amor.

Pues bien, aquel día el tal veterano había decidido llevar su coche al sótano. Cerró la puerta del ascensor y empezó a bajar. Pero su anillo de casado se engarzó en los pajarillos, y él quedó colgando en el aire, mientras su coche bajaba. Como suena.

De manera que conté eso por teléfono, y la mujer del ciclostil me preguntó:

—¿Qué dijo la esposa del veterano?

—Todavía no lo sabe —respondí—. Acaba de suceder.

—Llámela y obtenga una declaración.

—¿Cómo?

—Dígale que es usted el capitán Finn, del Departamento de Policía. Dígale que tiene tristes noticias para ella. Déle las noticias. Y a ver qué dice.

Así lo hice. Dijo algo parecido a lo que cualquiera esperaría que dijera en un caso semejante. Había un bebé por medio... etc.

Cuando volví a la oficina, la escribiente me preguntó, con un interés únicamente informativo, qué aspecto tenía el individuo después de haber sido aplastado.

Yo se lo dije.

—¿Le preocupa eso? —me preguntó.

Estaba comiendo una barra de caramelo Tres Mosqueteros.

—¡Claro que no, Nancy! —le contesté—. He visto montones de casos peores que éste durante la guerra.

Ya entonces se suponía que estaba escribiendo un libro sobre Dresde, que, en América, todavía no era un bombardeo muy famoso. Pocos americanos sabían que había sido mucho peor que Hiroshima, por ejemplo. Yo tampoco lo sabía. No se había hecho mucha publicidad.

En cierta ocasión, en un cóctel, me encontré con un profesor de la Universidad de Chicago y le conté el bombardeo tal como yo lo había visto. También le hablé del libro que pensaba escribir. El profesor, que era miembro de una cosa que se llamaba «Comité del Pensamiento Social», me habló de los campos de concentración, de cómo los alemanes habían hecho jabón y velas con la grasa de los judíos muertos... etc.

Todo lo que pude decir fue:

—Lo sé, lo sé, *lo sé*.

Ciertamente, la Segunda Guerra Mundial había endurecido mucho a todo el mundo. Yo me convertí en agente de relaciones públicas de la General Electric en Schenectady, Nueva York, y en bombero voluntario del pueblo de Alplaus, donde compré mi primer hogar. Mi jefe era uno de los individuos más duros que he

conocido y que sin duda conoceré. Había sido teniente coronel en el Departamento de Relaciones Públicas de Baltimore y, estando yo en Schenectady, se hizo miembro de la Iglesia Reformada Holandesa, que es una iglesia muy dura.

Acostumbraba a preguntarme desdeñosamente por qué no había sido oficial. Y lo decía como acusándome de haber hecho algo malo.

Mi mujer y yo ya no estábamos rollizos como bebés. Eran nuestros años flacos. Teníamos por amigos a montones de flacos veteranos con sus flacas esposas. Yo pensaba que los veteranos de Schenectady más simpáticos, agradables y divertidos, aquellos que odiaban más la guerra, eran los que en realidad habían luchado.

Entonces escribí a las Fuerzas Aéreas, pidiendo detalles sobre el bombardeo de Dresde, quién lo ordenó, cuántos aviones tomaron parte en el mismo, por qué lo hicieron, qué objetivos buscados se habían conseguido, cosas así. Me contestó un hombre que, como yo, trabajaba en relaciones públicas, diciendo que lo sentía mucho, pero que la información continuaba siendo alto secreto.

Leí la carta a mi esposa en voz alta y dije:

—¿Secreto? Dios mío, ¿de quién?

Por aquel entonces formábamos la Unión de Federalistas Mundiales... Ahora, en cambio, no sé lo que somos. Telefonadores, supongo. Porque telefoneamos mucho, y yo lo hago, en cualquier caso, a altas horas de la noche...

Un par de semanas después de haber llamado por teléfono a mi viejo camarada de guerra Bernard V. O'Hare, fui a verle en persona. Esto sucedería en 1964 más o menos, durante la celebración de la Feria Mundial de Nueva York. *Eheu, fugaces labuntur anni*. Mi nombre es Yon Yonson... Había en Estambul un joven...

Me llevé a dos niñas, mi hija Nanny y su mejor amiga, Allison Mitchell. No habían salido nunca de Cape Cod. En el camino cruzamos un río, y paramos para que las dos chiquillas pudieran bajar a mirarlo y meditar un rato sobre él. Nunca hasta entonces habían visto agua en esa forma: larga, estrecha y lisa. El río era el Hudson, y por su curso nadaban carpas tan grandes como submarinos atómicos.

También encontramos cascadas y arroyuelos que saltaban entre las rocas y se sumergían en el valle de Delaware. Había muchas cosas que nos tentaban a hacer un alto en el camino: las observábamos y luego reemprendíamos la marcha. Siempre llega el momento de partir. Las niñas llevaban blancos vestidos de fiesta y zapatos negros, también de fiesta, para que los forasteros pudieran darse cuenta al instante de lo bonitas que eran. «Tenemos que irnos, niñas», decía. Y nos marchábamos.

Cuando se puso el sol, fuimos a cenar a un restaurante italiano, y después llamé a la puerta principal de la hermosa mansión de piedra de Bernard V. O'Hare. Yo llevaba una botella de whisky irlandés en forma de campanilla de mesa.

Conocí a su encantadora esposa, Mary, a quien he dedicado este libro. También se lo he dedicado a Gerhard Müller, el taxista de Dresde. Mary O'Hare es enfermera titulada, lo cual es una cosa magnífica para una mujer.

Mary cumplimentó a las dos niñas que traía conmigo y se las llevó escaleras arriba, con sus hijos, para que jugaran juntos y vieran la televisión. Sólo después de que los niños se hubieron marchado me di cuenta de que yo no le gustaba a Mary, o que no le gustaba *algo* de aquella noche. Se mostraba cortés, pero fría.

—Tenéis una casa preciosa y agradable —dije.

Y era cierto. Pero ella hizo como si no hubiera oído, y comentó:

—He arreglado un lugar donde podréis charlar tranquilos, sin que os molesten.

—Bien —contesté, e imaginé en seguida dos sillones de piel junto al hogar encendido de una salita artesonada, donde dos viejos soldados podrían beber y charlar. Pero ella nos llevó a la cocina y nos hizo sentar en dos sillas de rígido respaldo, junto a la típica mesa de blanca y brillante superficie. Lo de la superficie deslumbrante era producto de una bombilla de doscientos watios que se reflejaba directamente en ella. Mary nos había preparado un quirófano. Y, para postre, puso un solo vaso sobre la mesa, para mí. Explicó que O'Hare no podía beber nada fuerte desde la guerra.

Nos sentamos. O'Hare estaba algo confuso, pero no me decía lo que ocurría. Por mi parte, no podía imaginar qué era lo que podía molestar a Mary de aquella manera. Yo era un hombre de buena familia, me había casado solamente una vez, no era un borracho y no le había hecho nada sucio a su marido durante la guerra.

Ella se sirvió una cocaola, haciendo un ostentoso ruido con los cubitos de hielo sobre la fregadera de acero inoxidable. Después, se fue al otro extremo de la casa. Pero aún no descansó. Se movía por todas partes, abriendo y cerrando puertas, e incluso removiendo muebles como si quisiera desahogar su ira de una forma u otra.

Le pregunté a O'Hare qué podía haber hecho o dicho para irritarla de aquella manera.

—Todo va bien —dijo él—. No te preocupes por ello. No tiene nada que ver contigo.

Evidentemente quería mostrarse amable. Pero estaba mintiendo. Todo estaba relacionado conmigo.

Intentamos ignorar a Mary y recordar cosas de la guerra. Tomé un par de tragos de la botella que había traído. Empezamos a sonreír o a reírnos, a medida que nos venían a la memoria distintas anécdotas de la guerra, pero ninguno de los dos podía recordar nada bueno de verdad. O'Hare recordaba a un muchacho que bebió tanto vino en Dresde antes del bombardeo, que lo tuvimos que llevar a casa en una carretilla. No había mucho que escribir sobre ello. Yo recordé a dos soldados rusos que habían saqueado una fábrica de relojes hasta llenar un carro con ellos, y que se

sentían felices andando borrachos y fumando grandes cigarros liados con papel de periódico.

Estábamos allí intentando recordar, y Mary continuaba haciendo ruido. Al final entró en la cocina otra vez y tomó otra cocacola. De nuevo sacó una bandeja de cubitos de la nevera, a pesar de que aún quedaba un montón de hielo, y la golpeó en la fregadera.

Después se volvió hacia mí, permitiéndome comprobar lo enfadada que estaba y lo culpable que era yo de su enojo. Había estado todo el tiempo hablando consigo misma, de manera que lo que entonces dijo fue sólo un fragmento de una conversación muy larga:

—¡Entonces no erais más que *niños*!

—¿Qué? —pregunté.

—Durante la guerra no erais más que unos niños, como los que ahora juegan arriba.

Asentí. Era cierto, durante la guerra no éramos más que unos necios e ingenuos bebés, recién sacados del regazo de la madre.

—Pero no lo escribirás así, claro —prosiguió. No era una pregunta; era una acusación.

—Yo... no sé —balbucí.

—Pues yo sí que lo sé —exclamó—. Pretenderás hacer creer que erais verdaderos hombres, no unos niños, y un día seréis representados en el cine por Frank Sinatra, John Wayne o cualquier otro de los encantadores y guerreros galanes de la pantalla. Y la guerra parecerá algo tan maravilloso que tendremos muchas más. Y la harán unos niños como los que están jugando arriba.

Entonces comprendí. Era la guerra lo que la ponía fuera de sí. No quería que sus hijos ni los hijos de nadie murieran en la guerra. Y creía que las guerras eran promovidas y alentadas, en parte, por los libros y el cine.

Así pues, levanté mi mano derecha y le hice una promesa.

—Mary —dije—, no creo que nunca llegue a terminar ese libro. Hasta este momento habré escrito por lo menos cinco mil cuartillas, y todas las he quemado. Sin embargo, si algún día lo termino, te doy mi palabra de honor de que no habrá ningún papel para Frank Sinatra o John Wayne... Y además —añadí—, lo llamaré *La Cruzada de los Inocentes*.

Después de eso, Mary O'Hare fue amiga mía.

O'Hare y yo abandonamos los recuerdos y fuimos a la salita para charlar de otras cosas. Sentimos una súbita curiosidad por saber algo de la verdadera Cruzada de los Inocentes, y O'Hare se puso a buscar en un libro que tenía, titulado *Extraordinarios errores populares y la locura de las multitudes*, de Charles Mackay, doctor en leyes.

Fue publicado por primera vez en Londres, en 1841.

Mackay tenía muy mala opinión de *todas* las Cruzadas. La Cruzada de los Inocentes (o Cruzada de los Niños) le afectó solamente un poco más que las otras diez Cruzadas de los adultos. O'Hare leyó en voz alta este bello pasaje:

«La historia nos informa, en sus solemnes páginas, de que los cruzados no fueron otra cosa que hombres ignorantes y salvajes, movidos únicamente por un fanatismo inmoderado, y de que su camino era el de la sangre y el llanto. Sin embargo, los relatos han exaltado siempre su piedad y su heroísmo, retratando con sus más ardientes y vehementes matices su magnanimidad y sus virtudes, y el imperecedero honor que conquistaron para sí, y el gran servicio que prestaron a la Cristiandad.»

Y, tras una breve pausa, este otro:

«Ahora bien, ¿cuál fue el resultado de todas esas luchas? Que Europa perdiera gran parte de sus tesoros y la sangre de dos millones de sus hombres. Y todo ello para que un puñado de caballeros pendencieros retuvieran la posesión de Palestina durante cerca de un siglo.»

Mackay nos decía que la Cruzada de los Niños había empezado en 1213, cuando dos monjes tuvieron la idea de reclutar ejércitos de niños en Francia y Alemania, para venderlos como esclavos en el norte de África. Se presentaron treinta mil niños voluntarios, creyendo que irían a Palestina. Y Mackay concluía:

«Se trataba, sin duda, de niños abandonados y sin trabajo, de esos que generalmente abundan en las grandes ciudades, de esos que se nutren del vicio y la desvergüenza, y que están siempre dispuestos a cualquier cosa.»

El papa Inocencio III también creía que aquellos niños iban a Palestina y se sentía conmovido: «¡Estos niños están despiertos mientras nosotros dormimos!», decía. Pero la mayoría de aquellos niños fueron embarcados en Marsella, y cerca de la mitad perdieron la vida en naufragios. La otra mitad llegaron al norte de África, donde fueron vendidos.

Sin embargo, resulta que, a causa de un malentendido, algunos niños fueron enviados a Génova, donde no había ningún barco de esclavos que los esperara. Allí, unas buenas gentes les dieron de comer y los alojaron para, después de charlar amablemente con ellos, darles un poco de dinero, muchos consejos y devolverlos a sus casas.

—¡Hurra por la buena gente de Génova! —exclamó Mary O'Hare.

Aquella noche dormí en uno de los dormitorios de los niños. O'Hare había dejado sobre la mesita de noche un libro para mí. Era *Dresde: historia, arte y paisaje*, de Mary Endell, publicado en 1908. La introducción empezaba así:

«Existe la esperanza de que este libro sea útil. Intenta dar a los lectores de habla inglesa una noción a vista de pájaro de cómo Dresde llegó a ser lo que es arquitectónicamente, y de cómo creció musicalmente a través del genio de unos pocos hombres, hasta su presente florecimiento. También pretende llamar la atención sobre ciertas obras de arte permanentes que hacen de su museo el refugio de quienes buscan impresiones duraderas.»

Más adelante, leí algo de su historia:

«En 1760, Dresde fue sitiada por los prusianos. El 15 de julio empezaron a disparar los cañones. El museo pictórico se incendió, y a pesar de que muchas de las telas habían sido transportadas al Königstein, algunas de ellas fueron gravemente dañadas por los cascos de metralla, sobre todo el "Bautismo de Cristo" de Francia. Además, la antigua torre de Kreuzkirche, desde la cual se habían estado vigilando los movimientos del enemigo de día y de noche, fue pasto de las llamas para derrumbarse poco después. En contraste con el doloroso destino de la Kreuzkirche, la Frauenkirche se mantuvo, con sus duras cúpulas de piedra que hacían rebotar las bombas prusianas como si de lluvia se tratara. Finalmente, Federico se vio obligado a abandonar el sitio, al enterarse de la caída de Glatz, el punto clave de sus nuevas conquistas. "Debemos correr hacia Silesia así no lo perderemos todo", dijo.

La devastación de Dresde no tuvo límites. Cuando Goethe visitó la ciudad, siendo un joven estudiante, encontró aún tristes ruinas y escribió: "Desde la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora contemplé los montones de escombros esparcidos por toda la ciudad. El sacristán me ponderó el genio previsor del arquitecto que proyectó la cúpula y la iglesia construyéndolas a prueba de bombas y terremotos. El buen sacristán me señalaba ruinas por todas partes y, vacilando, exclamó lacónicamente: ¡Esto es lo que ha hecho el enemigo!»

A la mañana siguiente, las dos niñas y yo cruzamos el río Delaware por el mismo lugar en que lo había hecho George Washington, y fuimos a visitar la Feria Mundial de Nueva York. Allí vimos lo que había sido el pasado según la Ford Motor Company y Walt Disney, y también lo que sería el futuro según la General Motors.

Y yo me interrogué sobre el presente: ¡cuán amplio era, cuán profundo y cuán al alcance de mi mano estaba el conservarlo!

Después de eso estuve enseñando, durante un par de años, creación literaria en la famosa Escuela de Escritores de la Universidad de Iowa, donde me metí en maravillosas dificultades, de las que ya me he librado. Daba clase por las tardes, y por las mañanas escribía. No se me podía molestar. Estaba trabajando en mi famoso libro sobre Dresde.

Y fue allí donde un hombre excelente llamado Seymour Lawrence me ofreció un contrato por tres libros. Entonces le dije:

—Está bien; el primero de ellos será mi famoso libro sobre Dresde.

Ahora le he dicho (los amigos de Seymour Lawrence le llaman Sam):

—Sam, he aquí el libro.

Mira, Sam, si este libro es tan corto, confuso y discutible, es porque no hay nada inteligente que decir sobre una matanza. Después de una carnicería sólo queda gente muerta que nada dice ni nada desea; todo queda silencioso para siempre. Solamente los pájaros cantan.

¿Y qué dicen los pájaros? Todo lo que se puede decir sobre una matanza; algo así como «¿Pío-pío-pi?»

Les he enseñado a mis hijos que jamás tomen parte en matanza alguna bajo ningún pretexto, y que las noticias sobre el exterminio y la derrota de sus enemigos no deben producirles ni satisfacción ni alegría.

También les he inculcado que no deben trabajar en empresas que fabriquen máquinas de matar, y que deben expresar su desprecio por la gente que las cree necesarias.

Como antes dije, recientemente volví a Dresde con mi amigo O'Hare. Lanzamos millones de carcajadas en Hamburgo, en Berlín Oeste, en Berlín Este, en Viena, en Salzburgo, en Helsinki y también en Leningrado. Para mí fue vital, ya que viví con autenticidad las bases para varios posibles libros. Uno de ellos se llamará: *Ruso barroco*, otro *Sin besos*, otro *Bar Dólar* y otro, quizá, *Si la casualidad lo permite*, etcétera.

Y así sucesivamente.

El vuelo Filadelfia-Boston-Frankfurt lo realizaba un aparato de Lufthansa, que O'Hare cogería en Filadelfia y yo en Boston, con objeto de hacer el viaje juntos. Pero Boston estaba imposible, y el avión se dirigió directamente a Frankfurt, desde

Filadelfia. Entonces me convertí en un ser sin personalidad sumergido en la niebla de Boston, y la Lufthansa me colocó en un autocar, junto con otros seres sin personalidad, que me llevó a un motel para pasar una noche que no fue noche.

El tiempo no pasaba. Alguien debía de estar manipulando los relojes, y no tan sólo los eléctricos sino también los de cuerda, pues la segunda de mi reloj de pulsera hacía un tic, dejaba transcurrir un año, y finalmente hacía el tac.

Pero lo peor era que uno no podía hacer nada. Como cualquier terrestre vulgar, debía creer en los relojes y en los calendarios.

Llevaba conmigo dos libros, para leerlos en el avión. Uno era *Palabras para el viento*, de Theodore Roethke, en el que encontré lo siguiente:

Despierto mientras duermo, despierto lentamente.

Siento mi destino en lo que no puedo temer.

Y aprendo por el camino adonde tengo que acudir.

El otro libro era de Erika Ostrovsky, titulado *Céline y su sueño*. Céline era un valiente soldado francés al que, durante la Primera Guerra Mundial, le rompieron el cráneo. Después de eso no podía dormir, y sentía como si su cabeza estuviera llena de ruidos. Estudió medicina y se dedicó, durante el día, a curar a la gente pobre, y por la noche, a escribir novelas. El arte no es posible si no baila como pareja de la muerte, escribía.

Y también: «*La verdad es la muerte. Yo he luchado valientemente contra ella, tanto como he podido..., he bailado con ella, la he abrazado..., la he cubierto de flores..., la he adornado con cintas...*»

El tiempo le obsesionaba. La Ostrovsky me recordaba la sorprendente escena de *Muerte a plazos*, cuando Céline quiere detener el bullicio de una calle llena de gente. Grita, en el papel: «*¡Deténlos..., no dejes que puedan moverse...! ¡Ahí mismo, congélalos... de una vez para siempre...! ¡Así no desaparecerán!*»

Busqué una historia de destrucción entre las páginas de la Biblia que había en la habitación del motel. Leí: *Al tiempo que el sol salía sobre la tierra, llegó Lot a Segor. Entonces, Yavé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego desde su cielo. Y destruyó estas ciudades y toda la llanura, todos los habitantes de las ciudades y toda la vegetación del suelo.*

Eso es.

Como ya es sabido, ambas ciudades estaban llenas de gente vil. El mundo seguiría mejor sin ellos.

Y desde luego, a la esposa de Lot le dijeron que no mirara hacia atrás, donde habían estado todas esas gentes y sus hogares. Pero ella se volvió para mirar, y eso fue lo que me gustó. ¡Es tan humano!

Como castigo quedó convertida en estatua de sal. Eso es.

La gente no debe mirar hacia atrás. Ciertamente, yo no volveré a hacerlo. Ahora que he terminado mi libro de guerra, prometo que el próximo que escriba será divertido.

Porque éste será un fracaso. Y tiene que serlo a la fuerza, ya que está escrito por una estatua de sal, empieza así:

Oíd:

Billy Pilgrim ha volado fuera del tiempo...

y termina así:

¿Pío-pío-pi?

Oíd:

Billy Pilgrim ha volado fuera del tiempo.

Billy se ha acostado siendo un viejo viudo y se ha despertado el día de su boda. Ha entrado por una puerta en 1955 y ha salido por ella en 1941. Ha vuelto a traspasar esa puerta y se ha encontrado en 1963. Ha visto su nacimiento y su muerte muchas veces, según dice, y viaja al azar hacia cualquier momento de su vida. Eso dice.

Billy es espástico en cuanto al tiempo; no puede controlar lo que va a sucederle y sus excursiones no siempre son divertidas. Vive en constante temor, dice, pues no sabe nunca qué parte de vida le va a tocar representar al momento siguiente.

Billy nació en 1922 en Ilium, Nueva York, hijo único del barbero del lugar. Fue un niño de aspecto gracioso, que se convirtió en un joven de gracioso aspecto, alto y delgado, con el cuerpo en forma de botella de coca-cola. Terminó sus estudios en la Escuela Superior de Ilium, quedando entre el tercio superior de la clase, y asistió a las clases nocturnas de la Escuela de Óptica de Ilium durante un semestre, antes de que fuera requerido para el servicio militar, durante la Segunda Guerra Mundial. Su padre murió en un accidente de cacería, en el curso de la guerra. Así fue.

Billy prestó servicio en infantería y, destacado en Europa, fue hecho prisionero por los alemanes. Después de su honrosa licencia del ejército en 1945, Billy volvió de nuevo a la Escuela de Óptica de Ilium. Durante el segundo año de sus estudios se prometió con la hija del fundador y dueño de la escuela, y luego sufrió una leve depresión nerviosa.

Estuvo bajo tratamiento en un hospital de veteranos cercano a Lake Placid. Y cuando finalmente le dejaron marchar, se casó con su prometida, terminó sus estudios y su suegro le montó un negocio en Ilium. Aquella es una ciudad particularmente buena para los ópticos, puesto que allí se encuentra la Compañía General de Forja y Fundición. Todo empleado tiene la obligación de estar en posesión de unas gafas de seguridad y de llevarlas mientras esté trabajando en la fábrica. Pues bien, la GF & F tiene sesenta y ocho mil empleados en Ilium..., lo cual representa muchas lentes y muchas monturas.

El dinero está en las monturas.

Billy se hizo rico y tuvo dos hijos, Barbara y Robert. A su tiempo Barbara se casó con

otro óptico, a quien Billy montó un negocio, y Robert... Bueno, el hijo de Billy tuvo muchos problemas en la escuela superior. Pero después se alistó en los famosos Boinas Verdes, sentó la cabeza, se convirtió en un agradable muchachote y luchó en Vietnam.

A principios de 1968 un grupo de ópticos, entre los que estaba Billy, fletaron un avión para que les llevara de Ilium a Montreal, donde había una convención internacional de óptica. El avión se estrelló en la cima del monte Sugarbush, en Vermont, y murieron todos menos Billy. Así fue.

Mientras Billy se recuperaba en un hospital de Vermont, su esposa murió de un envenenamiento accidental de monóxido de carbono. Así fue.

Cuando finalmente Billy volvió a su casa de Ilium, después del accidente de aviación que le dejó una terrible cicatriz en la parte superior del cráneo, estuvo tranquilo durante algún tiempo. No reemprendió su trabajo. Contrató un ama de llaves, aparte de que su hija iba a visitarle casi diariamente.

Fue entonces cuando, de improviso, sin advertencia alguna, Billy se marchó a Nueva York y acudió a un programa nocturno de radio dedicado a temas diversos. Dijo lo de que vivía fuera del tiempo, y también lo de que había sido raptado por un platillo volante en 1967. El platillo, explicó, procedía del planeta Tralfamadore, adonde le llevaron para exhibirle desnudo en un zoo y aparejarle, en público, con una estrella de cine terrestre llamada Montana Wildhack.

Algunas lechuzas nocturnas de Ilium oyeron a su conciudadano por la radio, y una de ellas llamó a la hija de Billy, Bárbara, que se sintió muy disgustada. Ella y su marido fueron a Nueva York y se llevaron a Billy a su casa. El hombre insistía mansamente en que todo lo que había dicho por la radio era verdad. Explicó que había sido raptado por los tralfamadorianos la noche del día de la boda de su hija. No lo habían echado de menos, afirmó, porque aquellos seres extraplanetarios lo condujeron a través de la urdimbre del tiempo, de manera que él había podido estar en Tralfamadore durante años, y aun así ausentarse de la Tierra solamente por espacio de un microsegundo.

Pasó otro mes sin incidencias, hasta que Billy escribió una carta al *News Leader* de Ilium, que fue publicada. En ella describía a las criaturas de Tralfamadore.

Decía que medían sesenta centímetros de altura, que eran verdes y que tenían una forma como si hubieran sido hechos por algún fontanero. Sus remaches o ventosas descansaban sobre el suelo, y sus tuberías, que eran extremadamente flexibles, apuntaban generalmente al cielo. Además, en el extremo de cada una de estas tuberías o cañerías había una pequeña mano con un ojo verde en la palma. Esas criaturas eran amistosas, podían ver en cuatro dimensiones —por lo que compadecían a los terrestres, que no pueden ver más que en tres— y tenían muchas cosas maravillosas

que enseñarnos, especialmente sobre el tiempo. Billy prometía hablar de alguna de esas cosas maravillosas en su próxima carta.

Todavía estaba Billy trabajando en esta segunda carta, cuando fue publicada la primera. La segunda carta empezaba así:

«Lo más importante que he aprendido en Tralfamadore es que cuando una persona muere, sólo muere *aparentemente*. *Continúa* estando muy viva en el pasado, y por lo tanto es muy estúpido que la gente llore en su funeral. Todos los momentos, el pasado, el presente y el futuro, siempre han existido y siempre existirán. Los tralfamadorianos pueden contemplar todos los momentos diferentes de la misma forma que usted, por ejemplo, puede observar cualquier trecho de las Montañas Rocosas. Se dan cuenta de la permanencia de todos los momentos, y pueden contemplar cualquiera de ellos que les interese. Aquí en la Tierra creemos que un momento sigue a otro, como los guisantes dentro de la vaina, y que cuando un momento pasa ya ha pasado para siempre, pero no es más que una ilusión.

»Cuando un tralfamadoriano ve un cadáver, todo lo que se le ocurre pensar es que la persona muerta se encuentra en malas condiciones en aquel momento particular; pero sabe que aquella misma persona puede encontrarse estupendamente en muchos otros momentos. Ahora, después de aquella experiencia junto a ellos, cuando oigo decir que alguien ha muerto, me encojo de hombros, simplemente, y digo lo que los tralfamadorianos dicen acerca de las personas muertas, esto es: "Así son las cosas".»

Y así sucesivamente.

Billy trabajaba en aquella carta en la habitación trasera del sótano de su vacía casa. Era el día libre de su ama de llaves. Y la razón por la que estaba escribiendo allí, y no en cualquier otra parte, era que la única máquina de escribir que tenía —un auténtico trasto viejo que pesaba tanto como un acumulador— no había fuerza humana que pudiera trasladarla fácilmente.

La calefacción de gas oil se había apagado —un ratón había roído el alambre que accionaba el termostato— y la temperatura de la casa había descendido hasta los diez grados centígrados. Pero Billy ni se había enterado. Y no es que fuera muy abrigado, pues iba con los pies descalzos y todavía vestía el pijama con un albornoz encima, a pesar de que era ya entrada la tarde.

Los pies desnudos de Billy estaban fríos y marmóreos. Pero las fibras de su corazón eran, a pesar de todo, como carbones ardientes. Lo que le hacía sentir tanto calor era la creencia de que iba a conseguir la felicidad de mucha gente al decir la verdad sobre el tiempo. El timbre de la puerta, en el piso de arriba, había estado llamando una y otra vez sin que él oyera nada. Era su hija Barbara, que al fin entró

utilizando un llavín y recorrió la casa llamando: «¿Papá? ¿Papá, dónde estás?» Y otras cosas por el estilo.

Billy no le contestó, porque no la oía, de manera que ella fue poniéndose más y más histérica, esperando encontrar el cadáver de su padre de un momento a otro. De pronto se le ocurrió buscar en el último lugar que le quedaba por mirar: la habitación del sótano.

—¿Por qué no me has contestado cuando te llamaba? —preguntó Barbara, de pie en la puerta del sótano. Traía un ejemplar del periódico de la tarde, en el que Billy había descrito a sus amigos de Tralfamadore.

—No te había oído —contestó Billy.

La situación en aquel momento era ésta: Barbara tenía sólo veintiún años, pero creía que su padre era un viejo aun cuando éste no tuviera más que cuarenta y seis. Pensaba que su progenitor estaba senil a causa del daño sufrido por el accidente de aviación, y además se consideraba a sí misma el cabeza de familia, ya que había tenido que hacerse cargo de los funerales de su madre. También había tenido que preocuparse de encontrar un ama de llaves para Billy y todo lo demás. Aparte de esto, Barbara y su marido tenían que cuidar de los intereses comerciales de Billy, que eran considerables, ya que a él parecían importarle un comino sus negocios. En fin, que todas esas responsabilidades, a tan temprana edad, la habían vuelto un poco impertinente.

Y, entretanto, Billy persistía en mantener su dignidad persuadiendo a Barbara y a todo el mundo de que estaba muy lejos de ser un viejo caduco, y de que, por el contrario, se dedicaba fervientemente a responder a una llamada mucho más importante que la de los simples negocios.

Creía, nada menos, que su oficio era el de prescribir unos lentes correctores para las almas terrestres, ya que muchas de ellas estaban perdidas y afligidas porque, pensaba Billy, no tenían una visión de las cosas como la de sus pequeños amigos verdes de Tralfamadore.

—No me mientas, papá —dijo Barbara—. Sé perfectamente bien que me oíste cuando te llamé.

Era una muchacha bastante bonita, a excepción de las piernas, que parecían las patas de un gran piano eduardiano. Luego descargó su furor sobre él a causa de la carta del periódico. Le dijo que estaba haciendo de sí mismo y de cuantos le rodeaban el hazmerreír de la ciudad.

—Papá, papá, papá —concluyó Barbara—, ¿qué vamos a hacer contigo? ¿Vas a obligarnos a llevarte donde está tu madre?

La madre de Billy aún vivía. Estaba siempre en cama, en un asilo de ancianos llamado Pine Knoll y situado en un extremo de Ilium.

—¿Qué pasa con mi carta que te ha enfurecido tanto? —quiso saber Billy.

—Pues que es una locura. ¡Nada de eso puede ser verdad!

—Todo es verdad.

Estaba claro que Billy no iba a enfurecerse como su hija, pues él nunca se enfadaba por nada. En este aspecto era maravilloso.

—No hay ningún planeta llamado Tralfamadore —arguyó ella.

—Lo que sucede es que no puede ser detectado por la Tierra, si es que te refieres a eso —explicó Billy—. Tampoco la Tierra puede ser detectada desde Tralfamadore. Ambos son muy pequeños. Y están muy alejados el uno del otro.

—¿De dónde sacaste un nombre tan extraño como Tralfamadore?

—Es así como lo llaman las criaturas que lo habitan.

—¡Oh, Dios mío! —estalló Barbara, que desahogó su irritación volviéndose de espaldas a él y golpeándose los puños—. ¿Puedo hacerte una pregunta muy simple?

—Claro.

—¿Por qué nunca mencionaste nada de eso antes del accidente de aviación?

—Porque consideré que el mundo no estaba todavía maduro.

Y así sucesivamente. Billy dice que se alejó del tiempo por primera vez en 1944, mucho antes de su viaje a Tralfamadore. Los tralfamadorianos no tenían nada que ver con su alejamiento. Lo único que ocurrió es que fueron ellos quienes le hicieron comprender lo que realmente le sucedía.

Ocurrió durante el apogeo de la Segunda Guerra Mundial, siendo asistente de un capellán. El asistente del capellán es, por costumbre, objeto de risa y chanzas en el ejército americano. Y Billy no constituía una excepción. Era incapaz de hacer daño a sus enemigos o de ayudar a sus amigos. De hecho no tenía amigos. Simplemente hacía de camarero de un predicador; no esperaba ni promoción ni medallas, carecía de armas y tenía una fe mansa en un amoroso Jesús. Tan mansa que a la mayoría de los soldados les parecía putrefacta.

Mientras estuvieron de maniobras en Carolina del Sur, Billy tocaba los himnos que había aprendido en su infancia en un pequeño órgano negro a prueba de agua, que tenía treinta y nueve teclas y dos registros: *vox humana* y *vox celeste*. También se encargaba del mantenimiento de un altar portátil, constituido por una caja de madera de olivo de color pardo con unas patas empotradas y forradas de una llamativa felpa escarlata en la que anidaban una cruz de aluminio anodizado y una Biblia.

El altar y el órgano habían sido contruidos por una fábrica de aspiradores de Camden, Nueva Jersey. Eso es.

En cierta ocasión, estando de maniobras, Billy tocaba «Nuestro Dios es una

poderosa fortaleza» con música de Juan Sebastián Bach y letra de Martin Luther, cuando apareció un árbitro. Era domingo por la mañana y Billy y su capellán habían reunido una congregación de unos cincuenta soldados en una colina de Carolina. Aquel día había árbitros por todas partes, es decir, esos hombres que dicen quién gana o pierde una batalla teórica, y quién está muerto o vivo.

El árbitro traía una noticia la mar de cómica: la congregación había sido el blanco teórico de un teórico avión enemigo, y ahora todos estaban teóricamente muertos. Después de reír hasta casi reventar, aquellos cadáveres teóricos se dieron un atracón con una buena y abundante comida.

Años después, recordando ese incidente, Billy se sorprendía pensando en la aventura tralfamadoriana que había vivido con aquella muerte. Estuvo muerto y comió al mismo tiempo.

Hacia el final de las maniobras a Billy le dieron un permiso especial para que fuera a su casa, dado que su padre, el barbero de Ilium, Nueva York, había sido muerto por un amigo que le disparó mientras cazaban venados. Así fue.

Al regresar del permiso Billy se encontró con la orden de que debía atravesar el Atlántico. Lo necesitaban en los cuarteles de una compañía de un regimiento de infantería que luchaba en Luxemburgo: el asistente del capellán del regimiento había muerto en acción de guerra. Así fue.

Cuando Billy se unió al regimiento, éste sufría las consecuencias de un rápido proceso de destrucción bajo el fuego alemán. Era la famosa batalla de Bulge. Billy no llegó a encontrarse con el capellán al que debía acompañar, ni recibió nunca un casco de acero o unas botas de combate. Corría el mes de diciembre de 1944 y los alemanes realizaban el último ataque importante que hicieron en la guerra.

Billy sobrevivió pero se convirtió en un aturrido vagabundo, bastante alejado de los nuevos frentes alemanes. Otros tres vagabundos, no tan aturridos como él, permitieron que les acompañara. Dos de ellos eran exploradores y el otro artillero antitanques. No poseían ni alimentos ni mapas, por lo que, para evitar a los alemanes, fueron penetrando en silenciosos bosques cada vez más profundos. Comían nieve.

Iban en fila india. En primer lugar caminaban los exploradores, listos, graciosos y silenciosos, provistos de sendos rifles. Después venía el artillero antitanques, torpe y aturrido, constantemente al acecho de los alemanes con un «Cok» 45 automático en una mano y un puñal de trinchera en la otra. El último era Billy Pilgrim, con las manos vacías, fríamente dispuesto a morir.

Billy tenía una figura insensata: metro ochenta y ocho de estatura y un pecho semejante a una caja de cerillas.

No tenía casco, no tenía guerrera, no tenía armas, no tenía botas. Llevaba los pies metidos en unos zapatos de calle baratos —los mismos que había calzado en los funerales de su padre— a uno de los cuales le faltaba el tacón, lo que le hacía andar oscilando arriba-y-abajo, arriba-y-abajo. Este baile involuntario, arriba-y-abajo, arriba-y-abajo, le producía escozor en la articulación de la cadera. Su indumentaria, consistía en una chaqueta deportiva delgada, una camisa, unos pantalones de lana de la que pica, y unos calzoncillos largos impregnados de sudor.

Era el único de los cuatro que llevaba barba, una barba erizada y escasa, algunos de cuyos erizados pelos ya eran blancos a pesar de que Billy tenía veintiún años. Además se estaba quedando calvo y el viento, el frío y el ejercicio violento habían dado a su rostro un color carmesí.

No se parecía en nada a un soldado. Semejaba un mugriento pajarraco.

Durante el tercer día de vagabundeo alguien les disparó cuatro tiros desde lejos mientras cruzaban una estrecha carretera adoquinada. El primer disparo fue para los exploradores y el siguiente para el artillero antitanques, cuyo nombre era Roland Weary.

La tercera bala iba dirigida al mugriento pajarraco, que se había quedado inmóvil en el mismo centro de la carretera. Cuando pasó zumbando junto a su oreja la mortal avispa, Billy permaneció allí, de pie, cortésmente, dando otra oportunidad al francotirador. Su interpretación personal de las reglas de la guerra suponía que al tirador *debía* concedérsele una segunda oportunidad. La siguiente bala pasó a unos centímetros de su rótula y se alejó hasta perderse el sonido.

Mientras tanto, Roland Weary y los exploradores se habían puesto a salvo en un hoyo. Fue Weary quien le gruñó a Billy. «¡Sal de la carretera, chulo de putas!» La última palabra constituía una verdadera novedad en el lenguaje de la gente blanca de 1944. Para Billy, que no había estado nunca con una puta, aquélla era una expresión fresca y sorprendente. Surtió efecto: le hizo despertar y apartarse de la carretera.

—Otra vez te he salvado la vida, necio bastardo —dijo Weary a Billy, en el hoyo.

Había estado salvándole la vida continuamente. Con aquel muchacho era absolutamente necesario echar mano de la crueldad pues él no hubiera dado un solo paso para salvarse. En efecto, Billy quería abandonar. Tenía frío, hambre, aturdimiento y era incompetente. Para él, en aquellos momentos apenas existían diferencias entre estar dormido o estar despierto; ya no distinguía entre andar o quedarse quieto.

Deseaba que todo el mundo le dejara solo. «Muchachos, continuad sin mí», repetía una y otra vez.

La guerra era una cosa tan nueva para Billy como para Weary. Porque también éste era un sustituto. Formaba parte de una batería de artilleros, pero solamente había

ayudado a disparar un proyectil, en un cañón antitanque de 57 milímetros. El cañón hizo un ruido desgarrado, como si se hubiera abierto la cremallera de la bragueta del Dios Todopoderoso, y barrió la nieve llevándose por delante la vegetación. El disparo no dio en el blanco, pero la huella dejada en el suelo mostró con toda exactitud a los alemanes el camuflado escondrijo del arma.

El tanque «Tigre» a quien iba destinado el cañonazo giró lentamente su hocico de 88 milímetros, vio el rastro en el suelo y disparó. Murieron todos los de la batería menos Weary. Así fue.

Roland Weary tenía sólo dieciocho años cuando esto ocurría, y se encontraba al final de una desdichada infancia pasada en su mayor parte en Pittsburg, Pennsylvania. En su ciudad natal nadie le podía ver. Y no le podían ver porque era estúpido, gordo y tacaño, y porque olía como un cerdo por mucho que se lavase. La gente no quería ni verle y por eso se lo quitaban de encima.

A Weary le ponía malo eso de que se lo quitaran de encima. Cuando alguien se desembarazaba de él iba en busca de otra persona que todavía fuera menos popular, rondaba con ella durante algún tiempo simulando ser un buen amigo, y después buscaba cualquier pretexto para pelearse con ella y hacerle sacar las tripas por la boca.

Era un modelo en su género. Comenzó a mantener unas relaciones locas, sexuales y criminales con las personas a quienes había pegado alguna vez. Les hablaba de la colección de armas de fuego, de espadas, de instrumentos de tortura, de piernas metálicas y demás que tenía su padre. El padre de Weary, que era lampista, poseía una colección de cosas de éstas que estaba asegurada en cuatro mil dólares. Y no era él sólo quien se divertía con este *hobby*: pertenecía a un club compuesto por personas que coleccionaban tales objetos.

En cierta ocasión el padre de Weary regaló a la madre de Weary un retuerce-pulgares español que todavía funcionaba, para que lo utilizara como pisapapeles. Otra vez le hizo una lamparilla de mesa cuya base era una reproducción de treinta centímetros de altura de la famosa «Doncella de Hierro de Nuremberg». La verdadera «Doncella de Hierro» era un instrumento de tortura de la Edad Media que consistía en una especie de recipiente con forma de mujer por fuera y forrado con clavos por dentro, cuya mitad delantera estaba compuesta por dos puertas. La idea era poner dentro al criminal, y después cerrar las puertas lentamente. En el lugar de los ojos había dos clavos especiales, y en su base tenía un agujero para dejar salir la sangre. Así es.

Weary había hablado a Billy Pilgrim de la «Doncella de Hierro», del agujero que

tenía en la base y de su utilidad. También le había hablado de los dum-dum y de la pistola «Derringer» de su padre, que podía llevarse en el bolsillo del chaleco y aun así agujerear a un hombre y «atravesarlo limpiamente».

Una vez apostó a que Billy no sabía siquiera lo que era un canalón de sangre. Billy creyó adivinar que se trataba del desagüe de la «Doncella de Hierro», pero estaba equivocado. Un canalón de sangre, según supo después, es el ligero surco que existe en la hoja de una espada o una bayoneta.

También le habló Weary a Billy de las torturas sobre las que había leído o visto en el cine, o que había oído por la radio, y de otras torturas que él mismo había inventado. Una de sus invenciones consistía en meter un taladro de dentista por los oídos de un individuo. Un día le preguntó a Billy cuál creía que era la peor forma de ejecución. Y como éste no tuviera opinión al respecto, la respuesta correcta resultó ser: «Se ata al tío en un hormiguero del desierto boca arriba, se le unta el escroto con miel y se le cortan los párpados para que tenga que mirar al sol hasta que muera.» Así es.

Ahora, echados en el hoyo después de los fallidos disparos, Weary obligó a Billy a echar una detenida ojeada a su cuchillo de trinchera. No formaba parte del equipo que había recibido del gobierno. Era un regalo de su padre. Tenía una hoja de diez centímetros que adquiría una forma triangular al unirse al puño. Este consistía en un mango de bronce provisto de cinco anillas soldadas, en las cuales Weary introducía sus dedos regordetes. Las anillas no eran lisas, sino que estaban cubiertas de púas en su parte externa.

Weary rozó las mejillas de Billy con las púas y, reprimiendo su instinto salvaje, le preguntó:

—¿Qué te parecería si te dieran con eso, eh? ¿Hum?

—No me parecería nada —repuso Billy.

—¿Sabes por qué la hoja es triangular?

—No.

—Pues porque produce una herida que no se cierra jamás.

—¡Ah!

—Hace un agujero de tres bordes. Si le clavabas a un tío un cuchillo ordinario le haces un corte, ¿no? Y esa raja se cierra rápido y bien, ¿no?

—Sí.

—Mierda. ¿Qué es lo que sabes tú? ¿Qué diablos te han enseñado en la escuela?

—No he estado allí mucho tiempo —dijo Billy.

Y era cierto. Sólo había ido durante seis meses a una escuela especializada, la Escuela de Óptica de Ilium, y aun ésa había sido una escuela nocturna.

—¡Quiero decir la Escuela del Arroyo! —explicó Weary duramente.

Billy se encogió de hombros, y Weary concluyó:

—La vida es mucho más de lo que se lee en los libros. Ya lo verás algún día.

Allí, en el hoyo, Billy tampoco replicó a eso. No tenía ganas de entablar una conversación innecesaria. Estuvo tentado de decir que sí, que sabía un par de cosas sobre cuchillos. Pero calló. Después de todo, Billy había contemplado torturas y horribles heridas desde su infancia, al principio y al final de casi todos los días. Pues en la pared de su pequeño dormitorio de Ilium tenía un crucifijo extremadamente espantoso. Un cirujano militar hubiera sabido admirar la fidelidad clínica del artista al representar las heridas de Cristo: el *lanzazo*, las espinas, los agujeros de los clavos... El Cristo de Billy había muerto de una forma horrible. Era digno de lástima.

Así es.

Billy no era católico, a pesar de que creció soportando la visión del fantasmagórico crucifijo colgado en la pared de su habitación. Su padre no tenía religión alguna y su madre solamente era sustituta de organista en varias iglesias de la ciudad. Se llevaba a Billy con ella a todos los lugares donde tocaba, e incluso le enseñó a tocar un poquito. Solía decir que se haría de alguna religión tan pronto decidiera cuál era la verdadera.

Pero nunca lo decidió. Sin embargo tenía una terrible obsesión por los crucifijos. Compró uno en una tienda de regalos de Santa Fe, durante un viaje de recreo que la pequeña familia hizo al Oeste durante la Gran Depresión. Como muchos otros americanos, la mujer intentaba construirse una vida que tuviera sentido basándose en los objetos que encontraba en las tiendas de regalos.

Y el crucifijo fue a parar a la pared de la habitación de Billy Pilgrim.

Dentro del hoyo, acariciando el mango de nogal de sus fusiles, los dos exploradores dijeron en un murmullo que era el momento de moverse otra vez. Habían pasado diez minutos y nadie había acudido para ver si les habían dado y rematarlos. Quienquiera que fuese, el que había disparado estaba muy lejos y probablemente solo.

Nuestros cuatro vagabundos salieron del agujero a gatas. Nadie volvió a disparar. Fueron avanzando por el bosque, siempre a gatas y lentamente, como desdichados mamíferos que eran. El bosque era oscuro y viejo, con pinos plantados en hilera y sin rastro de maleza. El suelo estaba cubierto de un manto de nieve virgen de unos diez centímetros de espesor. No tenían otro remedio que dejar sus huellas sobre la nieve, tan claras como los diagramas de los libros de baile de salón: *adelante-de-lado-descanso, adelante-de-lado-descanso*.

—¡Acércate de una vez y no te alejes más! —advirtió Roland Weary a Billy Pilgrim mientras avanzaban.

Weary parecía un fardo de lana. Era bajo y grueso y llevaba encima todo lo que

había constituido su equipo, así como todos los regalos que había recibido de su casa: casco, forro del casco, gorro de lana, bufanda, guantes, camiseta de algodón, camiseta de lana, camisa de algodón, camisa de lana, jersey, chaqueta, guerrera, calzoncillos de algodón, calzoncillos de lana, pantalones de lana, calcetines de algodón, calcetines de lana, botas de combate, máscara de gas, cantimplora, estuche para la comida, estuche-botiquín, puñal de trinchera, manta, impermeable con capucha, una Biblia a prueba de balas, un folleto titulado *Conozca a su enemigo*, otro titulado *¿Por qué luchamos?* y un tercero de frases alemanas escritas según la fonética inglesa. Este último le permitiría preguntar a los alemanes, llegado el caso, cosas como éstas: «¿Dónde están vuestros cuarteles?» «¿De qué armas disponéis?», o decirles: «Rendíos, vuestra situación es desesperada», etcétera.

Además, tenía un trozo de madera de balsa que le servía de almohada, una cajita profiláctica que contenía dos preservativos («¡Solamente para prevenir la enfermedad!»), un silbato que no quería enseñar a nadie hasta que lo ascendieran a cabo y una sucia fotografía de una mujer intentando consumir el acto sexual con un potrillo de Shetland. Había enseñado esa fotografía a Billy Pilgrim varias veces.

La mujer y el potrillo habían posado sobre un fondo de cortinajes de terciopelo atestados de globos, y estaban flanqueados por sendas columnas dóricas, ante una de las cuales había una palmera en un tiesto. La foto de Weary era de las más antiguas en la historia de la fotografía pornográfica. La palabra *fotografía* fue utilizada por primera vez en 1839, año en que Louis J. M. Daguerre reveló a la Academia Francesa que una imagen fijada sobre una placa de metal cubierta con una fina película de yoduro de plata podía revelarse en presencia de vapor de mercurio.

En 1841, sólo dos años después de eso, un ayudante de Daguerre, André Le Fèvre, era arrestado en los Jardines de las Tullerías —en el mismo lugar, precisamente, donde Weary compró su foto— por intentar vender a un caballero la fotografía de la mujer y el potrillo. Le Fèvre se defendió diciendo que la fotografía era arte puro y que su intención era hacer revivir la mitología griega. Argumentó que la columna y la palmera lo demostraban, y cuando le preguntaron qué mito intentaba representar, Le Fèvre replicó que había miles de mitos como ése de la mujer-mortal y el potrillo-dios...

Le condenaron a seis meses de prisión. Y murió allí, de pulmonía. Así fue.

Billy y los exploradores no eran ya más que piel y huesos. En cambio a Roland Weary le quedaba aún grasa para quemar. Era un verdadero horno ardiente, bajo todo aquel montón de lana, correas y lonas que cargaba. Tenía tanta energía que se pasaba el tiempo recorriendo la distancia que separaba a Billy de los exploradores, portando mensajes que nadie había enviado y que a nadie gustaba recibir. Además empezó a creerse que, puesto que andaba mucho más ocupado que los demás, le correspondía

ser el jefe de la expedición.

Se sentía tan ardiente y tan arrojado que, de hecho, no tenía sensación de peligro. Su visión del mundo exterior se limitaba a lo que podía ver por la estrecha rendija que separaba el borde de su casco del de la bufanda que le habían mandado de su casa, y que escondía su rostro desde el puente de la nariz hasta el cuello. Iba tan abrigado que incluso podía imaginar que estaba en su hogar, sano y salvo, superviviente de la guerra, contando a su hermana y a sus padres una verdadera historia de guerra. Pero la verdadera historia de la guerra estaba aún sin terminar.

La versión de Weary de la verdadera historia de la guerra era algo así: hubo un gran ataque germano y Weary y sus camaradas antitanques lucharon como demonios hasta que todos murieron, menos Weary. Eso es. Después, Weary se unió a dos exploradores, e inmediatamente se hicieron muy amigos. Decidieron intentar la vuelta a su propio frente. Tenían que andar aprisa, pues estarían perdidos si los cogían. Se estrecharon las manos y se llamaron a sí mismos los «Tres Mosqueteros».

Pero entonces, aquel condenado colegial, tan débil que no debía haber ido nunca al ejército, les pidió que le dejaran ir con ellos. No tenía siquiera una pistola o un cuchillo, ni tampoco casco, ni gorro. Además, no podía andar derecho; iba meneándose continuamente arriba-y-abajo, arriba-y-abajo, volviendo loco a todo el mundo y abandonando su posición. Era digno de lástima. Los «Tres Mosqueteros» empujaron, cargaron y arrastraron al colegial todo el camino de vuelta a sus líneas. Y salvaron su maldito pellejo.

Entretanto, en la realidad, Weary volvía sobre sus pasos, intentando averiguar qué le había sucedido a Billy. Les había dicho a los exploradores que esperaran mientras él iba a buscar al colegial. En el camino, al pasar por debajo de una rama baja, ésta chocó con su casco emitiendo un *clone* que él no oyó. Luego, en algún lugar, un gran perro ladró pero él tampoco lo oyó. ¿Qué le sucedía? Simplemente que su historia estaba en un momento muy excitante: veía a un oficial felicitando a los «Tres Mosqueteros» y diciéndoles que les impondría la medalla de bronce.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes, muchachos? —preguntaba el oficial.

—Sí, señor —respondía uno de los exploradores—. Nos gustaría estar juntos hasta que terminase la guerra, señor. ¿Puede usted conseguir de alguna forma que nadie separe a los «Tres Mosqueteros»?

Billy se había detenido en el bosque. Estaba apoyado contra un árbol con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y las aletas de la nariz dilatadas. Parecía un poeta en el Partenón.

Esta fue la primera vez que Billy se alejó del tiempo. Primero su atención empezó a recorrer el arco iris completo de su vida y llegó hasta la muerte, que era una luz violeta. No había nadie ni nada, sólo aquella luz violeta y un zumbido.

Después Billy volvió a sumergirse en la vida retrocediendo hasta el momento

antes de nacer, donde todo era luz roja y sonido de burbujas. Luego regresó nuevamente a la vida y se detuvo. Se vio de jovencito, tomando una ducha en compañía de su peludo padre, en el YMCA de Ilium. Olía el cloro de la piscina que había en la sala contigua y oía el ruido de las palancas del trampolín.

El jovencito Billy estaba aterrorizado, porque su padre le había dicho que iba a aprender a nadar por el método de hundirse-o-nadar. Le echaría a las profundidades, le explicaba, y Billy nadaría perfectamente.

Aquello sería como una ejecución. Billy se sentía entumecido mientras su padre le llevaba desde las duchas hasta la piscina. Tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió se encontró en el fondo de la piscina, oyendo por todas partes una música maravillosa. Perdió el conocimiento, pero la música continuó. Casi no se dio cuenta de que alguien lo rescataba. Y Billy lo lamentó.

Desde allí viajó por el tiempo hasta 1965. Tenía cuarenta y un años y se dirigía a visitar a su decrepita madre en Pine Knoll, un asilo de ancianos adonde la había llevado el mes anterior. Estaba enferma de pulmonía y no se esperaba que sobreviviera. Sin embargo, todavía vivió muchos años después de aquello.

La anciana casi no tenía voz, de manera que Billy tuvo que pegar su oreja derecha a los apergaminados labios para oírla. Evidentemente tenía algo muy importante que decir.

—¿Cómo...? —empezó. Y calló. Estaba demasiado cansada.

Esperaba no tener que terminar la frase, confiaba en que Billy lo haría por ella.

Pero Billy no tenía ni idea de lo que quería decir.

—¿Cómo... qué, madre? —preguntó.

Ella tragó saliva con dificultad, e incluso derramó alguna lágrima. Después reunió toda la energía que quedaba en su arruinado cuerpo, incluida la de las puntas de los dedos de los pies, y al fin pudo acumular la suficiente para murmurar la frase completa.

—¿Cómo me he vuelto tan vieja?

La madre de Billy perdió el conocimiento, y una linda enfermera sacó a Billy de la habitación. En el preciso momento en que Billy salía al pasillo pasaron unos sanitarios transportando el cuerpo de un anciano cubierto con una sábana. El hombre, en su tiempo, había sido un famoso corredor de maratón... Por cierto que esto fue antes de que Billy se rompiera la cabeza en el accidente de aviación, y antes de que se convirtiera en conferenciante y propagador del tema de los platillos volantes y de los viajes por el tiempo.

Billy estaba sentado en una sala de espera. Aún no era viudo. Estaba sentado,

como decíamos, en un confortable sillón y notó algo duro debajo del cojín tapizado. Lo sacó y vio que se trataba del libro *La ejecución del soldado Slovik*, de William Bradford Huie. Era un relato histórico de la muerte, ante un pelotón de ejecución, del soldado Eddie D. Slovik, placa 36.896.415, el único soldado americano que hubo de ser fusilado por cobardía desde la Guerra Civil. Así fue.

En aquel libro, Billy leyó la opinión de un abogado que revisó el caso Slovik, y que concluía así: *«Había desafiado directamente la autoridad del gobierno, y una futura disciplina se basa en una decidida réplica a este desafío. Si la pena de muerte debe imponerse en las deserciones también debió ser impuesta en ese caso no como una medida de castigo ni de venganza, sino para mantener esta disciplina, que es lo único que puede poner a un ejército en condiciones de vencer a su enemigo. Nadie pidió demencia en aquel caso, ni tampoco este libro intenta comprensión.»* Así fue.

Billy parpadeó en 1965 y viajó por el tiempo hasta 1958. Asistía a un banquete en honor de un equipo de la Pequeña Liga, del cual era miembro su hijo Robert, y el entrenador —que era soltero— estaba hablando. Se le veía profundamente emocionado.

Juro por Dios —decía— que consideraría un honor ser el chico de *los balones* para esos muchachos.

Billy parpadeó en 1958 y viajó por el tiempo hasta 1961. Era la víspera de Año Nuevo y estaba terriblemente borracho, en una fiesta donde todos eran ópticos o estaban casados con alguien del oficio.

Generalmente Billy no bebía mucho porque la guerra había echado a perder su estómago, pero ahora llevaba encima una verdadera melopea y estaba siendo infiel a su esposa Valencia por primera y única vez en su vida. Había conseguido de alguna manera que una mujer le acompañara hasta el lavadero de la casa y ambos se sentaron en la secadora a gas, que funcionaba.

La mujer, que también estaba muy bebida, ayudó a Billy a que le quitara la faja.

—¿De qué querías hablar? —le preguntó.

—Da lo mismo —contestó Billy. Y verdaderamente estaba convencido de que aquello no tenía importancia. No podía recordar ni el nombre de la mujer.

—¿Por qué te llaman Billy en lugar de William?

—Por razones comerciales —contestó Billy.

Y era cierto. Su suegro, que había sido el dueño de la Escuela de Óptica de Ilium y que le había puesto el negocio a Billy, era un genio en este campo. Le dijo a Billy que alentara a la gente a que le llamara Billy, porque ése es un nombre que queda fijado en la memoria, porque eso crearía un halo ligeramente mágico a su alrededor

—ya que no podía encontrarse en el oficio ningún otro Billy— y porque, además, hacía que las personas le consideraran amigo suyo inmediatamente.

En alguna parte de la casa se produjo una terrible escena. La gente expresaba su disgusto a causa de Billy y la mujer, y de pronto se encontró en el interior de su automóvil, intentando encontrar el volante.

Lo principal en aquellos momentos era encontrar el volante y marcharse. Al principio, Billy empezó a mover los brazos como si fueran aspas de molino esperando tener la fortuna de dar con el chisme. Pero cuando vio que el sistema fallaba decidió ser más metódico, trabajando de tal forma que el volante no pudiera escapársele. Se apoyó contra la dura manecilla de la puerta de su izquierda y exploró el espacio que tenía delante, palmo a palmo. Al comprender que también así había fracasado comenzó a moverse hacia la derecha, y volvió a buscar. Quedó muy sorprendido al ver que había llegado hasta la portezuela del lado derecho sin haber encontrado el volante, y al final sacó la conclusión de que se lo habían robado. Esto le enfureció, pero seguidamente se quedó dormido.

Estaba en el asiento posterior de su coche, y ésa era la razón de que no hubiera encontrado el volante.

Ahora alguien intentaba despertar a Billy, quien todavía se sentía borracho, aparte de enojado por el robo de su volante. Estaba de nuevo en la Segunda Guerra Mundial, detrás de las líneas alemanas. Y la persona que le estaba sacudiendo era Roland Weary. Le tenía agarrado por las solapas de la chaqueta y le golpeaba contra el árbol. Después, de un tirón, le arrastró en la dirección que quería que tomara con su propio esfuerzo.

Billy se quedó parado, movió la cabeza y dijo:

—¡Marchaos!

—¿Qué?

—Muchachos, marchaos sin mí. Estoy bien.

—¿Estás, qué?

—¡Estoy perfectamente bien!

—¡Dios mío! Siempre he odiado a los débiles —concluyó Weary por entre la urdimbre de su húmeda bufanda casera. Billy no había visto nunca el rostro de Weary. Una vez que había intentado imaginárselo, imaginó un sapo en una pecera.

Weary arrastró a Billy durante un buen trecho, a base de puntapiés. Los exploradores, que les estaban esperando a la orilla de un riachuelo helado, sí que habían oído al perro. También habían oído a algunos hombres dando voces como si fueran cazadores que saben muy bien dónde está su presa.

La ribera del riachuelo era lo bastante alta como para poder estar de pie tras de ella sin ser visto. Billy bajó hasta la orilla tambaleándose de una forma ridícula. Después bajó Weary, tintineando, repicando y haciendo sonar todos los artefactos que llevaba encima.

—Aquí estamos, muchachos —dijo Weary al llegar—. No quiere vivir, pero tendrá que hacerlo quiéralo o no. Cuando salga de ésta, por Dios que deberá su vida a los «Tres Mosqueteros».

Esta fue la primera vez que los exploradores oyeron a Weary considerarse, a sí mismo y a ellos, como los «Tres Mosqueteros».

Billy Pilgrim, echado en el lecho del río, pensaba que él, Billy Pilgrim, iba a transformarse de un momento a otro, dulcemente, en corriente de agua. Si lo dejaran allí sólo un ratito, pensaba, ya no causaría más problemas a nadie. Se transformaría en corriente de agua e iría flotando entre los troncos y la maleza de las orillas.

En alguna parte el perrazo volvió a ladrar. Con la ayuda del miedo y de los ecos del silencio invernal, el perro parecía sonar tan fuerte como una gran campana de bronce.

Roland Weary, de dieciocho años, se metió entre los exploradores y dejó caer sus pesados brazos sobre sus hombros.

—Bien, ¿qué van a hacer ahora los «Tres Mosqueteros»? —inquirió.

Billy Pilgrim tenía una alucinación maravillosa. Llevaba un traje seco, caliente, con calcetines blancos, y estaba patinando por la pista de una sala de baile, donde miles de personas le vitoreaban. Esta vez no *viajaba* en el tiempo. Nunca había sucedido tal cosa ni nunca sucedería. Era ya la locura de un hombre moribundo y que tenía los zapatos llenos de nieve.

Uno de los exploradores agachó la cabeza y escupió. El otro hizo lo mismo y ambos estudiaron los efectos infinitesimales del esputo sobre la nieve y la historia. Eran personas listas y pequeñas. Habían estado tras las líneas alemanas muchas veces hasta entonces, viviendo como criaturas de los bosques, resistiendo día tras día gracias al terror y a su irracional instinto.

Ahora, los dos se deshicieron de los amorosos brazos de Weary y le dijeron que él y Billy saldrían ganando si buscaban a alguien a quien rendirse... porque ellos no iban a perder más tiempo aguantándolos.

Y dejaron a Weary y a Billy en el lecho del riachuelo.

Billy Pilgrim continuaba patinando, haciendo las más variadas piruetas —que la mayoría de la gente hubiera considerado imposibles—, dando vueltas y más vueltas, deteniéndose para mantener el equilibrio sobre una moneda de diez centavos, etc. Los

vítores continuaban, pero el tono fue perdiendo intensidad a medida que la alucinación daba paso a un viaje por el tiempo.

Billy dejó de patinar y se encontró delante de un atril en un restaurante chino de Ilium, Nueva York, a primeras horas de la tarde de un día otoñal del año 1957. Estaba recibiendo una tremenda ovación por parte de los miembros del Club de los Leones: acababa de ser elegido su presidente y era necesario que dijera algunas palabras. Por ello se sentía rígido de espanto, como si se hubiera cometido un horrible error. Todos aquellos hombres de sólida y próspera reputación descubrirían ahora que habían elegido a una persona insignificante y ridícula, y oirían su aguda voz, la que ya tenía cuando la guerra. Tragó saliva. Sabía que en lugar de voz tenía un pito que parecía hecho de madera de sauce llorón. Pero lo peor de todo era que no tenía nada que decir. La multitud se calmó. Todos mostraban sus colorados y sonrientes rostros.

Entonces Billy abrió la boca y de ella salió un tono de voz profundo y resonante. Su voz se había convertido en un maravilloso instrumento. Para empezar contó chistes que hicieron desternillarse a todos de risa, luego se puso serio y finalmente contó más chistes, hasta terminar con una nota humilde, como debía ser. La explicación del milagro era ésta: Billy había asistido a un curso de cómo hablar en público.

Al volver a la realidad, se encontró de nuevo en el lecho helado del riachuelo. Roland Weary parecía querer matarle a golpes.

Weary parecía lleno de una trágica cólera. Nuevamente se lo habían quitado de encima. Enfundó su pistola y su pañuelo, con su hoja triangular y sus canalones de sangre en cada cara, y después se puso a sacudir a Billy haciendo resonar todos los huesos de su esqueleto y golpeándole contra el suelo de la orilla.

No paraba de maldecir y blasfemar a través de los hilos de su bufanda casera. Hablaba de una forma ininteligible de los sacrificios que había hecho en beneficio de Billy, y se extendía en consideraciones sobre la piedad y el heroísmo de los «Tres Mosqueteros», describiendo con los más brillantes y apasionados matices sus virtudes y su magnanimidad y elogiando el imperecedero honor que habían conquistado para sí, del gran servicio que habían prestado a la Cristiandad.

La culpa de que esa entidad luchadora ya no existiera era totalmente de Billy, y Weary estaba convencido de que tenía que pagarlo. Así pues, le dio un buen puñetazo en la mandíbula y lo hizo saltar desde la orilla hasta el hielo que cubría el riachuelo. Billy quedó a cuatro patas sobre el hielo, lo que aprovechó Weary para darle puntapiés en las costillas. Luego cayó de lado. Intentó apretujarse formando una bola.

—Ni siquiera deberías estar en el ejército —decía Weary.

Billy respondió con unos involuntarios sonidos convulsivos que parecían carcajadas.

—Crees que es divertido, ¿eh? —preguntó Weary.

Rodeó a Billy y se colocó a su espalda. La chaqueta, la camisa y la camiseta del muchacho se habían arremolinado sobre sus hombros a causa de la violencia, de manera que su espalda estaba desnuda. Los nudos de la columna vertebral de Billy estaban a merced de las botas de combate de Weary.

Este echó hacia atrás el pie derecho y apuntó a la columna vertebral, al centro del tubo en el cual Billy tenía tantas conexiones importantes. Estaba claro que se disponía a rompérselo...

Pero entonces Weary se dio cuenta de que tenía público. Cinco soldados alemanes y un perro policía atado a una correa les estaban observando desde la orilla del río. Los azules ojos de los soldados aparecían llenos de una extraordinaria curiosidad por ver cómo un americano intentaba asesinar a otro en un lugar tan lejano del hogar, y por saber de qué se reiría la víctima.

3

Los alemanes y el perro estaban llevando a cabo una operación militar que tenía un divertido nombre. Se trataba de una empresa humana que raras veces ha sido descrita detalladamente, la sola mención de cuyo nombre en las noticias o en la historia todavía llena a los entusiastas de la guerra de una especie de satisfacción postcoital. Y, en la imaginación de los apasionados de los combates, su realización era como el indolente juego amoroso que sigue al orgasmo de la victoria. Se trataba de la «Operación Limpieza».

El perro, que tan feroz había parecido en las distancias invernales, no era más que una hembra de pastor alemán. Tenía la cola entre las patas y temblaba ostensiblemente. Los soldados se la habían pedido prestada a un granjero aquella misma mañana. Nunca había estado en la guerra hasta entonces; y por lo tanto no tenía idea de cuál era el juego. Se llamaba «Princesa».

Dos de los soldados alemanes eran muchachos que no llegaban a los veinte años. Los otros dos, en cambio, eran tan viejos que apenas se mantenían en pie y estaban tan desdentados como carpas. Y los cuatro iban equipados de una forma fragmentaria, con armas y ropas pertenecientes a soldados que acababan de morir. Al menos, así lo parecía. Eran granjeros de la misma frontera alemana, no muy lejana de allí.

Su comandante era un cabo de mediana edad, de ojos enrojecidos, huesudo y duro como un buey, que estaba harto de guerra. Había sido herido en cuatro ocasiones y cada vez lo remendaban y lo mandaban de nuevo al frente. Era un buen soldado, siempre dispuesto a desertar o encontrar a alguien a quien rendirse. Y llevaba los pies embutidos en unas doradas botas de caballería que había tomado de un coronel húngaro muerto en el frente ruso. Así fue.

Aquellas botas eran casi lo único que poseía en el mundo. Constituían su verdadero hogar. Una anécdota: en cierta ocasión, un recluta se quedó observando cómo limpiaba y enceraba las botas doradas, entonces el cabo levantó una hacia el recluta y le dijo: «Si miras intensamente, verás a Adán y Eva.»

Billy Pilgrim no había oído la anécdota. Pero, echado de espaldas sobre el hielo, miró fijamente el barniz de las botas del cabo... y vio a Adán y Eva en sus doradas profundidades. Estaban desnudos. Y parecían tan inocentes, tan vulnerables, tan ansiosos de comportarse decentemente, que Billy los amó inmediatamente.

Junto a las botas doradas había unos pies envueltos en harapos, metidos en una especie de zuecos de madera sujetos con unas tiras de lona. Billy levantó la vista para

mirar el rostro del propietario de aquellos zuecos y vio el rostro de un ángel rubio. Era un muchacho de unos quince años... tan hermoso como Eva.

El divino muchacho, el celestial andrógino, ayudó a Billy a ponerse en pie, mientras los otros se acercaban para sacudir la nieve de su ropa. Luego le registraron en busca de armas pero no encontraron ninguna: lo más peligroso que llevaba encima era un trozo de lápiz de cinco centímetros.

Tres *bangs* inofensivos se oyeron a lo lejos, producidos por fusiles alemanes. Significaban que los dos exploradores que abandonaran a Billy y a Weary acababan de morir. Los alemanes les habían tendido una emboscada, descubriéndolos y matándolos por la espalda. Ahora expiraban sobre la nieve tornándola de color frambuesa, sin sentir nada. Así fue.

Entretanto, Roland Weary, el único superviviente de los «Tres Mosqueteros», estaba siendo desarmado, con los ojos desorbitados a causa del terror. El cabo dio la pistola de Weary al muchacho de cara bonita y, tras maravillarse ante el cruel cuchillo de trinchera, comentó en alemán que sin duda el americano lo hubiera utilizado sobre él, si hubiese podido, claro, para deformarle el rostro con los clavos del puño y desgarrarle las entrañas y la garganta con la hoja de triple filo. Ni el cabo hablaba inglés, ni Billy ni Weary entendían el alemán.

—Llevas unos juguetes muy lindos —dijo dirigiéndose a Weary; y añadió, entregando el cuchillo a uno de los viejos—: ¿Qué te parece eso?, ¿eh?

Luego abrió de un tirón la chaqueta y la camisa de Weary haciendo que los botones de latón salieran disparados. Hecho esto, el alemán agarró al americano por el abultado pecho con un gesto que parecía fuera a sacarle el corazón, y le arrancó la Biblia a prueba de balas.

Una Biblia a prueba de balas es una Biblia lo suficientemente pequeña como para que un soldado pueda llevarla en el bolsillo de su camisa, sobre el corazón, y está forrada de acero.

El cabo encontró también en el bolsillo de Weary la sucia fotografía de la mujer y el caballo.

—Vaya caballito más afortunado, ¿eh? —dijo—. Vaya, vaya... ¿No desearías ser ese caballito? —preguntó, tendiendo la fotografía al otro hombre viejo—. ¡Cosas de la guerra! —Y concluyó—: Eres afortunado muchacho. ¿Todo eso es tuyo?

Después hizo sentar a Weary en la nieve y le quitó las botas de combate, entregándoselas al lindo muchacho. A aquél le dio los zuecos de éste. Así pues, ahora ni Weary ni Billy llevaban calzado militar decente. Y aún tenían que andar kilómetros y kilómetros, Weary con aquellos zuecos que chirriaban a cada paso, y Billy con su

oscilación arriba-y-abajo, arriba-y-abajo, tropezando de vez en cuando con su compañero.

—Lo siento —decía entonces Billy.

O también:

—Perdón.

Al fin llegaron a una casa de piedra situada en un desvío de la carretera. Era un punto de reunión de prisioneros de guerra. Hicieron entrar a Billy y a Weary en una sala caliente y llena de humo. En la chimenea siseaba y crepitaba un buen fuego. Los muebles servían de combustible. Había una veintena de americanos más, sentados con la espalda contra la pared, mirando las llamas y pensando en lo único que se podía pensar allí, o sea, en nada.

Nadie hablaba. Nadie tenía ninguna buena historia de guerra que contar.

Los dos recién llegados se acomodaron como pudieron y Billy se echó a dormir con la cabeza apoyada en el hombro de un capitán que no protestó. El capitán era un capellán. Un rabino que había recibido un balazo en una mano.

Entonces Billy volvió a viajar por el tiempo. Abrió los ojos y se encontró mirando fijamente a los ojos de cristal de un mochuelo mecánico de jade verde que colgaba de una varilla de acero inoxidable. El mochuelo era el optómetro de la oficina de Billy en Ilium. Un optómetro es un instrumento para medir los errores de refracción de los ojos, y así poder prescribir las adecuadas gafas correctoras.

Billy se había quedado dormido mientras examinaba a una paciente sentada en una silla al otro lado del mochuelo. Ya le había sucedido otra vez. Al principio lo encontró divertido pero ahora ya empezaba a preocuparse, tanto por el hecho en sí como por lo que significaba para el estado de su mente en general.

Intentó recordar su edad, sin lograrlo, como tampoco el año en que estaba.

—Doctor... —dijo vacilante la paciente.

—¿Eh? —se sobresaltó él.

—Está usted tan callado...

—¡Oh! Perdón.

—Estaba usted ahí, hablando, y de pronto se ha quedado tan callado...

—¡Humm!

—¿Ve usted algo terrible?

—¿Terrible?

—Quiero decir, alguna enfermedad en mis ojos.

—No, no —concluyó Billy, con ganas de dormirse de nuevo—. Sus ojos están perfectamente. Sólo necesita gafas para leer.

Y la acompañó al otro extremo del pasillo, para que eligiera entre la amplia selección de monturas.

Cuando se quedó solo Billy abrió las cortinas. Pero continuó encontrándose sumido en la oscuridad. La visibilidad estaba todavía bloqueada por unas persianas venecianas, que subió rápidamente. Entonces el sol entró bruscamente. Y al mirar al exterior vio miles de automóviles aparcados, brillando como un gran lago de techos negros. La oficina de Billy formaba parte de un centro suburbano de tiendas y comercios.

Debajo mismo de su ventana estaba su Cadillac modelo «El Dorado Coupé de Ville». Leyó los carteles pegados a su parachoques: uno decía «Visite Ausable Chasm», otro «Colabore con su Departamento de Policía», y un tercero «Acusad a Earl Warren». Los anuncios sobre la policía y Earl Warren eran un regalo del suegro de Billy, que era miembro de la John Birch Society. La fecha de la matrícula decía, 1967, lo que indicó a Billy que tenía cuarenta y cuatro años. Se preguntó a sí mismo: «¿Dónde habrán ido a parar todos esos años?»

Billy dirigió su atención a su mesa de despacho. Encima de la misma un ejemplar de la *Review of Optometry* estaba abierto por una página en la que el comentario editorial, que Billy leía ahora moviendo ligeramente los labios, decía:

«¡Lo que ocurra en 1968 será lo que decidirá el destino de los ópticos europeos por lo menos en cincuenta años! Con esta advertencia, Jean Thiriart, secretario de la Unión Nacional de los Ópticos Belgas, está presionando para la formación de una Sociedad Europea de Óptica. Las alternativas serán, según él, la obtención de un status profesional o, hacia el año 1971, la reducción de la profesión al papel de vendedor de gafas.»

Billy Pilgrim intentaba concentrar su atención.

De pronto sonó una sirena que le provocó un sobresalto terrible. Esperaba en cualquier momento la Tercera Guerra Mundial. Pero la sirena, que estaba colocada en la cúpula del Departamento de Bomberos, frente la oficina de Billy, simplemente anunciaba el mediodía.

Billy cerró los ojos. Y cuando los volvió a abrir estaba de nuevo en la Segunda Guerra Mundial. Su cabeza seguía descansando sobre el hombro del rabino herido. Un alemán le estaba dando patadas en los pies y diciéndole que despertara, que había llegado el momento de marcharse.

Los americanos, con Billy entre ellos, formaban un auténtico desfile de necios en la carretera.

Había un fotógrafo, corresponsal de guerra alemán, que con una «Leica» tomó fotografías de los pies de Billy y de Roland Weary. La fotografía fue publicada dos días después como aplastante evidencia de lo miserablemente equipados que iban los

soldados americanos, a pesar de la fama de ricos que tenían.

Pero el fotógrafo quería captar algo más vivo, por ejemplo una captura real, y los guardias hicieron una representación para complacerle. Escondieron a Billy entre unos arbustos y cuando éste apareció, siguiendo sus órdenes, con su expresión de buena voluntad, le amenazaron con sus ametralladoras como si lo acabaran de capturar en aquel mismo momento.

La sonrisa de Billy al salir de entre los arbustos fue tan singular como la de la Mona Lisa, porque él sentía que estaba simultáneamente en la Alemania de 1944 y conduciendo su Cadillac en la América de 1967. Alemania se alejó de su conciencia, al tiempo que el año 1967 se hacía más brillante y nítido, libre de interferencias de cualquier otro tiempo. Billy iba camino de la reunión del Club de los Leones. Corría el cálido mes de agosto, pero su coche tenía aire acondicionado. Se detuvo ante un semáforo en medio del ghetto negro de Ilium. La gente que vivía allí odiaba tanto el barrio que un mes antes lo habían incendiado en gran parte: ¡era todo lo que tenían y lo odiaban! El barrio recordó a Billy algunas de las ciudades que había visto durante la guerra. Las aceras y las barandillas rotas indicaban claramente los lugares donde habían estado los carros y los tanques de la Guardia Nacional.

«Sangre hermana», rezaba una inscripción mural hecha con pintura rosa, junto a una tienda derrumbada.

Alguien llamó a la ventanilla del coche de Billy interrumpiendo su meditación. Era un hombre negro que parecía querer decirle alguna cosa. En aquel momento cambió la luz del semáforo. Billy hizo lo más sencillo. Salió disparado hacia adelante.

Billy continuó su camino hasta que llegó a una escena aún más desolada. Parecía Dresde después del bombardeo, o también la superficie lunar. Lo que en otros tiempos fuera el hogar de Billy había estado ahí, donde ahora no había nada. La zona se había convertido en un distrito urbano en renovación, donde muy pronto se erigirían un nuevo Centro Gubernamental de Ilium, un Pabellón de las Artes, un Estanque de la Paz y un complejo de apartamentos de lujo.

A Billy Pilgrim le parecía muy bien.

El orador invitado para aquella reunión del Club de los Leones era un comandante de la Marina. Dijo que los americanos no tenían otra alternativa que continuar luchando en Vietnam hasta que consiguieran la victoria o hasta que los comunistas se dieran cuenta de que no podían imponer a la fuerza su forma de vivir a los países

débiles. El comandante había estado allí dos veces en épocas distintas, también habló de las muchas cosas, unas maravillosas y otras terribles, que había visto. Y concluyó afirmando que era partidario de aumentar los bombardeos sobre Vietnam del Norte hasta devolverlo a la Edad de Piedra, si seguían rehusando entrar en razón.

Billy no se movió para protestar contra los bombardeos de Vietnam del Norte, ni tampoco se estremeció al recordar las cosas horribles que él, él mismo, había visto durante la Segunda Guerra Mundial. Simplemente estaba tomando su almuerzo en el Club de los Leones, del que era antiguo presidente.

En la pared de su oficina Billy tenía una oración enmarcada y colgada, que le ayudaba a seguir viviendo a pesar de que no sentía ningún entusiasmo por ello. Muchos pacientes que la habían visto le confesaban que a ellos también les ayudaba a vivir. Decía así:

CONCÉDEME, SEÑOR
SERENIDAD PARA ACEPTAR
LAS COSAS QUE NO PUEDO CAMBIAR,
VALOR PARA CAMBIAR
LAS QUE SI PUEDO
Y SABIDURÍA PARA
DISTINGUIR LAS UNAS
DE LAS OTRAS

Entre las cosas que Billy Pilgrim no podía cambiar se contaban el pasado, el presente y el futuro.

Ahora le presentaban al comandante de la Marina. La persona que los presentaba le estaba diciendo al comandante que Billy era un veterano y que tenía un hijo que era sargento de los Boinas Verdes en Vietnam.

El comandante le dijo a Billy que los Boinas Verdes estaban llevando a cabo una gran tarea, y que debía estar orgulloso de su hijo.

—Lo estoy. Claro que lo estoy —dijo Billy Pilgrim.

Después de la comida se dirigió a su casa para echar la siesta. El médico le había ordenado que hiciera la siesta todos los días. El médico esperaba que así se aliviara una dolencia de la que Billy se quejaba en los últimos tiempos. A menudo, y sin

razón alguna aparente, Billy Pilgrim se echaba a llorar. Nadie le había sorprendido todavía haciéndolo. Sólo el médico lo sabía. Se trataba de una cosa muy silenciosa que Billy hacía, y sin mucha abundancia de lágrimas.

Billy era propietario de una magnífica mansión georgiana en Ilium. Era tan rico como Creso, cosa que no había esperado llegar a ser ni en un millón de años. Cinco ópticos trabajaban para él en la tienda que poseía en la ciudad, y eso le proporcionaba una renta neta de sesenta mil dólares al año. Además tenía la quinta parte del nuevo Holiday Inn, en la Nacional 54, y casi la mitad de tres puestos de «Sabor-Frío» (una especie de crema helada que tiene el mismo gusto que el helado, pero sin la rigidez ni exagerada frialdad de éste).

Cuando llegó a casa no encontró a nadie. Su hija Barbara estaba a punto de casarse, y había ido con su madre al centro de la ciudad para buscar vajillas y cristalerías de plata y cristal. Sobre la mesa de la cocina encontró una nota en la que se lo explicaban. No tenían criados. A la gente ya no le interesaba la carrera de servicios domésticos. Tampoco tenían perro.

Había tenido un perro que se llamaba «Spot», pero murió. Así fue. A Billy le gustaba mucho «Spot» y a «Spot» le gustaba Billy.

Subió por las alfombradas escaleras que conducían a su dormitorio y al de su esposa. La habitación estaba decorada con papel floreado. Contenía una gran cama de matrimonio y sobre la mesita de noche había un radio-reloj, los controles para la manta eléctrica y el interruptor del suave vibrador conectado a los muelles del colchón. El vibrador, cuyo nombre comercial era «Dedos Mágicos», también había sido idea del médico.

Billy se despojó de sus trifocales, su chaqueta, su corbata y sus zapatos, corrió las persianas venecianas y las cortinas, y se echó encima de la colcha. Pero no podía dormir. En lugar de eso tenía ganas de llorar. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Entonces conectó los dedos mágicos y se sintió acunado mientras sollozaba.

Se oyó el timbre de la puerta principal. Billy saltó de la cama y miró a través de la ventana que daba a la parte delantera de la casa para ver si había llamado alguien importante. Pero no, sólo era un inválido, tan espasmódico en el espacio como Billy lo era en el tiempo. Las convulsiones le hacían moverse continuamente, como si estuviera intentando imitar a distintas estrellas del cine cómico.

Otro mutilado estaba llamando al timbre de la casa situada al otro lado de la calle. Aquél solamente tenía una pierna, e iba tan apretujado entre las muletas que los hombros le tapaban las orejas.

Billy sabía lo que querían aquellos individuos. Vendían suscripciones para unas revistas que no se recibían nunca, y la gente se las compraba por lástima. Billy había oído hablar de ello dos semanas antes a un miembro del Better Business Bureau, a través de los altavoces del Club de los Leones. El hombre dijo que nadie que viera a inválidos trabajando en un barrio para conseguir suscripciones para una revista debía llamar a la policía.

Billy miró calle abajo y vio un flamante Buick Riviera aparcado media manzana más allá, en cuyo interior esperaba un hombre. Dedujo certeramente que se trataba del hombre que había alquilado a los inválidos para hacer aquel trabajo. Y continuó llorando mientras contemplaba a los inválidos y a su jefe. El timbre de su casa seguía sonando con insistencia.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo. Todavía lloraba. Pero ahora estaba de vuelta a Luxemburgo, e iba andando entre un montón de prisioneros. Era el viento invernal lo que le llenaba los ojos de lágrimas.

Desde que le habían hecho representar la comedia de la captura para tomar la fotografía estaba viendo el fuego de San Telmo, una especie de radiación electrónica que brillaba sobre las cabezas de sus compañeros y de sus guardas, así como también sobre los árboles y los tejados de las casas de Luxemburgo. Era maravilloso.

Billy caminaba con las manos sobre la cabeza al igual que los demás americanos, pero bamboleándose arriba-y-abajo, arriba-y-abajo. En aquel momento pisó involuntariamente los talones de Roland Weary y se excusó: «Perdón».

Los ojos de Weary también estaban llenos de lágrimas. Weary lloraba a causa de los horribles dolores que sentía en los pies. Los destrozados zuecos habían convertido sus pies en sendas masas sangrientas.

En cada cruce de carretera había más americanos con las manos en la cabeza que se unían al grupo de Billy, quien tenía sonrisas para todos. Se movían como el agua, siempre hacia abajo, y al final fueron a parar a una carretera más importante en el fondo de un valle. A través del valle corría un Mississippi de americanos humillados. Diez mil americanos cruzaban el valle hacia el este con las manos unidas sobre sus cabezas, suspirando y gimiendo.

Billy y su grupo se unieron al río de humillación, cuando el débil sol de media tarde salía de entre las nubes. Los americanos no tenían la carretera para ellos solos, sino sólo una calzada. En dirección contraria los motores de los vehículos que llevaban tropas alemanas al frente roncaban continuamente. Los reservistas eran hombres de aspecto rudo y violento, con la piel ajada por el viento.

Tenían los dientes como teclas de piano, iban adornados con cinturones de municiones para sus ametralladoras, fumaban cigarros y sobre todo comían. Daban voraces mordiscos a los bocadillos de salchicha que llevaban, y tenían las manos llenas de puré de patatas.

Un soldado vestido de negro, que estaba tomando el fresco como si fuera un héroe solitario tendido sobre un tanque, escupió a los americanos. El esputo fue a caer en la espalda de Roland Weary. Olía a comida y a tabaco.

Billy encontró la tarde terriblemente excitante. Había tantas cosas para ver... Dientes de dragón, máquinas de matar, cadáveres con los desnudos pies azules y marmóreos. Así era.

Andando y oscilando arriba-y-abajo, arriba-y-abajo, Billy se quedó mirando una encantadora granja que acusaba el impacto de las ametralladoras. En la puerta había un coronel alemán y con él una prostituta sin maquillaje ni colorete.

Billy tropezó una vez más con Weary y éste le gritó sollozando:

—¡Anda derecho de una vez!

Ahora subían por una suave pendiente. Cuando llegaron a la cima ya no estaban en Luxemburgo; estaban en Alemania.

En la frontera había una máquina de filmar destinada a registrar aquella fabulosa victoria. Dos civiles que llevaban chaquetas de piel de oso estaban inclinados sobre la cámara cuando pasaron Billy y Weary. Hacía horas que no tenían película.

Uno de ellos enfocó el rostro de Billy durante un momento, y después de nuevo hacia el infinito. En el horizonte se veía una débil columna de humo. En aquel punto se estaba desarrollando una batalla. Allí morían hombres. Así era.

Y se puso el sol. Y Billy se encontró renqueando en una estación de ferrocarril. Hileras y más hileras de vagones esperaban. Habían traído reservistas al frente y ahora llevarían prisioneros hacia el interior de Alemania.

Los alemanes clasificaron a los prisioneros según su categoría militar. Pusieron sargentos con sargentos, comandantes con comandantes, etc. Una patrulla entera de coroneles fue colocada cerca de donde estaba Billy. Uno de ellos padecía una pulmonía doble. Tenía mucha fiebre y vértigo. E intentaba mantenerse en pie mirando fijamente a los ojos de Billy, pues la estación le daba vueltas y saltos en la cabeza.

El coronel tosió una y otra vez, y después preguntó a Billy:

—¿Eres uno de mis muchachos?

Era un hombre que había perdido un regimiento entero, unos cuatro mil quinientos hombres, muchos de ellos en realidad unos niños. Billy no contestó. La pregunta no tenía sentido.

—¿Cuál era tu equipo? —inquirió nuevamente el coronel.

Y tosía una y otra vez. A cada inspiración sus pulmones roncaban como si tuvieran un montón de papeles grasientos en el interior.

Billy no podía recordar a qué equipo pertenecía.

—¿Eres del Cuatro-cincuenta-y-uno?

—Cuatro-cincuenta-y-uno, ¿qué? —inquirió Billy.

Hubo un silencio. Finalmente, el coronel explicó:

—... Regimiento de Infantería.

Billy Pilgrim exclamó:

—¡Ah!

Hubo otro largo silencio. El coronel moría y moría, ahogándose, de pie. Después gritó tristemente:

—¡Soy yo, muchachos! ¡Soy Wild Bob!

Eso es lo que siempre había deseado que le llamaran sus soldados: «Wild Bob».

Ninguno de los hombres que ahora podían oírle era de su regimiento, a excepción de Roland Weary. Pero Weary no le escuchaba; estaba demasiado ocupado en pensar en la agonía de sus propios pies.

El coronel imaginó que estaba dirigiéndose a sus queridos soldados por última vez y les dijo que no tenían por qué avergonzarse de nada, que el suelo estaba lleno de alemanes muertos que habían deseado ante Dios no oír hablar jamás del Cuatro-cincuenta-y-uno. Acabó su arenga prometiendo que después de la guerra haría una reunión con todo el regimiento en su ciudad natal, Cody, Wyoming. Asaría novillos enteros para todos.

Dijo todo eso mirando fijamente a los ojos de Billy. Sus palabras resonaban como un eco en el interior de la cabeza del pobre Billy.

—¡Que Dios os acompañe, muchachos! —gritó con una voz que resonó interminablemente, para luego añadir—: Si alguna vez uno de vosotros se encuentra en Cody, Wyoming, ¡que pregunte por Wild Bob!

Yo estaba allí. Y también estaba mi viejo camarada de guerra, Bernard V. O'Hare.

Billy Pilgrim fue metido en un vagón junto con muchos otros soldados. Le separaron de Roland Weary, a quien instalaron en un vagón distinto del mismo tren.

En cada esquina superior del vagón había unos pequeños respiraderos. Billy se situó debajo de una de aquellas ventanitas mientras los soldados se apiñaban a su alrededor y lo apretaban contra la pared. Pronto tuvo que subirse a un tablón de madera colocado de forma que cerrara la escuadra formada por la esquina de la pared, para eludir algo la presión de los demás, y esto puso sus ojos al nivel del respiradero. Así fue como pudo ver otro tren situado a unos nueve metros.

Los alemanes estaban escribiendo sobre los vagones, con yeso azul, el número de

personas que contenía cada uno de ellos, su rango, su nacionalidad y la fecha en que habían sido «facturados» en el tren. También aseguraban el cierre de los vagones con clavos y alambres. Billy oyó que alguien escribía en su vagón, pero no pudo ver quién lo estaba haciendo.

La mayoría de los soldados que ocupaban el vagón donde iba Billy eran jóvenes, acababan de salir de la infancia. Apretujado en la esquina, junto a él, estaba un antiguo vagabundo que tenía por lo menos cuarenta años.

—He pasado más hambre otras veces —comentó el hombre, dirigiéndose a Billy—. He estado en lugares peores que éste. ¡Esto no está tan mal!

Un hombre gritó, por entre la rendija del respiradero de uno de los vagones, que acababa de morir uno de sus compañeros. Le oyeron cuatro guardas sin que la noticia pareciera conmoverles en absoluto.

—*Ya, ya* —dijo uno, asintiendo lentamente—. *Ya, ya*.

Pero no abrieron el vagón donde estaba el muerto, sino el contiguo a éste. Entonces Billy Pilgrim quedó maravillado ante lo que allí vio. Era como el paraíso. Había luz, literas con colchones y mantas, un hornillo sobre el que humeaba una cafetera y una mesa con una botella de vino, rebanadas de pan, salchichas y cuatro tazones de sopa.

En las paredes colgaban fotografías de castillos, lagos y bonitas muchachas. Aquello era el hogar ambulante de los guardas del ferrocarril, hombres cuya tarea consistía en estar siempre custodiando cargas rodantes de acá para allá. Una vez hubieron entrado en el vagón, los cuatro guardas cerraron la puerta.

Poco después salieron fumando cigarros y hablando con satisfacción en el tono bajo suave del idioma alemán. Uno de ellos vio el rostro de Billy en el respiradero y movió un dedo con gesto de advertencia, al tiempo que le decía que fuera un buen muchacho.

Los americanos del otro vagón seguían gritando que había un hombre muerto allí dentro. Entonces los alemanes les hicieron caso, sacaron una camilla de dentro de su vagón, abrieron el otro y entraron. El vagón del hombre muerto no estaba lleno. Había solamente seis coroneles vivos y uno muerto.

Los alemanes sacaron el cadáver y Billy pudo ver que era Wild Bob. Así fue.

Durante la noche, algunas locomotoras empezaron a funcionar y a moverse. La locomotora y el último vagón de cada tren exhibían una banda de color naranja y negro, indicando que el convoy no era un buen blanco para los bombarderos pues llevaba prisioneros de guerra.

La guerra estaba a punto de terminar. Las locomotoras empezaron a moverse hacia el Este a finales de diciembre y la guerra terminaría en mayo. En Alemania las prisiones estaban totalmente llenas. Ya no había alimentos para dar a los prisioneros, ni combustible para mantenerlos a una temperatura decente. A pesar de lo cual, llegaban muchos más prisioneros.

El tren en el que iba Billy Pilgrim, el más largo de todos los que allí había, estuvo parado todavía dos días. Al llegar al segundo día, el vagabundo le dijo a Billy:

—Esto no es nada. No está tan mal.

Billy miraba a través del respiradero. La estación de ferrocarril era ahora un desierto, a excepción del tren hospital marcado con una cruz roja, que estaba muy lejos. Su locomotora silbó y la locomotora del tren de Billy Pilgrim le devolvió el silbido. Se saludaban.

Aun cuando no se movieran, los vagones del tren de Billy estaban completamente cerrados. Nadie podía salir de ellos hasta llegar al final de su destino. Para los guardas que paseaban arriba y abajo, cada vagón se había convertido en un organismo único que comía, bebía y evacuaba a través de los respiraderos. Incluso hablaba y, a veces, gritaba a través de los mismos. Por ellos entraban agua, rebanadas de pan moreno, salchichas y queso, y salían mierda, orina y vocerío.

Los seres humanos que allí había hacían sus funciones evacuadoras en cascos de acero que luego pasaban a los que estaban en los ventiladores para que los vaciaran. Billy era un vaciador. Aquellos seres humanos se pasaban también las cantimploras llenas de agua que les entregaban los guardas. Y cuando les llegaba la comida, aquellos seres humanos se tranquilizaban tanto que una maravillosa ola de confianza les invadía a todos. Y la compartían.

Los seres humanos del interior del vagón organizaron turnos para repartir el estar echado o de pie. Las piernas de los que estaban de pie eran como postes hundidos en un cálido suelo de cuerpos retorcidos y suspirantes. Y el extraño suelo era un mosaico de durmientes encogidos como bebés. El tren empezó a dirigirse hacia el Este.

En aquellos momentos, en alguna parte, era Navidad. Billy Pilgrim estaba encogido como un bebé, junto al vagabundo, y se quedó dormido. Era la Nochebuena. De pronto viajó otra vez en el tiempo hasta 1967, hasta aquella noche en que fue raptado por un platillo volante de Tralfamadore.

Billy Pilgrim no podía dormir aquella noche. Tenía cuarenta y cuatro años y su hija acababa de casarse.

La boda había tenido lugar bajo el cobijo de un alegre entoldado a rayas instalado en el jardín de Billy. Las rayas eran anaranjadas y negras.

El y su esposa, Valencia, estaban en su gran cama de matrimonio, encogidos como bebés. Los dedos mágicos les acunaban. Valencia no necesitaba que la acunasen para dormirse. Valencia roncaba como una motosierra. La pobre mujer ya no tenía ni ovarios ni útero ni nada. Se los había sacado un cirujano, socio de Billy en el nuevo Holidays Inn.

Había luna llena.

Billy se levantó de la cama a la luz de la luna. Se sentía fantasmagórico y luminoso, como si estuviera envuelto en frías pieles cargadas de electricidad estática. Se miró los desnudos pies y los sintió marmóreos y helados.

Salió al rellano de las escaleras, sabiendo que estaba a punto de ser raptado por un platillo volante. El rellano tenía el aspecto de una cebrá, con franjas de oscuridad y de luz lunar que entraba a través de las puertas de las habitaciones vacías de los dos hijos de Billy. Ya no había niños en la casa. Se habían ido para siempre. Billy se dejaba guiar por el miedo y por la falta de miedo. El miedo le decía cuándo debía detenerse. La falta de miedo le decía cuándo debía seguir adelante.

Se dirigió a la habitación de su hija. Los cajones estaban fuera de su sitio, el armario vacío. En el centro de la habitación permanecían, amontonadas, todas las posesiones que no se había podido llevar en su luna de miel. Y encima de la repisa de la ventana el teléfono modelo «Princesa» que le había regalado, con línea independiente, despedía una débil luz fosforescente que llamó su atención. En aquel momento, el aparato sonó.

Contestó. Al otro lado del hilo había un borracho. Billy casi olía su aliento a gas de mostaza y rosas. Resultó que se había equivocado de número. Billy colgó. Entonces, sobre la repisa de la ventana, vio, junto al teléfono, una botella de plástico blando. La etiqueta decía que no contenía ningún líquido nutritivo.

Billy Pilgrim bajó las escaleras con sus fríos y marmóreos pies. Se dirigió a la cocina y allí la luz de la luna dirigió su atención hacia una botella de champaña medio vacía que había sobre la mesa de la cocina. Era todo lo que quedaba de la fiesta. Alguien había tapado otra vez la botella. Y parecía decir: «¡Bébeme!»

Así que Billy la destapó con los dedos. No hizo ruido alguno. El champaña estaba muerto. Así fue.

Billy miró el reloj que había sobre la cocina de gas. Tenía que matar el tiempo durante una hora antes de que llegara el platillo. Se fue a la salita balanceando la botella como si fuera una campana, se sentó en una butaca y puso en marcha el televisor. Entonces, tras haberse aislado ligeramente del tiempo, vio la última película, primero al revés, de fin a principio, y luego otra vez en sentido normal. Era una película sobre la actuación de los bombarderos americanos durante la Segunda Guerra Mundial y sobre los valientes hombres que los tripulaban. Vista hacia atrás la historia era así:

Aviones americanos llenos de agujeros, de hombres heridos y de cadáveres, despegaban de espaldas en un aeródromo de Inglaterra. Al sobrevolar Francia se encontraban con aviones alemanes de combate que volaban hacia atrás, aspirando balas y trozos de metralla de algunos aviones y dotaciones. Lo mismo se repitió con algunos aviones americanos destrozados en tierra, que alzaron el vuelo hacia atrás y se unieron a la formación.

La formación volaba de espaldas hacia una ciudad alemana que era presa de las llamas. Cuando llegaron, los bombarderos abrieron sus portillones y merced a un milagroso magnetismo redujeron el fuego, concentrándolo en unos cilindros de acero que aspiraron hasta hacerlos entrar en sus entrañas. Los containers fueron almacenados con todo cuidado en hileras. Pero allí abajo, los alemanes también tenían sus propios inventos milagrosos, consistentes en largos tubos de acero que utilizaron para succionar más balas y trozos de metralla de los aviones y de sus tripulantes. Pero todavía quedaban algunos heridos americanos, y algunos de los aviones estaban en mal estado. A pesar de ello, al sobrevolar Francia aparecieron nuevos aviones alemanes que solucionaron el conflicto. Y todo el mundo estuvo de nuevo sano y salvo.

Cuando los bombarderos volvieron a sus bases, los cilindros de acero fueron sacados de sus estuches y devueltos en barcos a los Estados Unidos de América. Allí las fábricas funcionaban de día y de noche extrayendo el peligroso contenido de los recipientes. Lo conmovedor de la escena era que el trabajo lo realizaban, en su mayor parte, mujeres. Los minerales peligrosos eran enviados a especialistas que se encontraban en regiones lejanas. Su tarea consistía en enterrarlos y esconderlos bien para que así no volvieran a hacer daño a nadie.

Los pilotos americanos mudaron sus uniformes para convertirse en muchachos que asistían a las escuelas superiores. Y Hitler se transformó en niño, según dedujo Billy Pilgrim. En la película no estaba. Porque Billy extrapolaba. Y se imaginó que todos se volvían niños, que toda la humanidad, sin excepción, conspiraba biológicamente para producir dos criaturas perfectas llamadas Adán y Eva.

Billy vio después la película en sentido normal, y cuando acabó ya era tiempo de acudir al patio posterior de su casa para encontrarse con el platillo volante. Salió haciendo crujir la húmeda ensalada del césped con sus fríos y marmóreos pies. Se detuvo para echar un trago de aquel champaña muerto. Era como 7-Up. No quería levantar los ojos al cielo, a pesar de saber que allí mismo había un platillo volante proveniente de Tralfamadore. Pronto llegaría el momento en que lo vería por fuera y por dentro, y en que también vería el lugar de donde procedía. Pronto llegaría el momento. Muy pronto.

Sobre su cabeza se oyó el grito de lo que podría haber sido un melodioso búho, pero no era un melodioso búho. Era un platillo volante de Tralfamadore que venía navegando por el espacio y el tiempo. Billy Pilgrim tuvo la sensación de que acababa de aparecer de repente desde la nada. En algún lugar se oía ladrar a un gran perro.

El platillo volante medía unos treinta metros de diámetro y tenía portezuelas a todo su alrededor. La luz que despedía a través de los portillos era purpúrea, y el único ruido que emitía era aquella especie de grito de búho. El aparato descendió hasta envolver a Billy en un titilante halo de luz pupúrea. Entonces se oyó un ruido como de beso y se abrió una escotilla en la parte inferior del platillo. Por allí apareció una escalera dotada de una hilera de brillantes luces a cada lado, como en las pasarelas de los barcos.

La voluntad de Billy quedó paralizada por el cañón de un arma que le apuntaba desde uno de los portillos. Se hacía imperativo que subiera por la escalerilla, y así lo hizo. Los travesaños estaban electrificados, de manera que las manos de Billy quedaron firmemente agarradas a ellos. Fue izado por la escotilla abierta y una vez dentro las puertas se cerraron tras él. Sólo entonces le soltó la escalerilla, que se había enrollado en un carrete. Sólo en aquel momento el cerebro de Billy volvió a funcionar.

En el interior de la cámara donde se encontraba Billy había dos mirillas, por cuyas estrechas rendijas se asomaban unos ojos amarillos. Y colgado en la pared, un altavoz. Los tralfamadorianos no tenían cuerdas vocales. Se comunicaban telepáticamente y únicamente podían hablar con él por medio de un computador y de una especie de órgano electrónico que producía todos los sonidos del habla terrestre.

—Bien venido a bordo, señor Pilgrim —dijo el altavoz—. ¿Alguna pregunta?

Billy se pasó la lengua por los labios, se quedó pensando un momento y al final preguntó:

—¿Por qué yo?

—Esa es una pregunta muy terrenal, señor Pilgrim. ¿Por qué *usted*? ¿Por qué *nosotros*?, podríamos decir. ¿Por qué *cualquier cosa*? Porque este momento, sencillamente, es. ¿Ha visto usted alguna vez insectos atrapados en ámbar?

—Sí —repuso Billy, que recordó el pisapapeles que tenía en su oficina: era un bloque de ámbar pulido, con tres mariquitas aprisionadas dentro.

—Bien, aquí estamos, señor Pilgrim, atrapados en el ámbar de este momento. No hay ningún *porqué*.

Introdujeron anestesia en la atmósfera que respiraba Billy. Cuando se hubo dormido le llevaron a una sala donde le ataron a un sillón extensible que habían robado en los almacenes Sears & Roebuck. La cabina del platillo estaba repleta de mercancías robadas, que serían utilizadas para decorar e instalar la morada artificial que Billy tenía destinada en el zoo de Tralfamadore.

La terrorífica aceleración del platillo al dejar la Tierra hizo retorcerse a Billy, cuyo rostro se contorsionó y dislocó en el tiempo, devolviéndolo a la guerra.

Cuando recobró el conocimiento, ya no estaba en el platillo volante. Se encontraba de nuevo en un vagón de tren, cruzando Alemania.

En aquel momento algunos hombres se estaban levantando del suelo y del vagón y otros se echaban en su lugar. Billy tenía también la intención de echarse. Sería estupendo poder dormir. Tanto dentro como fuera del tren, imperaba la oscuridad. Y el convoy parecía correr a una velocidad de unos tres kilómetros por hora. Nunca daba la impresión de que corriera más y siempre pasaba mucho rato entre el traqueteo de un raíl y el del otro. Se oía un chasquido, pasaba todo un año y entonces se oía otro chasquido.

El tren se paraba frecuentemente para dejar vía libre a otros trenes verdaderamente importantes. Y también para dejar, cuando pasaba cerca de una prisión, algunos vagones. A medida que cruzaba Alemania, aquel tren se iba quedando más raquítico.

Billy se dejó caer lentamente desde el travesaño en diagonal que había en el rincón, con objeto de hacerse ingrátido para los que estaban en el suelo. Sabía que era importante que se comportara casi como un espíritu en el momento de echarse. Había olvidado el porqué, pero se lo recordaron pronto.

—¡Pilgrim...! —dijo alguien que estaba agazapado a su lado—. ¿Eres tú?

Billy no dijo nada, sino que se echó cuidadosamente y cerró los ojos.

—¡Maldición! —gritó el otro, al tiempo que se sentaba y palpaba rudamente a Billy—. Eres tú, ¿no? Vamos, ¿eres tú? ¡Vete al infierno!

Ahora Billy también se sentó, sintiéndose desdichado y próximo a estallar en lágrimas.

—¡Sal de ahí! ¡Quiero dormir!

—¡A callar! —vociferó otra voz.

—Callaré cuando Pilgrim se vaya.

Billy no tuvo más remedio que levantarse y colgarse otra vez del travesaño en diagonal.

—¿Dónde puedo dormir? —preguntó suavemente.

—Conmigo, no.

—Ni conmigo, hijo de perra. Chillas y pataleas.

—¿Yo?

—¡Naturalmente que sí! Y además lloras.

—¿Yo?

—¡Vete al infierno, Pilgrim!

Entonces empezó un amargo recuento en el interior del vagón. Casi todo el mundo tenía algo atroz que contar para explicar las cosas que Billy Pilgrim había hecho durante su sueño. Y todo el mundo le dijo a Billy Pilgrim que se fuera al infierno.

Así pues, Billy Pilgrim tuvo que dormir de pie, o no dormir. Y los alimentos ya no entraban por los ventiladores, y los días y las noches eran cada vez más fríos.

En el octavo día, el vagabundo cuarentón le dijo a Billy:

—Esto no está mal. Yo puedo estar cómodo en cualquier parte.

—¿De veras? —preguntó Billy.

En el noveno día, el vagabundo murió. Así sucedió. Sus últimas palabras fueron:

—¿Tú crees que esto está mal? Pues no, no lo está.

Pasó algo relacionado con la muerte el noveno día. Hubo también otra muerte al noveno día en el vagón contiguo al de Billy. Roland Weary murió de una gangrena producida en sus destrozados pies. Así fue.

Weary, en su delirio casi constante, habló una y otra vez de los «Tres Mosqueteros». Y, sabiendo que iba a morir, dejó muchos mensajes para su familia de Pittsburgh. Quería ser vengado por encima de todo, y por eso pronunció repetidamente el nombre de la persona a la que consideraba responsable de su muerte. Todos los del vagón se lo aprendieron de memoria.

—¿Quién me ha matado? —preguntaba.

Y todo el mundo conocía la respuesta:

—Billy Pilgrim.

Escucha: la noche del día décimo se oyó ruido de hierros y clavijas en el vagón de

Billy... y por fin se abrió la puerta. Billy Pilgrim estaba apoyado en el rincón con los brazos extendidos sobre el travesaño, y se mantenía en esta postura gracias a un gancho que colgaba del marco del respiradero. Justo al abrirse la puerta Billy tosió. Y lo hizo con tanto ímpetu que, al mismo tiempo, evacuó acuosos excrementos. Esto estaba de acuerdo con la Tercera Ley del Movimiento según sir Isaac Newton, que dice: toda acción engendra una reacción igual y en dirección opuesta.

Esto, en balística, es interesante saberlo.

El tren había llegado cerca de una prisión que originariamente fue construida como campo de exterminio de prisioneros de guerra rusos.

Los guardas miraron con curiosidad hacia el interior del vagón de Billy, murmurando palabras entre ellos. Nunca habían tratado con americanos, pero seguro que se hacían cargo de la clase de mercancía que eran. Sabían que se trataba, esencialmente, de un líquido que podía hacerse correr lentamente hacia donde hubiera luz y vida. Era de noche.

La única luz que se veía era la de una bombilla, una sola, colgada de un poste muy alto y lejano. Fuera del vagón todo estaba en silencio, a excepción de los guardas, que producían un murmullo como de palomas. De pronto, el líquido empezó a correr saliendo a chorros por las puertas y hasta el suelo.

Billy fue el penúltimo hombre que traspasó la puerta. El último fue el vagabundo. Pero el pobre hombre no pudo salir a chorro: ya no era líquido, era piedra. Así fue.

Billy no quería saltar desde el vagón hasta el suelo. Creía sinceramente que se rompería como un vaso si lo hacía. De manera que los guardas tuvieron que ayudarlo a saltar, sin dejar de murmurar.

Le dejaron frente al tren, que ahora constaba de una locomotora, un ténder y tres pequeños vagones. El último de éstos era el paraíso sobre ruedas de los guardas. Y en aquel paraíso sobre ruedas la mesa estaba puesta de nuevo, con la cena servida.

En la base del poste del que colgaba la bombilla encendida había tres bultos que parecían pajares. Hicieron caminar a los americanos hasta ellos, y se los señalaron con insistencia. Los bultos no eran pajares, sino montones de cazadoras de prisioneros muertos. Así era.

Los guardas expresaron firmemente su deseo de que todos los prisioneros que no tuvieran cazadora cogieran una. Pero las prendas estaban pegadas unas con otras por efecto del hielo, de manera que los guardas tuvieron que utilizar las bayonetas como si fueran picos. Luego, al azar, fueron tendiendo las piezas, que permanecían rígidas y tenían la forma que habían tomado al amontonarse.

La cazadora que le tocó a Billy Pilgrim había quedado helada de tal forma y era tan pequeña que no parecía una cazadora, sino una especie de tricornio negro y alargado. Además tenía unas manchas pegajosas, como de mermelada de fresa, que la hacían parecer la piel de un animal muerto de frío. De hecho, el cuello de la cazadora

era de piel animal.

Billy echó una torpe ojeada a las cazadoras de sus vecinos y comprobó que tenían botones de latón, galones, águilas, lunas, estrellas o números en alguna parte. Eran cazadoras de soldado. La suya era la única que había pertenecido a un cadáver civil. Así era.

Luego, los alemanes apremiaron a Billy y al resto para que rodearan su bonito tren y les hicieron entrar en el campo de prisioneros. Allí no encontraron ni calor ni vida que les llamara la atención; era simplemente una larga, larguísima hilera con miles de cobertizos sin ninguna luz dentro.

En alguna parte ladró un perro. Y con la ayuda del miedo y del eco del silencio invernal, su ladrido pareció el sonido de una pequeña campana de bronce.

Billy y el resto fueron atravesando puerta tras puerta y en aquel peregrinar Billy vio, por primera vez, a un ruso. El hombre estaba solo en la noche, iba andrajoso y tenía un rostro redondo que brillaba como el dial de un aparato de radio.

Pasó a un metro de él. Les separaba una alambrada de púas. El ruso no hizo ninguna señal ni dijo nada, pero le miró fijamente, escudriñando el interior de su alma. En su mirada había una dulce esperanza, como si Billy tuviera buenas noticias, noticias que él quizá fuera demasiado estúpido para entenderlas, pero buenas noticias al fin y al cabo.

Billy fue ensombreciéndose a medida que pasaban una puerta tras otra. Le llevaron a lo que podría haber sido una construcción tralfamadórica. Estaba iluminada de una forma chillona y enladrillada con mosaico blanco. Pero estaba en la Tierra. Era un control de limpieza por el que pasaban todos los prisioneros.

Billy hizo lo que se le ordenó: despojarse de sus ropas. Esta fue también la primera cosa que le obligaron a hacer en Tralfamadore.

Un alemán midió la parte superior de su brazo derecho rodeándolo con el pulgar y el índice, y comentó con un compañero la clase de ejército que sería el que enviaba una debilidad como aquélla al frente. Después miraron a los demás americanos, y señalaron a muchos que estaban casi tan mal como Billy.

Uno de los americanos que tenía mejor aspecto era también el más viejo. Ejercía como maestro en una escuela superior de Indianápolis y se llamaba Edgar Derby. No había viajado en el vagón de Billy, sino en el de Roland Weary, y había sostenido la cabeza de Weary cuando murió. Así sucedió. Derby tenía cuarenta y cuatro años. Era tan viejo que un hijo suyo estaba en la Marina, luchando en el frente del Pacífico.

Derby se había servido de influencias políticas para poder entrar en el Ejército a su edad. La asignatura que enseñaba en Indianápolis era «Problemas Contemporáneos

de la Civilización Occidental». Además, entrenaba al equipo de tenis de la escuela; por ello su cuerpo permanecía tan cuidado.

El hijo de Derby sobreviviría a la guerra. Derby no. Su hermoso cuerpo sería llenado de agujeros por un pelotón de ejecución al cabo de sesenta y ocho días. Así fue.

El peor cuerpo americano no era el de Billy. Pertenecía a un ladrón de coches de Cicero, Illinois. Su nombre era Paul Lazzaro. De baja estatura, sus huesos y sus dientes estaban completamente raídos, y su piel era desagradable. Tenía cicatrices del tamaño de una moneda por todo el cuerpo. Eran el recuerdo de los muchos tumorcillos que había padecido.

También Lazzaro había viajado en el vagón de Roland Weary, y le había dado su palabra de honor de que encontraría la forma de hacer pagar a Billy Pilgrim por su muerte. Ahora miraba a su alrededor preguntándose cuál de aquellos desnudos seres humanos sería Billy.

Los americanos desnudos se colocaron bajo unas duchas alineadas en una pared pintada de blanco. No había grifos que pudieran controlar. Sólo podían esperar los acontecimientos. Tenían los sexos encogidos. Menos mal que la función reproductiva no estaba en el programa de la noche.

Una mano invisible dio vuelta a una manivela también invisible y por las duchas salió una lluvia hirviente, semejante a una antorcha, pero que no calentaba. Hizo brincar a Billy sin quitarle el frío que llevaba arraigado en la médula de sus huesos.

Mientras, desinfectaron las ropas de los americanos con un gas venenoso. Los parásitos del cuerpo y las bacterias de las ropas morían a millones. Así era.

Y Billy retrocedió hasta el tiempo de su infancia. Era un bebé, al que su madre acababa de bañar. Ahora su madre le envolvía con una toalla y le llevaba hasta una alegre habitación llena de sol. Allí le sacaba de la toalla, se lo ponía sobre las rodillas y lo empolvaba, sonriéndole y hablándole cariñosamente. Después le daba unas palmaditas en su abultada barriguita, que sonaba como un tambor.

Y él lanzaba grititos de alegría.

Luego se adelantó hasta el tiempo en que sería un óptico de mediana edad, y esta vez se vio jugando al golf durante un calurosísimo domingo estival. Bill ya no iba a la iglesia. En lugar de eso jugaba al golf con tres ópticos más. Aquel día había llegado al green en siete golpes, y ahora le tocaba acertar el agujero, situado a unos dos metros y medio.

Acertó. Fue hasta el hoyo, se inclinó y sacó la bola. En aquel momento, el sol se escondió tras una nube. Y Billy quedó adormilado momentáneamente. Cuando se recobró, ya no estaba en el golf.

Se encontraba atado a una silla amarilla, en una habitación blanca, a bordo del platillo volante que se dirigía a Tralfamadore.

—¿Dónde estoy? —preguntó Billy Pilgrim.

—Atrapado en otro bloque de ámbar, señor Pilgrim. Estamos precisamente donde debemos estar en este instante, a quinientos millones de kilómetros de la Tierra. Y nos dirigimos, por un hilo del tiempo, hacia Tralfamadore. Este viaje quizá nos lleve horas, o tal vez siglos.

—¿Cómo... he llegado hasta aquí?

—Eso, para usted, requeriría otra explicación terrenal. Los terrestres son grandes narradores; siempre están explicando por qué determinado acontecimiento ha sido estructurado de tal forma, o cómo puede alcanzarse o evitarse. Yo soy tralfamadoriano, y veo el tiempo en su totalidad de la misma forma que usted puede ver un paisaje de las Montañas Rocosas. Todo el tiempo es todo el tiempo. Nada cambia ni necesita advertencia o explicación. Simplemente es. Tome los momentos como lo que son, momentos, y pronto se dará cuenta de que todos somos, como he dicho anteriormente, insectos prisioneros en ámbar.

—Eso me suena como si ustedes no creyeran en el libre albedrío —dijo Billy Pilgrim.

—Si no hubiera pasado tanto tiempo estudiando a los terrestres —explicó el tralfamadoriano—, no tendría ni idea de lo que significa «libre albedrío». He visitado treinta y un planetas habitados del universo, y he estudiado informes de otros cien. Sólo en la Tierra se habla de «libre albedrío».

Billy Pilgrim afirma que, para las criaturas de Tralfamadore, el Universo no tiene la apariencia de pequeñas manchas luminosas. Esas criaturas pueden ver cada estrella donde ha estado, donde está y donde estará. Así pues, para ellos, el cielo es un enorme plato de *spaghetti* luminoso. Además, según él, los tralfamadorianos no ven a los seres humanos como criaturas de dos piernas. Los ven como grandes ciempiés, «con piernas infantiles en un extremo y piernas de anciano en el otro», afirma Billy Pilgrim.

Billy pidió algo para leer en su viaje a Tralfamadore. Sus raptos tenían cinco millones de libros terrestres metidos en un microfilm, pero era imposible proyectarlo en la cabina donde él estaba. El único libro de verdad que tenían era una novela en inglés que debía ser colocada en un museo tralfamadoriano. Era *El Valle de las Muñecas*, de Jacqueline Susann.

Billy lo leyó, y consideró que tenía algunas cosas buenas. Los personajes pasaban momentos buenos y malos, momentos de ánimo y de depresión. Pero Billy no tenía ganas de leer los mismos momentos buenos y malos de los personajes, repetidos una y otra vez. Preguntó si por favor podían darle otra cosa para leer.

—Sólo novelas tralfamadorianas, aunque me temo que todavía no pueda comprenderlas —dijo el altavoz de la pared.

—De todas maneras me gustaría ver una —repuso él.

Así pues, le hicieron llegar algunas. Eran objetos muy pequeños. Una docena de esas novelas abultaban como *El Valle de las Muñecas* con todos los momentos buenos y malos de sus protagonistas.

Billy no podía leer el tralfamadoriano, desde luego, pero al menos podía ver cómo se escribía, en pequeños montones de símbolos separados por estrellas. Billy comentó que el montoncito de signos podían ser telegramas.

—Exactamente —dijo la voz.

—¿Son telegramas?

—No existen telegramas en Tralfamadore, pero tiene usted razón. Cada montón de símbolos es un mensaje breve y urgente que describe una situación, una escena. Nosotros, los tralfamadorianos, los leemos todos a la vez y no uno después del otro. Por lo tanto, no puede haber ninguna relación concreta entre todos los mensajes, excepto la que el autor les otorga al seleccionarlos cuidadosamente. Así pues, cuando se ven todos a la vez dan una imagen de vida maravillosa, sorprendente e intensa. No hay principio, no hay mitad, no hay terminación, no hay «suspense», no hay moral, no hay causas, no hay efectos. Lo que a nosotros nos gusta de nuestros libros es la

profundidad de muchos momentos maravillosos vistos todos a la vez.

Momentos después el platillo penetró en la urdimbre del tiempo, y Billy retrocedió hasta su infancia. Tenía doce años y se encontraba entre su padre y su madre en Bright Angel Point, al borde del Gran Cañón. La pequeña familia humana estaba contemplando el fondo del cañón, mil quinientos metros bajo sus pies.

—Bien —dijo el padre de Billy, dando un puntapié a una piedrecita que cayó al vacío—, ahí *está*.

Habían viajado hasta aquel famoso lugar en automóvil. Y por el camino habían tenido siete pinchazos.

—Valía la pena el viaje —dijo la madre de Billy, llena de emoción—. ¡Oh, Dios, y valdría la *pena* repetirlo!

Billy odiaba el cañón. Estaba seguro de que iba a caerse al fondo. Su madre le tocó y se orinó en los calzoncillos.

Había otros turistas que también contemplaban el cañón. Y un guía respondía a las preguntas que se le hacían. Un francés que había venido desde Francia preguntó al guía, en un inglés torpe, si mucha gente se suicidaba saltando por allí.

—Sí, señor —contestó el guía—, unos tres individuos al año.

Así es.

Y Billy continuó su viaje por el tiempo, haciendo una parada diez días más tarde, de manera que seguía teniendo doce años y realizando aquel viaje turístico por el Oeste con su familia. Ahora se encontraba en las Cavernas Carlsbad, y Billy estaba rogando a Dios para que no les cayera el techo encima.

Un guía les explicaba que las cavernas habían sido descubiertas por un cowboy que vio salir una gran nube de murciélagos de un agujero del suelo. Y después dijo que iba a cerrar todas las luces para que, probablemente por primera vez en su vida, las personas que nos encontrábamos allí supiéramos lo que era la oscuridad total.

Cuando se apagaron las luces, Billy ya no sabía si estaba vivo o muerto. Y entonces, a su izquierda, vio flotar en el aire una especie de fantasma que tenía números. Su padre había sacado su reloj de bolsillo, cuyas cifras eran fosforescentes.

Billy pasó de la oscuridad total a la luz total y se encontró de nuevo en el control de depuración. La ducha había terminado. Una mano invisible había cerrado el grifo del agua.

Cuando a Billy le devolvieron sus ropas, no estaban más limpias que antes, pero todos los pequeños animalitos que habían vivido en ellas estaban muertos. Así era en efecto. En cuanto a su nueva cazadora, que se había deshelado y estaba ya blanda, era muy pequeña para él. Además, aunque tenía el cuello de piel y un forro de seda roja,

parecía un colador de tantos agujeros de bala como tenía.

Billy Pilgrim se vistió. Cuando se puso la cazadora la espalda se descosió y los hombros y las mangas quedaron completamente sueltos. Así pues, la cazadora quedó convertida en una camiseta con cuello de piel. Estaba hecha de manera que el faldón tuviera un poco de vuelo a partir de la cintura, pero a Billy el vuelo le empezaba en los sobacos. Los alemanes lo consideraron lo más ridículo y divertido que habían visto en la Segunda Guerra Mundial. Y se desternillaron de risa.

Los alemanes hicieron alinear a todos los americanos, con Billy a la cabeza, para emprender el mismo recorrido que antes, una puerta tras otra, pero al revés. Los americanos se sentían mejor que antes. La ducha caliente les había animado. Llegaron hasta un cobertizo, donde un cabo con un solo brazo y un solo ojo escribía el nombre y número de cada prisionero en un gran libro rojo. Ahora todos estaban legalmente vivos. Antes, cuando sus nombres y números aún no estaban registrados en ese libro, se les consideraba desaparecidos en acción y probablemente muertos.

Así era.

Mientras los americanos esperaban su turno, se produjo un altercado casi al final de la fila. Un americano había murmurado algo que no le había sentado bien al guarda. Este, que sabía inglés, le había empujado fuera de la fila y derribado de un puñetazo.

El americano estaba atónito. Se levantó tembloroso y echando sangre por la boca, pues le habían saltado los dientes. Evidentemente no quería ofender a nadie con lo que había dicho, y no tenía ni idea de que el guarda le hubiera oído y comprendido.

—¿Por qué yo? —preguntó al guarda.

El guarda lo empujó de nuevo a la fila y replicó:

—¿Por qué tú? ¿Por qué cualquiera?

Cuando a Billy Pilgrim le anotaron el nombre en el libro del campo de prisioneros recibió también su número, grabado en una placa metálica. Lo había impreso un obrero polaco, que ahora estaba muerto. Así era.

Le dijeron a Billy que se colocara la placa colgada del cuello y él obedeció. Aquello parecía una galleta, pero con una ranura en medio. Así, un hombre fuerte podría partir la placa con las manos, en el caso de que Billy muriera, cosa que no hizo; una mitad quedaría colgando en su cuerpo, y la otra identificaría su tumba.

Cuando el pobre Edgar Derby, profesor de una escuela superior, fue fusilado en Dresde, un médico certificó su defunción y rompió la placa en dos. Así fue.

Debidamente registrados y clasificados, los americanos siguieron atravesando puerta tras puerta. Al cabo de dos días sus familias sabrían, por medio de la Cruz Roja

Internacional, que estaban vivos.

Al lado de Billy estaba Paul Lazzaro, quien había prometido vengar a Roland Weary. Ahora Lazzaro no pensaba en venganzas sino en su terrible dolor de estómago, que se le había encogido hasta adquirir el tamaño de una nuez. Aquella bolsa seca y encogida era tan dolorosa como un tumorcillo.

Detrás de Lazzaro venía el pobre Edgar Derby con sus identificaciones alemana y americana colgando como medallas, por fuera de sus ropas. Había confiado en llegar a ser capitán, o quizá comandante de una compañía, a causa de su edad y de su cultura. Ahora se encontraba, a medianoche, en la frontera checoslovaca.

—Alto —ordenó un guarda.

Los americanos se detuvieron, quedándose allí, de pie, silenciosos y rodeados por el frío. Los cobertizos ante los que estaban ahora eran exteriormente iguales a cuantos habían pasado hasta entonces. Pero se apreciaba una diferencia: éstos tenían diminutas chimeneas, por las que salían constelaciones de chispas.

Un guarda llamó a la puerta.

La abrieron desde el interior y la luz se escapó a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Dentro del cobertizo cincuenta ingleses de mediana edad cantaban solemnemente «Ah, ah, los muchachos han llegado», de la obra *Piratas de Penzance*.

Aquellos rudos y fervientes vocalistas eran quizá los primeros prisioneros de habla inglesa que se habían hecho en la Segunda Guerra Mundial. Ahora, cerca ya del final, cantaban. No habían visto una mujer o un niño durante cuatro años. Tampoco habían visto pájaros. Ni siquiera los gorriones entraban en el campo.

Los ingleses eran oficiales. Todos habían intentado escapar de otra prisión por lo menos una vez. Por eso los tenían allí, en aquella isla yerma rodeada de un mar de rusos moribundos.

Podían abrir tantos túneles como quisieran. Inevitablemente volverían a la superficie comprendida dentro del rectángulo rodeado de alambre de púas, y se encontrarían circundados de rusos cadavéricos que no les comprenderían ni tendrían alimentos, información útil o planes de fuga propios. Podían decidir escapar a bordo de algún vehículo o robar uno. Fracasaría por la simple razón de que ningún vehículo llegaba hasta el campo o sus alrededores. Si querían incluso podían fingir una enfermedad. Eso tampoco les iba a servir de nada, porque nadie les sacaría de allí: el único hospital del campo era un cobertizo con seis camas, situado en el mismo bloque de los prisioneros británicos.

Los ingleses iban limpios, estaban de buen humor y se veían decentes y fuertes.

Cantaban rugiendo a pleno pulmón. Y eso que llevaban cantando juntos, cada noche, desde hacía años.

También habían levantado pesos y hecho gimnasia durante aquel tiempo. Por eso tenían la barriga fuerte y los músculos de las pantorrillas y de los brazos como balas de cañón. Además todos eran maestros del ajedrez, del juego de damas, del bridge, del dominó, de los crucigramas, del ping-pong, del billar e incluso del morse.

Se les podía contar entre la gente más sana de Europa, en términos de alimentación. Pues un error burocrático cometido a principios de la guerra, cuando todavía llegaban alimentos a los prisioneros, había sido causa de que la Cruz Roja les enviara cada mes quinientas raciones de comida en lugar de las cincuenta que les correspondían. Los ingleses las habían distribuido y ahorrado tan bien que ahora, al final de la guerra, tenían tres toneladas de azúcar, una de café, dos de harina, una de carne de buey en conserva y dos de mermelada de naranja, setecientos kilos de té, cuatrocientos de chocolate, quinientos de mantequilla en conserva, seiscientos de queso y trescientos de leche en polvo.

Guardaban todo eso en una habitación oscura que habían acondicionado a prueba de ratas. Estaba revestida interiormente con el cinc de las latas vacías.

Los alemanes les adoraban, pues creían que eran exactamente lo que los ingleses tienen que ser. Sabían transformar la guerra en una cosa elegante, razonable y divertida. Por eso les dejaban ocupar cuatro cobertizos, aun cuando todos juntos cabían perfectamente en uno solo. Además, a cambio de café, chocolate o tabaco, les daban pintura, lumbre, clavos y materiales para que pudieran instalarse cómodamente.

Doce horas antes se les había comunicado que estaban en camino unos huéspedes americanos. Y como hasta entonces jamás habían tenido huéspedes, en seguida se pusieron a trabajar como perfectas amas de casa, barriendo, lavando, cocinando, horneando, haciendo colchones de paja y sacos, y colocando mesas y distribuyendo y colocando regalos festivos para sus próximos compañeros.

Ahora, en el frío de aquella noche invernal, les cantaban la bienvenida. Sus ropas olían al festín que habían preparado. Iban vestidos mitad de soldados y mitad de jugadores de tenis o béisbol. Se sentían tan orgullosos de su propia hospitalidad y de todos los requisitos dispuestos en las mesas, que ni siquiera miraron a sus huéspedes recién llegados. Y se imaginaban que estaban recibiendo, con sus cantos, a compañeros oficiales venidos del mismo frente.

Condujeron a los americanos hacia el cobertizo afectuosamente, llenando la noche de gritos de alegría y gestos de fraternidad. Les llamaban «Yank», les hablaban de una «Buena fiesta», les prometían que «Jerry no molestaba nunca», etc.

Billy Pilgrim se preguntó quién sería Jerry.

Billy se encontraba ahora en el interior del cobertizo junto a una enorme estufa de hierro cuyo crepitante fuego hacía humear docenas de teteras. Algunas de éstas estaban provistas de silbatos que anunciaban el momento de la ebullición del agua. Y había calderos llenos de un dorado y espeso caldo. En la superficie de la sopa algunas burbujas permanecían en majestuoso letargo, mientras Billy Pilgrim las contemplaba.

También había unas mesas alargadas preparadas para un banquete. Encima de las mesas, latas de leche en polvo hacían de cuencos, otras latas más pequeñas servían de tazas y otras, en fin, más altas y delgadas, de vasos (cada vaso estaba lleno de leche caliente). Además, lotes de regalos compuestos por una máquina de afeitar con sus correspondientes paquetes de hojas y brocha, dos cigarros puros, una pastilla de jabón, una barra de chocolate, diez cigarrillos, una caja de cerillas, un lápiz y una vela.

Solamente las velas y el jabón eran de origen alemán. Tenían un aspecto opaco y fantasmagórico. Los ingleses no lo sabían, pero ambas cosas estaban hechas con grasa extraída de judíos, gitanos, comunistas y otros enemigos del Estado.

Así era.

La sala del banquete estaba iluminada con candelabros. Y dispuestas para ser servidas, se veían rebanadas de pan blanco recién hecho, pastillas de mantequilla, tarros de mermelada, fuentes llenas de carne de buey cortada en finos filetes, sopa, huevos revueltos y un pastel caliente relleno de mermelada.

En un extremo del cobertizo Billy vio unos arcos de color de rosa de los que colgaban unas cortinas azules, bajo las que se habían colocado un enorme reloj y dos tronos dorados, aparte de un cubo y un estropajo de fregar. Era el escenario donde tendría lugar el espectáculo, una versión musical de *La Cenicienta*, el cuento más popular de todos los tiempos.

Billy Pilgrim se estaba quemando sin darse cuenta. Se había acercado demasiado a la estufa y el borde de su cazadora se estaba consumiendo. Era un quemarse lento y tranquilo, que recordaba el consumirse de un brasero.

Se hizo un silencio. Los ingleses contemplaban paternalmente a las deseadas criaturas, con tanta ilusión esperadas y recibidas. Uno de los ingleses vio que Billy se estaba quemando.

—¡Eh muchacho! ¡Que te estás quemando! —exclamó apartando a Billy de la estufa y apagando el fuego a manotazos.

Como Billy no hizo ningún comentario, el inglés le preguntó:

—¿Puedes hablar? ¿Puedes oírme?

Billy asintió.

Entonces el inglés le tocó, palpándolo aquí y allá, lleno de compasión. Y dijo:

—Dios mío, ¿qué te han hecho, muchacho? Esto no es un hombre, es un espantapájaros. ¿Eres realmente americano?

—Sí —repuso Billy.

—¿Y tu graduación?

—Soldado.

—¿Qué se hizo de tus botas, muchacho?

—No recuerdo.

—Esa cazadora será una broma, ¿no?

—¿Cómo, señor?

—¿De dónde sacaste eso?

Billy tuvo que pensar un buen rato. Al fin dijo:

—Me la dieron.

—¿Te la dio Jerry?

—¿Quién?

—¿Te la dieron los alemanes?

—Sí.

A Billy comenzaba a disgustarle aquel interrogatorio. Era agotador.

—Ohhhh... Yank, Yank, Yank... —dijo el inglés—. Esa cazadora es un *insulto*.

—¿Cómo, señor?

—Ha sido una acción deliberada para humillarte. No debes dejar que Jerry te haga esas cosas.

Billy Pilgrim se desvaneció.

Volvió en sí en una silla frente al escenario. De una forma u otra había comido, y ahora estaba viendo *La Cenicienta*. Y por cierto que parte de su personalidad había estado disfrutando con el espectáculo, pues Billy se estaba riendo mucho.

Los personajes femeninos de la obra eran representados por hombres, claro. El reloj acababa de dar la medianoche, y Cenicienta se lamentaba:

«¡Cielos! El reloj ha sonado...

Maldición, y mi suerte se ha truncado.»

Billy encontró el verso tan cómico que no sólo se reía sino que chillaba. Continuó chillando hasta que lo sacaron del cobertizo y lo trasladaron a otro, el hospital. Era un hospital de seis camas. No había ningún otro paciente.

Metieron a Billy en la cama, lo ataron y le pusieron una inyección de morfina. Otro americano se presentó voluntario para vigilarle. Este voluntario era Edgar Derby, el maestro de la escuela superior que sería fusilado en Dresde. Así fue.

Derby se sentó en un taburete de tres patas. Le dieron un libro para leer: *La roja*

insignia del valor, de Stephen Crane. Y aunque ya lo había leído antes, se puso a releerlo mientras Billy Pilgrim cruzaba la puerta del paraíso morfinal.

Bajo los efectos de la morfina, Billy había estado soñando con jirafas en un jardín. Las jirafas correteaban por un sendero abierto entre árboles, la mayoría de los cuales eran perales de los que colgaban apetitosos frutos. Billy era también una jirafa. Comió una pera. Estaba dura. La trituró entre los dientes y la pera crujió protestando.

Las jirafas aceptaban a Billy como a uno de los suyos, una inofensiva criatura tan absurdamente dibujada como ellas mismas. Se le acercaron dos que venían de direcciones opuestas, y le acariciaron el lomo. Tenían los labios superiores grandes y musculosos, y los ponían como el pabellón de una trompeta. Le besaron con esos labios. Eran jirafas hembras, de piel color crema y amarillo limón, que tenían unos cuernos como picaportes. Los cuernos estaban cubiertos de una piel aterciopelada.

¿Por qué?

La noche cayó sobre el jardín de las jirafas y Billy Pilgrim durmió durante un rato. No soñó más. Luego viajó por el tiempo. Y se despertó con la cabeza escondida bajo una manta, en una sala de pacientes mentales no-violentos de un hospital de veteranos sito en Lake Placid, Nueva York. Era la primavera de 1948, tres años después del fin de la guerra.

Billy sacó la cabeza de debajo de la manta. Las ventanas de la sala estaban abiertas. Afuera los pájaros lanzaban sus trinos. «Pío-pío-pi», dijo uno. El sol estaba alto. En la sala había otros veintinueve pacientes pero en aquel momento estaban todos fuera, disfrutando del día. Tenían libertad para ir y venir a su antojo, e incluso para marcharse a su casa si querían. También Billy Pilgrim. Todos ellos habían ido allí voluntariamente, alarmados por el mundo exterior.

Billy se había presentado en el hospital a mediados del último curso de la Escuela de Óptica de Ilium. Nadie sospechaba que estuviera volviéndose loco, todo el mundo le decía que tenía buen aspecto. Pero, ahora que se encontraba en el hospital, los médicos le habían dado la razón: se estaba volviendo loco.

No creyeron que tuviera nada que ver con la guerra. Todos los doctores coincidían en que Billy se estaba desmoronando por causa de su padre, que le había lanzado a las profundidades de la piscina de la YMCA cuando era pequeño y que le había llevado al borde del Gran Cañón.

El hombre que ocupaba la cama contigua a la de Billy era un antiguo capitán de infantería llamado Eliot Rosewater. Estaba agotado y enfermo por su continuo andar borracho por ahí.

Fue Rosewater quien inició a Billy en la ciencia ficción, en particular en los escritos de Kilgore Trout. El excapitán tenía una extraordinaria colección de libros baratos de ciencia ficción debajo de la cama. Se los había traído al hospital metidos

en un baúl. Y cada uno de aquellos queridos y manoseados libros despedía un olor como de pijamas de franela que se han llevado un mes seguido, o de cocido irlandés, que impregnaba toda la sala.

Kilgore Trout se convirtió en el autor vivo favorito de Billy, y la ciencia ficción en la única clase de historia que podía leer. Rosewater era mucho más listo que Billy. Pero ambos pasaban por crisis similares y de forma semejante. Para ambos, la vida había llegado a carecer de sentido, en parte por culpa de lo que habían visto en la guerra. Rosewater, por ejemplo, había disparado sobre un muchacho de catorce años que hacía de bombero, confundiéndolo con un soldado alemán. Así fue. Y Billy había sido testigo de la mayor carnicería de la historia de Europa, el bombardeo de Dresde. Eso es.

Los dos intentaban rehacerse a sí mismos y rehacer el universo entero. Y por eso la ciencia ficción constituía una tan gran ayuda para ellos.

En cierta ocasión Rosewater dijo a Billy una cosa muy interesante sobre un libro que no era de ciencia ficción. Dijo que todo lo que podía saberse de la vida estaba en *Los hermanos Karamazov*, de Fedor Dostoievski. Y luego añadió:

—Pero eso ya no es suficiente.

Otra vez, Billy oyó que Rosewater le decía a un psiquiatra:

—Creo que ustedes, muchachos, van a tener que inventarse un buen montón de mentiras bien dichas, o la gente no querrá seguir viviendo.

Sobre la mesilla de noche de Billy había un bodegón: dos píldoras, un cenicero con tres colillas manchadas de lápiz de labios, un cigarrillo todavía encendido y un vaso de agua. El agua del vaso estaba muerta. Eso es. Y el aire intentaba salir de esa agua muerta. Las burbujas se pegaban a las paredes del vaso intentando subir para huir.

Los cigarrillos pertenecían a la madre de Billy, que fumaba uno tras otro. En aquel momento había ido al lavabo de señoras situado fuera de la sala. Estaría de vuelta en seguida.

Billy volvió a cubrirse la cabeza con la manta. Siempre se cubría la cabeza cuando su madre iba a verle a la sala general. Se ponía mucho más enfermo, y no se le pasaba hasta que se marchaba. No es que fuera fea o que tuviera mal aliento ni tampoco una personalidad desagradable. Al contrario, era muy simpática, de apariencia corriente, de pelo castaño... Una mujer blanca, en suma, con educación de escuela superior.

Lo que a Billy le disgustaba era el simple hecho de que fuera su madre. Le hacía

sentirse avergonzado, desagradecido y débil por la sola razón de haber luchado tanto y haber tenido tantos problemas para darle la vida y mantenerlo vivo, cuando a él ya no le gustaba vivir.

Billy oyó que Eliot Rosewater entraba en la sala y se tumbaba. Lo supo por el rechinar de los muelles de su cama. Rosewater era un hombre sin fuerza pero de aspecto corpulento. Parecía capaz de cargar con el mundo entero.

Después, la madre de Billy regresó del tocador de señoras y se sentó en una silla entre Billy y Rosewater. Este la saludó con su cálida y melodiosa voz y le preguntó qué tal se encontraba. Pareció alegrarse muchísimo al saber que se sentía bien. Lo cierto es que desarrollaba una ardiente simpatía para con todas las personas que conocía. Pensaba que tal vez esto haría del mundo un lugar algo más agradable en el que vivir. A la madre de Billy la llamaba «querida». De un tiempo a esta parte, a todos les llamaba «queridos».

—Llegará el día —prometió ella a Rosewater— en que, cuando yo venga, Billy descubrirá su cabeza y... ¿sabe usted lo que va a decir ese día?

—¿Qué es lo que va a decir, querida?

—Dirá: «Hola, mami», y me sonreirá. Y añadirá: «¡Je, je! Me alegro de verte, mami. ¿Qué tal te ha ido?»

—Hoy podría ser ese día.

—Cada noche rezo para que así sea.

—Es una buena costumbre.

—La gente se sorprendería si supiera la gran cantidad de cosas que en este mundo han cambiado gracias a las oraciones.

—Nunca dijo usted nada tan acertado, querida.

—¿Viene su madre a verle a menudo?

—Mi madre murió —dijo Rosewater. Así era, en efecto.

—Lo siento.

—Al menos ella fue feliz mientras vivió.

—Esto sí que es un consuelo.

—Sí.

—El padre de Billy también murió —dijo la madre de Billy. Así había sido.

—Un muchacho necesita de un padre.

Y así continuó interminablemente el dúo entre la dama piadosa y necia y el deprimido hombrón capaz de comprender cualquier sentimiento de amor.

—Era el primero de la clase cuando eso sucedió —dijo la madre de Billy.

—Quizá trabajaba demasiado —dijo Rosewater.

Tenía un libro en la mano que deseaba leer, pero él era demasiado cortés para hacerlo y conversar al mismo tiempo, a pesar de lo fácil que le hubiera resultado

responder satisfactoriamente a la madre de Billy. El libro era *Maníacos en la cuarta dimensión*, de Kilgore Trout. Hablaba de las personas cuyas enfermedades mentales no podían ser tratadas porque sus causas estaban todas en cuatro dimensiones, y los tridimensionales médicos terrícolas no podían ver esas causas, ni tan siquiera imaginarlas.

Trout defendía una teoría que encantaba a Rosewater. Decía así: tanto los vampiros como los brujos, los duendes, los ángeles, etcétera existían, pero en la cuarta dimensión. William Blake, el poeta de Rosewater, también estaba de acuerdo con Trout. ¿Y acaso no existían el cielo y el infierno?

—Está prometido a una muchacha muy rica —comentó la madre de Billy.

—Esto sí que es una suerte —dijo Rosewater—. El dinero es a veces un gran consuelo.

—Realmente lo es.

—Claro que lo es.

—No es nada divertido tener que ganarse el sustento céntimo a céntimo, hasta reventar.

—No. Vivir desahogado sí que es agradable.

—El padre de ella es el propietario de la Escuela de Óptica a la que asistía Billy. También tiene seis tiendas. Pilota su propio avión y tiene una finca de veraneo en el Lago Georges.

—Es un lago maravilloso.

Billy se quedó dormido bajo la manta. Cuando de nuevo despertó estaba atado en una cama del hospital de la prisión. Abrió un ojo y vio al pobre viejo Edgar Derby leyendo *La roja insignia del valor* a la luz de una vela.

Billy volvió a cerrar el ojo y vio en el futuro al pobre viejo Edgar Derby, de pie ante un pelotón de ejecución sobre las ruinas de Dresde. El pelotón de ejecución lo componían cuatro hombres. Billy había oído decir que uno de ellos llevaba el rifle cargado con balas de fogueo. Pero Billy no creía que en un pelotón tan pequeño, y en una guerra tan vieja, hubiera ningún cartucho vacío.

El jefe de los ingleses entró en el hospital para examinar a Billy. Era un coronel de infantería capturado en Dunkerke. El mismo había inyectado la morfina a Billy. En la prisión no había ningún médico, de manera que él hacía de médico siempre que era necesario.

—¿Qué tal va el paciente? —le preguntó a Derby.

—Muerto para el mundo.

—Pero no es una muerte real.

—No.

—Qué hermoso... no sentir nada y poder acreditar que aún se está vivo.

De pronto, Derby se levantó y se cuadró.

—No, no, por favor, continúe como estaba. Con sólo dos hombres para cada oficial, y todos enfermos, creo que podemos suprimir esas manifestaciones obligadas entre soldados y oficiales.

Derby continuó en pie.

—Usted parece mayor que el resto —observó el coronel.

Derby le dijo que tenía cuarenta y cinco años, dos más que él. Luego el coronel dijo que los otros americanos se habían afeitado, y que él y Billy eran los únicos barbudos. Y añadió:

—¿Sabe usted? Nos hemos tenido que imaginar la guerra desde aquí, y nos la hemos imaginado librada por hombres como nosotros. Habíamos olvidado que la guerra la hacen los niños. Cuando vi esos rostros recién lavados y afeitados quedé sorprendido. «Dios mío, Dios mío —me dije a mí mismo—, ésta es la Cruzada de los Niños».

El coronel le preguntó al viejo Derby cómo había sido capturado, y éste le contó que había quedado atrapado en un bosquecillo junto con un centenar de soldados tan asustados como él. La lucha había durado cinco días. Cayeron en una emboscada y les rodearon los tanques.

Derby describió la increíble tormenta artificial que los terráqueos son capaces de crear, a veces, para que otros terráqueos vivan mejor cuando en realidad no quieren que esos otros continúen viviendo sobre la Tierra. Las bombas explotaban entre los árboles con un ruido terrible, lanzando una lluvia de cuchillos, agujas y hojas de afeitar. Pequeños bultos de plomo metidos en fundas de cobre se cruzaban continuamente en el espacio, bajo las explosiones, a una velocidad mucho mayor que el ruido que hacían.

Muchos murieron y otros fueron heridos. Así fue.

Finalmente cesaron las bombas y un alemán escondido tras un altavoz dijo a los americanos que soltaran sus armas y que salieran del bosquecillo con las manos sobre la cabeza, o de lo contrario continuaría el tiroteo... Hasta que todos hubieran muerto, aseguró.

Ante tal panorama los americanos depusieron las armas y salieron del bosque con las manos sobre la cabeza. Porque, a ser posible, querían continuar viviendo.

De nuevo Billy viajó por el tiempo hasta el hospital de veteranos. La manta aún le cubría la cabeza. Fuera de la manta todo era silencio.

—¿Se ha ido mi madre? —preguntó.

—Sí.

Billy asomó cuidadosamente los ojos por encima de la manta. Ahora era su

prometida la que estaba allí sentada en la silla para los visitantes. Se llamaba Valencia Merble y era hija del propietario de la Escuela de Óptica de Ilium. Era rica. Era tan grande como una casa, pues nunca podía parar de comer. Se estaba comiendo una barra de caramelo «Los Tres Mosqueteros». Llevaba lentes trifocales con una montura de arlequín ribeteada con lentejuelas que hacían juego, por lo menos en el brillo, con el diamante de su anillo de prometida. El diamante estaba asegurado en mil ochocientos dólares. Billy lo había encontrado en Alemania: era su botín de guerra.

Billy no quería casarse con la fea Valencia. Ella era uno de los síntomas de su enfermedad. Supo que se estaba volviendo loco cuando se oyó a sí mismo pedir su mano, rogándole que tomara el anillo con el diamante y que fuera su compañera para toda la vida.

Billy le dijo:

—Hola.

Ella le preguntó si quería algún dulce.

—No, gracias.

Le preguntó qué tal se encontraba.

—Mucho mejor, gracias.

Luego le contó que en la Escuela de Óptica todo el mundo sentía que estuviera enfermo y esperaban que pronto se restableciera.

—Cuando les veas, diles «Hola» —dijo él.

Y ella prometió hacerlo.

Ella le preguntó si había algo que pudiera traerle del exterior.

—No, tengo todo lo que quiero.

—¿Y libros?

—Estoy junto a una de las mayores bibliotecas particulares del mundo —dijo Billy, refiriéndose a la colección de novelas de ciencia ficción de Eliot Rosewater.

Rosewater estaba leyendo en la cama contigua, y Billy le introdujo en la conversación, preguntándole qué era lo que estaba leyendo.

La respuesta fue *El Evangelio del Espacio*, de Kilgore Trout, donde se narraba la historia de un visitante del espacio —por cierto muy parecido a los tralfamadorianos, según la descripción— que había hecho un profundo estudio del Cristianismo para comprender, en lo posible, por qué los cristianos encontraban tan fácil la crueldad. Llegó a la conclusión de que, por lo menos en parte, el problema era debido a un desliz existente en el Nuevo Testamento. El suponía que la intención del Evangelio era enseñar a la gente, entre otras cosas, a ser compasiva, incluso con las personas más bajas y ruines.

Pero lo que el Evangelio enseñaba en realidad era esto:

Antes de matar a alguien, asegúrate de que no está bien relacionado. Así es.

El defecto de las historias de Cristo, decía el visitante del espacio, estaba en que era en realidad el Hijo del Ser más Poderoso del Universo, aunque pareciera un don nadie. Y los lectores así lo veían, de manera que cuando llegaban al momento de la crucifixión pensaban (y Rosewater leyó en voz alta nuevamente) :

¡Esta vez han metido la pata al escoger a ese tío para lincharle!

Y ese pensamiento engendraba otro: Hay que saber escoger a las personas a las que se puede linchar. ¿Quiénes son? Las personas que no están bien relacionadas. Eso es.

El visitante del espacio regaló a los terrícolas un nuevo evangelio en el que Jesús era realmente un don nadie y un estorbo para muchas personas mejor relacionadas que él. No obstante, también decía todas las cosas encantadoras y confusas que dicen los demás evangelios.

Y, al igual qué en esos otros evangelios, un buen día la gente se divertía clavándole en una cruz que plantaban en la cima de un monte. No existían probabilidades de represalia, creían los linchadores. Y el lector pensaba lo mismo, ya que el nuevo evangelio insistía una y otra vez en lo poquita cosa que era Jesús.

Pero de pronto, poco antes de que el don nadie muriera, los cielos se abrían y caían rayos y truenos. La aplastante voz de Dios se dejaba oír. Decía a la gente que iba a adoptar al chico como hijo, dándole por toda la eternidad los poderes y privilegios del Hijo del Creador del Universo.

—¡Y desde este momento —añadía— El castigará horriblemente a todo aquel que torture a cualquier golfo que no esté bien relacionado!

La prometida de Billy había terminado la barra de «Los Tres Mosqueteros», y ahora se enfrentaba con un pastel de nata.

—Olvida los libros —dijo Rosewater, echando el que tenía en la mano debajo de la cama—. Al infierno con ellos.

—Ese precisamente parece interesante —dijo Valencia.

—¡Jesús, si Kilgore Trout supiera tan sólo escribir! —exclamó Rosewater.

Creía que la falta de popularidad de Kilgore Trout era merecida. Porque su prosa era horrible, aunque sus ideas fueran buenas.

—No creo que Trout haya salido nunca del país —explicó Rosewater—. Dios mío, continuamente escribe sobre los terrícolas como si todos fueran americanos cuando prácticamente nadie en la Tierra es americano.

—¿Dónde vive? —preguntó Valencia.

—Nadie lo sabe —repuso Rosewater—. Creo que soy la única persona que ha oído hablar de él. No tiene ni dos libros publicados por un mismo editor y cada vez que le escribo a alguna editorial me devuelven las cartas porque el editor ha quebrado.

Cambió de tema y felicitó a Valencia por su anillo de prometida.

—Gracias —dijo ella, y extendió la mano para que Rosewater lo pudiera admirar más de cerca—. Billy consiguió ese diamante en la guerra.

—Eso es lo único que tiene de atractivo la guerra —afirmó Rosewater—. Todo el mundo consigue alguna cosilla.

Con respecto a Kilgore Trout, en realidad vivió en Ilium, la ciudad natal de Billy, sin amigos y despreciado. Billy llegaría a conocerle y le visitaría de vez en cuando.

—Billy... —dijo Valencia Merble.

—¿Eh?

—¿Te apetece hablar de nuestra cubertería de plata?

—Claro.

—De esas que he escogido, ¿cuál prefieres? ¿La Royal Danish o la Rambler Rose?

—La Rambler Rose —contestó Billy.

—Ten en cuenta que en esto no debemos precipitarnos —advirtió ella—. Quiero decir que, sea cual sea la que escojamos, tendremos que vivir con ella el resto de nuestras vidas.

Billy volvió a mirar las fotografías.

—La Royal Danish —dijo al fin.

—La colonial Moonlight también es bonita, ¿verdad?

—Sí, sí que lo es.

Y Billy viajó en el tiempo hasta el Zoo de Tralfamadore. Tenía cuarenta y cuatro años y le exhibían bajo una cúpula geodésica, echado en la misma silla que había utilizado durante el viaje a través del espacio. Iba desnudo. Los tralfamadorianos se interesaban por su cuerpo, por todo su cuerpo. Allí, frente a él, miles de ellos mantenían las manos en alto para que sus ojos pudieran verlo bien. Hacía seis meses terrestres que Billy estaba en Tralfamadore. Ya se había habituado a la muchedumbre.

La imposibilidad de fugarse estaba fuera de cuestión. La atmósfera en derredor de la cúpula era cianógena, y la Tierra estaba a 826.214.240.000.000 de kilómetros.

Billy estaba instalado en lo que quería ser una imitación de vivienda terrestre. La mayor parte del mobiliario había sido robado en los almacenes Sears & Roebuck de Iowa City, Iowa. Disponía de un aparato de televisión en color, un diván convertible en cama —a cada extremo del cual había una mesilla con lámpara y cenicero—, un pequeño bar con dos taburetes y una mesa de billar. El piso estaba alfombrado en color oro, a excepción de la cocina, el cuarto de baño y el centro de la estancia, donde había un agujero cubierto con una reja de hierro. Y encima de una mesa de café, ante el diván, distintas revistas estaban dispuestas en forma de abanico.

También había un tocadiscos estereofónico. El tocadiscos funcionaba, al contrario que el televisor, sobre cuya pantalla alguien había pintado la escena de un vaquero matando a otro. Así era.

En la estancia no existían paredes, como tampoco rincón alguno en el que Billy pudiera esconderse. Hasta los accesorios de color verde menta del cuarto de baño se encontraban a la vista del público. Billy se levantó de la silla, se dirigió al cuarto de baño y orinó. Entonces, la multitud no pudo contener su entusiasmo.

Ante la expectación general, Billy se cepilló los dientes, se colocó su media dentadura postiza y se dirigió a la cocina. La bombona del gas, la nevera y la vajilla eran también de color verde menta. Por cierto que, pintada sobre la puerta de la nevera, había otra escena que representaba a una alegre pareja de mil novecientos montados en un tándem. La nevera ya había llegado así.

Billy observó el cuadro, intentando pensar algo con respecto a la pareja. No se le ocurrió nada. Como si no hubiera nada que pensar sobre aquella pareja.

Billy se preparó un buen almuerzo a base de conservas. Tras haber comido, lavó el vaso, el plato, el cuchillo, el tenedor, la cuchara y el cazo, y los guardó en su sitio. Después hizo los ejercicios que había aprendido en el ejército: saltar a horcajadas, hacer flexiones sobre las rodillas y sentarse y levantarse rápida y alternativamente. La mayoría de tralfamadorianos no podían saber que el cuerpo y el rostro de Billy no eran hermosos. Creían que era un espléndido ejemplar humano, y esto influía de forma agradable en el estado de ánimo de Billy. Por primera vez en su vida disfrutaba de su cuerpo.

Después de los ejercicios se duchó, se cortó las uñas de los pies, se afeitó y se frotó las axilas con desodorante. Mientras tanto, fuera, un guía del zoológico instalado en una plataforma elevada explicaba lo que Billy hacía y el motivo de sus actos. El guía hablaba por telepatía, transmitiendo con su simple presencia las ondas

de su pensamiento a la multitud. Sobre la plataforma en la que se encontraba el guía un pequeño instrumento le hacía posible transmitir a Billy las preguntas de la multitud.

Llegó la primera pregunta, de labios de un locutor de televisión:

—¿Es usted feliz aquí?

—Casi tanto como lo era en la Tierra —contestó Billy Pilgrim. Y era cierto.

En Tralfamadore existían cinco sexos, todos necesarios para la creación de un nuevo individuo. A Billy todos le parecían idénticos, dado que sus diferencias sexuales radicaban en la cuarta dimensión.

Una de las mayores sorpresas que Billy recibió de los tralfamadorianos estaba relacionada con el sexo terrestre. Decían ellos que las tripulaciones de sus platillos volantes habían identificado sobre la Tierra nada menos que siete sexos, todos esenciales para la reproducción. Pero Billy tampoco podía imaginar cuáles eran aquellos cinco sexos desconocidos relacionados todos con la creación de un niño, ya que su actividad se desarrollaba en la cuarta dimensión.

Los tralfamadorianos intentaron dar a Billy una clave para que pudiera imaginar el sexo en la dimensión invisible. Le dijeron que no sería posible la existencia de bebés terrícolas si no hubiera homosexuales varones, pero que sí lo sería sin la existencia de homosexuales hembras; que no existirían los bebés sin mujeres de más de sesenta y cinco años, pero sí aunque no hubiera hombres de más de esa edad; que no podría haber bebés si otros no hubieran sobrevivido a su nacimiento más de una hora. Etcétera.

Nada de todo esto tenía sentido para Billy.

Muchas de las cosas que Billy decía tampoco tenían sentido para los tralfamadorianos. Por ejemplo, les era imposible imaginar lo que el tiempo representaba para él. Billy había renunciado a explicárselo y el guía se las arreglaba lo mejor que podía. Este pidió a la multitud que se imaginaran una cadena montañosa vista desde un desierto en un día despejado. Podrían ver un pico, una nube, un pájaro, una piedra e incluso un precipicio que estuviera tras las rocas. Pero con los pobres terrícolas no sucedía así. Ellos tenían la cabeza metida dentro de una dura coraza y no podían moverla. Sólo contaban con un pobre orificio por el que mirar, y aun de ese orificio partía un tubo de casi dos metros de longitud.

En tan triste comparación, todo lo narrado no era más que el principio de las desdichas de Billy. Así pues, vivía encerrado en una celosía de acero situada sobre un vagón y de la que sólo salía, bien encajado, aquel largo tubo. Todo lo que Billy podía ver eran las pequeñas porciones de espacio que recortaba el orificio exterior del tubo. Pero lo peor del caso era que él ignoraba dónde y cómo se encontraba, y ni siquiera se daba cuenta de que su situación era anormal.

El vagón corría, unas veces muy aprisa y otras más despacio, y a menudo se paraba, daba vueltas, subía, bajaba, volaba y seguía por los más extraños vericuetos. La única conclusión que Billy sacaba de sus experiencias tras el tubo era: «Así es la vida.»

Billy esperaba que los tralfamadorianos se sintieran desconcertados y alarmados ante las guerras y demás reacciones criminales de los terrícolas. Suponía que la ferocidad y el excesivo uso que se hacía en la Tierra de las armas les haría temer por la destrucción parcial o total del Universo. La ciencia ficción alentaba este pensamiento.

Pero el tema de la guerra nunca salió a la luz hasta que el mismo Billy habló de él. Alguien entre la multitud del zoo le preguntó, a través del guía, qué era lo más valioso que hasta entonces había aprendido en Tralfamadore, y Billy respondió:

—La manera en que todos los habitantes de un planeta han aprendido a vivir en paz. Ya saben ustedes que vengo de un planeta que se ha visto envuelto en insensatas carnicerías desde el principio de los tiempos. Yo mismo he presenciado cómo los cuerpos de jóvenes muchachitas eran abrasados por mis propios compatriotas, quienes por aquel entonces se sentían orgullosos de luchar contra el mal.

Y era cierto, Billy lo había visto en Dresde.

—Y estando prisionero —prosiguió— me he iluminado utilizando velas fabricadas con la grasa de los seres humanos que habían sido asesinados por los hermanos y los padres de esas muchachas abrasadas. ¡Los terrícolas deben de ser, sin duda alguna, el terror del Universo! Si los demás planetas aún no están en peligro por causa de la Tierra, pronto lo estarán. Así pues, les ruego me digan el secreto para llevarlo a la Tierra cuando regrese y conseguir nuestra salvación. ¿Cómo puede vivir en paz un planeta?

Billy se sentía como si hubiera hecho un gran discurso. Por lo tanto quedó desconcertado al ver que los tralfamadorianos cerraban sus manecitas visuales. Sabía ya, por experiencia, lo que ello significaba: que estaba diciendo estupideces.

—¿Le importaría... le importaría decirme —le preguntó al guía desanimado— qué es lo que hay de estúpido en esto?

—Conocemos el fin del Universo —contestó el guía—, y la Tierra no tiene nada que ver con él, a excepción de que también será su fin.

—¿Cómo... cómo será el fin del Universo? —preguntó Billy.

—Lo haremos estallar experimentando un nuevo combustible para nuestros platillos volantes. Un piloto de pruebas tralfamadoriano aprieta un botón de puesta en marcha, y todo el Universo desaparece.

Y así será.

—Si lo saben ustedes —insistió Billy—, ¿no pueden evitarlo de alguna forma? ¿No pueden evitar que el piloto apriete ese botón?

—*Siempre* lo ha presionado y *siempre* lo presionará. *Siempre* hemos dejado que lo hiciera y *siempre dejaremos* que lo haga. El momento ha sido *estructurado* así.

—Así pues... —dijo Billy despacio—, supongo que la idea de evitar una guerra sobre la Tierra es también estúpida.

—Claro.

—Pero ustedes viven en un planeta pacífico.

—Hoy sí. En otros tiempos hemos vivido guerras mucho más horribles de lo que pueda imaginarse. No hay forma de contarlas, de manera que nuestra reacción es no pensar en ellas. Las ignoramos. Nos pasamos la eternidad viviendo tan sólo los momentos agradables, como éste que disfrutamos hoy en el zoo. ¿No es en verdad un momento espléndido?

—Sí.

—Sólo existe una solución para los terrícolas, si se proponen de veras practicarla: ignorar los malos momentos y concentrarse en los buenos.

—Hum —dijo Billy Pilgrim.

Aquella noche, poco después de que se hubo acostado, Billy viajó por el tiempo hasta otro momento en el cual había sido bastante feliz. Su noche de bodas con Valencia Merble. Hacía seis meses que había salido del hospital para veteranos. Se encontraba bien. Y se había graduado en la Escuela de Óptica de Ilium, logrando el tercer lugar de su promoción, compuesta por cuarenta y siete alumnos.

Ahora se encontraba en la cama de un pequeño y delicioso apartamento situado en el extremo de un embarcadero de Cape Ann, Massachusetts, junto a Valencia. Sobre el agua se reflejaban las luces de Gloucester. Billy, montado encima de su esposa, le hacía el amor. Como consecuencia de aquel acto nacería Robert Pilgrim, que más tarde sería un problema para la escuela superior y, al fin, sentaría la cabeza alistándose en los famosos Boinas Verdes.

Valencia no viajaba en el tiempo, pero poseía una gran imaginación. Mientras Billy le hacía el amor ella soñaba que era un famoso personaje histórico. Se veía a sí misma como Isabel I de Inglaterra y a Billy le adjudicaba el papel de Cristóbal Colón.

Billy hizo un chasquido similar al que produce un gozne oxidado. Acababa de vaciar

su vesícula seminal en Valencia y había contribuido con su granito de arena a la formación de los Boinas Verdes. Al fin y al cabo, según los tralfamadorianos, cada uno de los Boinas Verdes tenía siete padres en total.

Se separó de su enorme esposa, que a pesar de ello aún mantenía su expresión extasiada. Permaneció echado con los nudos de su espina dorsal siguiendo el borde del colchón y se puso las manos tras la nuca. Ahora era rico. Había sido recompensado por casarse con una muchacha que nadie en sus cabales hubiera aceptado. Su suegro le había regalado un Buick Roadmaster nuevo, una casa completamente equipada de electrodomésticos y le había nombrado director de su mejor tienda, la de Ilium, de la que Billy esperaba sacar por lo menos treinta mil dólares anuales. Todo era perfecto. ¡Y pensar que su padre tan sólo fue un pobre barbero!

Tal como opinaba su madre: «Los Pilgrim se están situando en el lugar que les corresponde.»

La luna de miel tuvo lugar durante el encantador y misterioso Verano Indio de Nueva Inglaterra. Una pared del apartamento estaba totalmente compuesta de cristaleras que daban a una terraza elevada sobre el grasiento puerto.

Un remolcador verde y naranja, que de noche parecía negro, pasó murmurando bajo su terraza, a menos de diez metros de su cama nupcial. Navegaba con solo las luces de situación encendidas. Su abombado casco resonaba, haciendo eco al canto del motor. El embarcadero también simpatizó con la canción, y finalmente ésta penetró con mil resonancias en la cabeza de los amantes que disfrutaban de su luna de miel. La continuaron oyendo y oyendo, hasta bastante después de que la barca se hubiera ido.

—Gracias —dijo al fin Valencia. Ahora su oído captaba la canción de un mosquito.

—Me recibiste bien.

—Me gustó.

—Me alegro.

Entonces empezó a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Soy tan feliz...

—Dios mío.

—Nunca creí que nadie quisiera casarse conmigo.

—Hum —hizo Billy Pilgrim.

—Voy a adelgazar para gustarte —dijo ella.

—¿Qué?

—Haré régimen. Me volveré bella para ti.

—Me gustas tal como eres.

—¿Lo dices de veras?

—Claro que sí —sostuvo Billy Pilgrim.

Gracias a sus viajes por el tiempo había visto ya mucho de lo que sería su matrimonio, y sabía que a pesar de todo iba a soportarlo bien hasta el fin.

Luego pasó un yate a motor llamado *Scherezade*, deslizándose también bajo la cama nupcial. La canción que entonaba el motor era como una nota de órgano muy grave. Llevaba todas las luces encendidas.

Dos personas jóvenes y bellas, un hombre y una mujer en traje de noche, se balanceaban en popa, amándose entre sueños. También estaban en plena luna de miel. Eran Lance Rumfoord, de Newport, Rhode Island, y su esposa Cyntria Landry, que había sido un amor infantil de John F. Kennedy, en Hyannis Port, Massachusetts.

Existía una ligera coincidencia. Más tarde, Billy Pilgrim compartiría una habitación, en el hospital, con un tío de Rumfoord, el profesor Bertram Copelan Rumfoord, oficial de las fuerzas aéreas de Estados Unidos.

Cuando hubo pasado la feliz pareja, Valencia preguntó a su esposo, con viva curiosidad, algunas cosas sobre la guerra. Era natural, en una hembra terrícola, asociar el éxtasis sexual con la guerra.

—¿Piensas alguna vez en la guerra? —le preguntó, poniéndole una mano en el muslo.

—De vez en cuando —contestó Billy Pilgrim.

—A veces te observo —insistió Valencia—, y tengo la curiosa sensación de que estás lleno de secretos.

—No lo estoy —dijo Billy. Naturalmente mentía. Jamás había hablado con nadie de sus viajes en el tiempo, ni de Tralfamadore, ni de todo lo demás.

—Debes de tener algún secreto sobre la guerra. O quizá no sea un secreto, pero me parece adivinar que existen cosas de las que no quieres hablar.

—No.

—Sabes, estoy orgullosa de que fueras soldado.

—Bueno.

—¿Era terrible?

—A veces. —Un pensamiento loco cruzó en aquel momento por la mente de Billy: «La verdad me asombra». Habría sido un buen epitafio para Billy Pilgrim... y también para mí.

—¿Me hablarías ahora de la guerra si yo *quisiera*? —preguntó Valencia mientras, en una diminuta cavidad de su enorme cuerpo, comenzaba a mezclar los ingredientes necesarios para la creación de un Boina Verde.

—Te parecería un sueño —dijo Billy—. Y los sueños de los demás, por lo general, no son interesantes.

—En cierta ocasión te oí hablar con mi padre de un pelotón de ejecución alemán.
—Se refería a la ejecución del pobre Edgar Derby.
—Sí.
—¿Tuviste que enterrarlo?
—Sí.
—¿Os vio él con los picos y las palas antes de que le fusilaran?
—Sí.
—¿Dijo algo?
—No.
—¿Estaba asustado?
—Le habían drogado. Tenía los ojos vidriosos.
—¿Y le colgaron una tarjeta?
—Un pedazo de papel.

De pronto, Billy saltó de la cama, pidió perdón y se dirigió a oscuras hacia el cuarto de baño para orinar. Buscó a tientas el interruptor, por las ásperas paredes, y entonces vio que había viajado hasta 1944.

TODO ES HERMOSO. NADA DUELE.

Nuevamente se encontraba en la enfermería de la prisión.

En la enfermería ya se había apagado la vela. El pobre Edgar Derby se había quedado dormido en un camastro contiguo al de Billy. Este había saltado de la cama e iba a tientas, buscando una salida a lo largo de la pared, puesto que tenía una imperiosa necesidad de orinar.

De pronto encontró una puerta, la abrió y penetró en la noche de la prisión. Estaba aturdido a causa del viaje por el tiempo y de la morfina. Fue a dar con una alambrada de púas, que le hirió en una docena de sitios. Intentó apartarse, pero las púas le tenían preso. Así pues, empezó a danzar locamente, con la alambrada por pareja, dando un pasito hacia aquí, otro hacia allá, y vuelta al compás.

Un ruso que también había salido a orinar vio el baile de Billy desde el otro lado de la alambrada y se acercó curioso para presenciar el espectáculo. Le habló amablemente, preguntándole de qué país era, pero el danzarín no le prestó atención alguna y continuó bailando. Entonces el ruso le ayudó a desprenderse de las púas, una por una y él se alejó, bailando en la noche, sin una palabra de agradecimiento.

El ruso hizo un ademán con la mano y le dijo «adiós» en su idioma.

Billy extrajo su instrumento y, en la noche de la prisión, meó sobre el suelo. Después guardó más o menos sus intimidades y se enfrentó a un nuevo problema: ¿de dónde había salido, y por dónde debía entrar?

En algún lugar de la noche se oían gritos lastimeros. Como no tenía nada mejor que hacer, Billy se dirigió hacia allí. Se preguntaba qué tragedia ocurriría para provocar tales lamentaciones fuera de los barracones.

Billy ignoraba que se estaba acercando a la parte posterior de las letrinas. Estas consistían en un cercado alrededor de doce cubos. La cerca la formaban tres paredes hechas de desperdicios de madera y latas aplastadas. El lado abierto daba a la negra tapia del barracón en donde había tenido lugar la fiesta.

Billy dio la vuelta a la cerca y llegó hasta un letrero recién pintado sobre la pared. Las palabras estaban escritas con la misma pintura rosa que había sido utilizada para decorar el escenario de *La Cenicienta*. La percepción de Billy era tan confusa que vio las palabras colgadas en el aire, como pintadas sobre un velo transparente y rodeadas de unas encantadoras manchitas plateadas. Estas no eran más que las chinchetas que mantenían el cartel pegado a la pared. Billy no podía imaginar cómo se sostenía solo aquel velo pintado y supuso que tanto la cortina mágica como las lamentaciones formaban parte de alguna ceremonia religiosa que él desconocía.

He aquí lo que decía el cartel:

«POR FAVOR, DEJA ESTA LETRINA TAN LIMPIA COMO LA
ENCONTRASTE»

Billy miró dentro de las letrinas y comprobó que los lamentos procedían de allí. El lugar estaba abarrotado de americanos con los pantalones bajados. El festín de bienvenida les había transformado en volcanes. Los cubos estaban llenos e incluso rebosaban.

Un americano que estaba cerca de Billy se lamentaba de que lo había defecado todo menos el cerebro. Momentos después decía:

—¡Ahí va! ¡Ahí va! —refiriéndose al cerebro.

Este era yo. Este era yo en persona. El autor de este libro.

Billy huyó de aquella visión infernal. Pasó cerca de tres ingleses que contemplaban el festival de mierda, desde un lugar distante y enfermos de asco.

—¡Abrochate los pantalones! —le gritó uno de ellos cuando pasó.

Así pues, Billy se abrochó los pantalones. Accidentalmente llegó a la puerta de la

enfermería. Traspasó la puerta y se encontró de nuevo en Cape Ann, en plena luna de miel, regresando del cuarto de baño.

—Te he echado de menos —dijo Valencia.

—Te he echado de menos —repitió Billy Pilgrim.

Billy y Valencia se durmieron encogidos como un par de bebés y él viajó por el tiempo hasta llegar a un viaje en tren que hizo en 1944, cuando regresaba de las maniobras de Carolina del Sur e iba a los funerales de su padre, en Ilium. Aún no había visto ni la guerra ni Europa. En aquellos tiempos todavía se utilizaban máquinas de vapor.

Billy tuvo que hacer muchos transbordos. Todos los trenes iban despacio. Los vagones olían a carbón quemado, a tabaco de racionamiento y a pedos de personas alimentadas con la única comida existente en tiempos de guerra. La tapicería de los asientos metálicos era tan áspera que Billy apenas pudo dormir. Sólo cuando faltaban tres horas para llegar a Ilium se quedó profundamente dormido, con las piernas tendidas hacia la puerta del vagón restaurante.

El revisor le despertó al llegar el tren a Ilium. Billy asió la bolsa, bajó tambaleándose y permaneció de pie, en el andén de la estación, al lado del revisor, mientras intentaba despertar.

—Echaste una buena siesta, ¿eh? —dijo el revisor.

—Sí —admitió Billy.

—Muchacho —añadió el revisor—, esta vez la agarraste fuerte.

A las tres de la madrugada, dos ingleses ingresaron un nuevo paciente en la enfermería de la prisión. Era un hombre pequeñajo, Paul Lazzaro, el ladrón de coches de Cicero, Illinois. Lo habían atrapado robando cigarrillos de debajo de la almohada de un inglés. Este, medio dormido, le había roto el brazo derecho, dejándolo inconsciente.

El agresor era uno de los que traía a Lazzaro. Su pelo era rojísimo y no tenía cejas. Había representado el papel de Hada Madrina en *La Cenicienta*. Ahora mantenía el cuerpo de Lazzaro con una mano, mientras cerraba la puerta tras de sí con la otra.

—No pesa mucho más que un pollo —comentó.

El inglés que sostenía a Lazzaro por los pies era el coronel que había inyectado el tranquilizante a Billy.

El Hada Madrina estaba confuso y enojado.

—Si hubiera sabido que me la estaba viendo con una gallina —dijo—, no le hubiera dado tan fuerte.

El Hada Madrina hablaba con convicción de lo desagradables que eran los americanos.

—Débiles, malolientes, quejicas... Un puñado de ladrones desgraciados, sucios y comediantes —dijo—. Son peores que los moribundos rusos.

—Realmente, son folloneros —añadió el coronel.

En aquel momento entró un oficial alemán. Consideraba a los ingleses como buenos amigos. Les visitaba casi diariamente, jugaba con ellos, les instruía sobre la historia de Alemania, tocaba en su piano y les daba lecciones de conversación en alemán. A menudo les había dicho que, de no ser por su compañía de personas civilizadas, ya se habría vuelto loco. Hablaba un inglés perfecto.

Se excusó con los ingleses de que tuvieran que compartir su vivienda con los americanos. Y les prometió que el inconveniente no se alargaría más que un par de días, pues los americanos serían trasladados a Dresde para trabajar. Traía con él un librito publicado por la Asociación Alemana de Oficiales de Prisión. Era un reportaje sobre el comportamiento de los prisioneros de guerra americanos en Alemania. Estaba escrito por un americano que había conseguido una gran reputación en el Ministerio de Propaganda alemán. Su nombre era Howard W. Campbell, Jr., y más tarde se colgaría mientras esperaba juicio como criminal de guerra.

Así sucedió.

Al tiempo que el coronel británico reparaba el brazo roto de Lazzaro y preparaba el yeso para el escayolado, el oficial alemán tradujo en voz alta algunos párrafos del libro de Howard W. Campbell, Jr. Campbell había sido un escritor teatral bastante conocido en otro tiempo. Decía así:

«América es la nación más rica de la Tierra, pero sus habitantes son extremadamente pobres. Esta condición hace que los americanos estén destinados a odiarse a sí mismos. Según nos decía el humorista americano Kin Hubbatd: "Ser pobre no es ninguna desgracia, pero puede serlo." De hecho es un crimen que haya un solo americano pobre, a pesar de lo cual América es una nación de pobres. Cualquier nación tiene como tradición popular algunas historias de hombres pobres, pero extremadamente sabios y virtuosos, que por ello eran más apreciados que sus congéneres ricos y poderosos. Entre los americanos no sucede así. Se burlan de sí mismos y se envanecen de sus hazañas. Es normal que el más pobre propietario de cualquier bar o restaurante tenga en la pared de su establecimiento un cartel que interpele con crueldad: "Si eres tan listo, ¿por qué no eres rico?"; pero también lo es que a su vez tenga una bandera americana plantada sobre un pisapapeles junto a la caja registradora.»

El autor del libro había nacido en Schenectady, Nueva York, y se decía de él que tenía el coeficiente de inteligencia más alto de todos los criminales de guerra que se enfrentaron con la horca. Y así era.

«El americano, como todo ser humano, cree muchas cosas que obviamente son

falsas —continuaba el librito—. De ellas, la más destructiva es su convencimiento de que cualquier americano puede hacer dinero con facilidad. Ignoran lo difícil que es hacerse rico, y, por lo tanto, aquellos que no lo consiguen no cesan de culparse. Y este sentimiento de culpabilidad ha sido de gran utilidad para los ricos y poderosos, que lo han considerado como una excusa para no tener que ayudar en absoluto a los pobres, llegando su desinterés a extremos que quizá no habían sido superados desde los tiempos de Napoleón.

»América es una nación de novedades. La más sorprendente de todas, que además no tiene precedentes, es su gran masa de pobres indignos, que no se aman los unos a los otros porque tampoco se aman a sí mismos.

»Una vez comprendido todo lo anterior, el desagradable comportamiento de los americanos en las prisiones alemanas deja de ser un misterio.»

A continuación, Howard W. Campbell, Jr., se refería al informe de los americanos que tomaron parte en la Segunda Guerra Mundial:

«A lo largo de la historia, cualquier ejército, próspero o no, ha intentado vestir incluso a sus elementos más humildes de una forma impresionante, tanto para sí mismos como para los demás, presentándolos como hombres rudos, expertos en la bebida y el amor y siempre dispuestos a matar o a morir. Por el contrario, el ejército americano envía a sus hombres a luchar y a morir con un traje civil algo modificado, evidentemente hecho para otro hombre; un lote esterilizado y sin planchar, que muy bien podría ser el regalo de las ancianas damas caritativas a los borrachos y desgraciados.

»Cuando un oficial americano vestido sin esmero alguno se dirige a uno de sus chicos tan indignamente uniformado, también le grita, al igual que cualquier oficial de cualquier ejército. Ahora bien, su enojo no es, como sucede en otros ejércitos, puramente teatral. Es una reacción de odio hacia los pobres, que no pueden echar las culpas a nadie más que a sí mismos.

»Así pues, advierto a los administradores de las prisiones que tengan que tratar por primera vez con soldados americanos prisioneros de guerra que no esperen de ellos amor fraternal, ni siquiera entre hermanos. No existe cohesión alguna entre estos individuos. Se comportan como niños mimados, que a menudo desearían morir por despecho.»

Campbell hablaba de distintas experiencias alemanas con cautivos americanos. En todos los campos se les conocía como los prisioneros de guerra más quejicas, más sucios y menos fraternales. Eran incapaces de concertar una acción para su propio bienestar. Y despreciaban a sus propios superiores, negándose a obedecerles e incluso

a escucharles, bajo el pretexto de que se encontraban en su misma situación y por lo tanto no tenían por qué darse importancia. Y así todo.

Billy Pilgrim se durmió y despertó viudo en su casa de Ilium. Su hija Barbara le estaba reprochando el que escribiera cartas ridículas a los periódicos.

—¿Oíste lo que dije? —preguntó Barbara.

—Claro —repuso Billy, que había estado dormitando. Se encontraba nuevamente en 1968.

—Si vas a portarte como un niño, quizá tengamos que tratarte como a tal.

—Esto no es lo que toca suceder ahora —dijo Billy.

—Ya veremos qué es lo que toca suceder. —La corpulenta Barbara se cruzó de brazos—. Hace un frío terrible aquí. ¿Es que no hay calor?

—¿Calor?

—La caldera... la cosa esa que hay en el sótano, ese aparato que calienta agua y reparte el vapor por toda la casa. Me parece que no funciona.

—Quizá no.

—¿Y no tienes frío?

—No me había dado cuenta.

—¡Oh, Dios mío!, eres un niño. Si te dejáramos solo aquí te morirías de frío, y de hambre.

Y siguió la retahíla. A ella le resultaba muy excitante poderle destrozar la dignidad en nombre del amor.

Barbara llamó a un operario para que reparase la calefacción, metió a Billy en la cama y le hizo prometer que mantendría funcionando la manta eléctrica en tanto no estuviese arreglado lo del calor. Puso el control de la manta al máximo, con lo que la cama de Billy adquirió una temperatura ideal para cocer pan, y luego se marchó cerrando la puerta con un trompazo.

Entonces Billy viajó nuevamente por el tiempo, hasta el zoo de Tralfamadore. Le acababan de traer una pareja de la Tierra. Era Montana Wildhack, estrella de cine.

Montana se encontraba bajo los efectos de un fuerte sedante. Los tralfamadorianos, provistos de caretas antigás, la entraron y la dejaron sobre el diván amarillo de Billy; luego se retiraron. La multitud de fuera disfrutaba de lo lindo. Las estadísticas de afluencia al zoo se estaban superando ampliamente. Todos los habitantes del planeta querían ver a la pareja terrícola.

Montana iba desnuda, al igual que Billy, claro. De repente sintió un fuerte tirón. Uno nunca sabe cuándo va a sufrir uno.

Ella empezaba a mover los párpados. Sus pestañas parecían alas de insecto.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Todo va bien —dijo Billy suavemente—. Por favor, no tema.

Montana había permanecido inconsciente durante todo el viaje. Los tralfamadorianos no habían hablado con ella, ni tan siquiera se le habían mostrado. Lo último que recordaba era haber estado tomando el sol en una piscina de Palm Spring, California. No tenía más que veinte años. Alrededor del cuello llevaba una cadena de plata, con un medallón en forma de corazón que pendía entre sus senos.

Volvió la cabeza y vio a varios millares de tralfamadorianos fuera de la cúpula. La estaban aplaudiendo en un rápido cerrar y abrir de sus manitas verdes.

Montana chilló y chilló.

Todas las manitas se encogieron. El terror de Montana era muy desagradable para ellos. Por eso, el jefe encargado del zoo ordenó a un empleado que cubriera la cúpula con una lona azul marino, para ocultar a sus inquilinos y simular la noche terrestre en su interior. Allí, en el zoo de Tralfamadore, la verdadera noche sólo caía durante una hora cada sesenta y dos horas (terrestres, naturalmente).

Billy encendió la lámpara de pie y al iluminarse la estancia el cuerpo de Montana destacó su relieve. Entonces él recordó la fantástica arquitectura de Dresde, antes de que fuera bombardeada.

Pasado algún tiempo, Montana llegó a querer y a confiar en Billy Pilgrim. El no la tocó hasta que ella le hubo demostrado claramente que así lo deseaba. Después de haber permanecido en Tralfamadore el tiempo correspondiente a una semana terrestre, una noche ella le pidió tímidamente que durmieran juntos. Y así lo hicieron. Fue paradisíaco.

Billy viajó por el tiempo, desde esta deliciosa cama hasta 1968. Estaba en su cama de Ilium, y la manta eléctrica calentaba al máximo. El sudor le empapaba, y tenía el vago recuerdo de que su hija le había acostado, ordenándole que permaneciera allí hasta que la calefacción funcionara.

Alguien llamaba con los nudillos a la puerta de su dormitorio.

—¿Sí? —dijo Billy.

—Soy el operario.

—¿Sí?

—La calefacción ya funciona. Empieza a calentar.

—Bien.

—Un ratón se había comido la protección del termostato.

—Lo tendré en cuenta.

El día siguiente a su sueño, por la mañana, Billy decidió volver al trabajo en su consultorio de la tienda de la plaza. El negocio marchaba como siempre, y sus empleados se portaban bien. Se sorprendieron al verle. Su hija les había dicho que quizá no volviera a trabajar jamás.

Se dirigió al consultorio y pidió que le pasaran al primer paciente. Le tocó a un muchacho de doce años, que venía acompañado de su madre viuda. Eran forasteros, recién llegados a la ciudad. Después de algunas preguntas, Billy supo que el padre del muchacho había muerto en Vietnam, durante la famosa batalla de los cinco días, en la *Cota 875*, cerca de Dakto. Así era.

Mientras examinaba los ojos del muchacho, Billy habló como por casualidad de sus aventuras en Tralfamadore, y aseguró al huérfano que su padre aún estaba vivo y que podría verlo una y otra vez.

—¿No es reconfortante? —preguntó Billy.

De pronto, la madre del muchacho salió y le dijo al recepcionista que era evidente que aquel señor se estaba volviendo loco. Billy fue llevado a su casa. Y de nuevo su hija le dijo:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¿Qué vamos a hacer contigo?

Escuchad:

Billy Pilgrim cuenta que, la noche siguiente a su ingreso en el sector británico del campo de exterminio de prisioneros de guerra rusos, fue destinado a Dresde, Alemania.

Aquel día de enero se despertó aún de madrugada. En la enfermería no había ventana alguna y las fantasmagóricas velas ya se habían consumido. Por lo tanto, la única luz existente provenía de las rendijas de los tabiques en los puntos donde se unían los maderos que los formaban, y del marco de la mal ajustada puerta. El pequeño Paul Lazzaro roncaba en una cama con un brazo roto. Edgar Derby, el profesor de escuela superior que más tarde sería fusilado, roncaba a su vez en otra.

Billy se sentó en la cama. No tenía ni idea del año o del planeta en que se encontraba. Eso sí, fuera el que fuese el nombre del planeta, su temperatura era muy fría. Pero no era el frío lo que le había despertado sino una especie de magnetismo animal que le hacía temblar y le adormecía la musculatura a pesar de los repentinos movimientos que ejecutaba.

Aquel magnetismo animal procedía de su espalda. Si Billy hubiese tenido que adivinar su causa, hubiera afirmado que era un vampiro colgado cabeza abajo de la pared que había tras él.

Se escurrió hacia los pies de la cama, antes de atreverse a volver la cabeza para mirar lo que era. No quería que el animal se le echara a la cara y le arañara los ojos o le quitara la nariz de un mordisco. Se volvió. La causa del magnetismo parecía realmente un murciélago: era su cazadora de civil con cuello de piel. Colgaba de un clavo.

Billy volvió a su sitio, y mientras miraba por encima del hombro sintió que el magnetismo crecía. Entonces se puso de rodillas sobre el camastro, se encaró a la cazadora y se atrevió a tocarla. Buscaba el punto exacto que producía las radiaciones.

Y encontró dos posibles fuentes, dos bultitos separados entre sí unos tres centímetros y escondidos en el forro. El uno tenía la forma de un guisante y el otro de una pequeña herradura. Entonces recibió un mensaje emitido por las radiaciones, en el que se le decía que no averiguara lo que eran los bultitos y se le aconsejaba que se conformara sabiendo que podían hacer milagros para él, con la condición de que no insistiera en querer averiguar su naturaleza. Billy Pilgrim aceptó. Se sentía agradecido. Estaba contento.

Billy dormitó un rato y despertó nuevamente en la enfermería de la prisión. El sol se había levantado. Fuera se oía ruido de picos y palas producido por hombres fuertes

que cavaban agujeros en el duro suelo. Eran los ingleses, que se estaban construyendo unas letrinas nuevas. Habían dejado las viejas a los americanos, así como el pabellón donde habían dado la fiesta.

Seis ingleses cargados con una mesa de billar y varios colchones apilados encima entraron con paso cauteloso y atravesaron la enfermería. Se trasladaban a los barracones situados contiguamente. Les seguía otro inglés, arrastrando su colchón y una diana.

El hombre de la diana era el Hada Madrina, que había herido al pequeño Paul Lazzaro. Se detuvo junto a la cama de Lazzaro y le preguntó qué tal se encontraba.

Este contestó que cuando terminara la guerra lo haría matar.

—¿Ah, sí?

—Cometiste un gran error —dijo Lazzaro—. El que me toca es mejor que me mate, o de lo contrario lo hago matar yo a él.

El Hada Madrina parecía conocer a fondo el arte de matar. Dirigió una leve sonrisa a Lazzaro.

—Todavía estoy a tiempo de matarte —dijo—, si realmente me convences de que es lo más razonable.

—¿Por qué no te pegas un tiro?

—No creas que no lo he probado —contestó el Hada Madrina.

El Hada Madrina se alejó, divertido y seguro de sí mismo. Cuando se hubo marchado, Lazzaro les prometió a Billy y al viejo Edgar Derby que iba a tener su venganza y que ésta sería dulce.

—Es la cosa más dulce que existe —explicó Lazzaro—. La gente se burla de mí y por Jesucristo que lo van a pagar. Yo me río. No me importa que sea un caballero o una dama. Aunque sea el presidente de Estados Unidos. A quien quiera tomarme el pelo, le ajustaré las cuentas. Teníais que haber visto lo que le hice una vez a un perro.

—¿A un perro? —repitió Billy.

—El hijo de puta me mordió. Entonces cogí algunos filetes y un muelle de reloj. Corté el muelle en trocitos pequeños y en cada uno de ellos soldé dos púas. Aquello era peor que las hojas de afeitar. Lo metí todo en la carne, de forma que no se viera, y volví donde estaba el perro. Quiso mordirme otra vez, pero la cadena que lo tenía atado a la pared se lo impidió. Entonces le dije: «Vamos, perrito, seamos amigos. No nos peleemos más. No soy mala persona.» Y él me creyó.

—¿De veras?

—Le eché la carne y se la tragó de golpe. Me quedé mirándole, esperando. —Lazzaro guiñó un ojo—. A los diez minutos empezó a salirle sangre por la boca. Aullaba y se revolcaba creyendo que el dolor le venía de fuera. Pero en seguida intentó morderse en su interior. Yo me revolcaba de risa y le decía:

«Ahora sí que acertaste, ¿eh? ¡Sácate las entrañas, muchacho! Soy yo el que está dentro con todos esos cuchillos.»

Y así sucedió.

—Si alguna vez os preguntan qué es lo más dulce que existe en la vida —concluyó Lazzaro—, sabed que es la venganza.

Cuando tuvo lugar la destrucción de Dresde, Lazzaro no se alegró. Dijo que él no tenía nada contra los alemanes, y que además prefería tratar con sus enemigos uno a uno. Y se enorgulleció de no haber herido jamás a ningún inocente.

—Nadie consigue ningún regalo de Lazzaro si no se lo ha buscado —afirmó.

El pobre Edgar Derby, profesor de escuela superior, se metió en la conversación. Le preguntó a Lazzaro si tenía intención de alimentar también al Hada Madrina con filetes llenos de muelles de reloj.

—¡Mierda! —replicó *Lazzaro*.

—Es un hombre bastante grande —observó Derby, quien a su vez era bastante corpulento.

—El tamaño no significa nada.

—¿Vas a matarle a tiros?

—Voy a hacerle matar a tiros —explicó Lazzaro—. Después de la guerra volverá a su casa. Será un gran héroe, las mujeres se le echarán encima y podrá instalarse bien. Pasarán un par de años y entonces, un buen día, alguien llamará a su puerta. El abrirá y se encontrará con un desconocido. Este le preguntará si es fulanito de tal, y cuando responda que sí, el desconocido le dirá: «Me envía Paul Lazzaro.» Y rápidamente sacará la pistola y le arrancará los cojones de un tiro. Luego le concederá un par de segundos para que recuerde quién es Paul Lazzaro, y se dé cuenta de lo que es la vida sin cojones. Acto seguido le disparará a las entrañas y se marchará.

Lazzaro dijo que por mil dólares, más los gastos del viaje, podía hacer matar a cualquiera en cualquier parte del mundo. Y ya tenía una lista mental.

Derby le preguntó a quiénes tenía en la lista, y Lazzaro dijo:

—Tú asegúrate de no estar en ella. No te cruces en mi camino, eso es todo.

Hubo un silencio y después añadió:

—No te cruces tampoco en el camino de mis amigos.

—¿Tienes amigos? —quiso saber Derby.

—¿En la guerra? —dijo Lazzaro—. Sí..., tuve un amigo en la guerra. Está muerto.

Así era.

—¡Lástima!

De nuevo los ojos de Lazzaro parpadearon.

—Sí. Era mi vecino en el vagón de tren. Se llamaba Roland Weary. Murió en mis brazos. —Señaló a Billy con su mano sana—. Murió a causa de ese necio cabrón que está ahí. De manera que le prometí hacer matar a ese necio cabrón después de la guerra.

Lazzaro cortó con un gesto de su mano todo lo que Billy Pilgrim tenía intención de decir.

—Olvídalo, muchacho —continuó—. Disfruta de la vida mientras puedas. Nada va a sucederte durante cinco, diez o quizá veinte años. Pero deja que te dé un consejo: siempre que suene el timbre de tu puerta, procura que sea otro el que vaya a abrirla.

Billy Pilgrim sabía que ésa sería, realmente, la forma en que iba a morir. Como viajero del tiempo que era, había visto su propia muerte muchas veces, y la había descrito en una cinta magnetofónica. La cinta estaba guardada, con su última voluntad y otros valores, en una caja fuerte del Banco Nacional Mercantil y de Crédito de Ilium.

«Yo, Billy Pilgrim —comenzaba la cinta—, *moriré, he muerto y estaré muerto para siempre el 13 de febrero de 1976.*»

Y continuaba diciendo que en el momento de su muerte estaría en Chicago, dirigiéndose hacia una gran multitud para dar una conferencia sobre el tema de los platillos volantes y de la verdadera naturaleza del tiempo. Vivía todavía en Ilium, pero había tenido que cruzar tres fronteras internacionales para poder llegar a Chicago. Los Estados Unidos de América habían sido divididos en veinte pequeñas naciones, con objeto de que jamás volvieran a constituir una amenaza para la paz mundial. Y Chicago, la gran ciudad de antaño, había sido destruida con bombas de hidrógeno por unos chinitos enfadados, que habían obligado a reconstruirla. Todo era nuevo y flamante.

Billy estaba hablando ante un auditorio que llenaba por completo las gradas de un campo de fútbol recubierto con una cúpula geodésica. A sus espaldas se desplegaba la bandera del país, luciendo su escudo: un toro de Hereford en medio de una verde pradera. De pronto, predijo su propia muerte para una hora más tarde, y se rió de ella, invitando a la multitud a que también se riera.

—Hace mucho tiempo que estoy muerto —explicó—. Hace muchos años, cierto hombre juró hacerme matar. Ahora ese hombre es ya un anciano y vive cerca de aquí. Y como ha leído todo lo publicado sobre mi presencia en vuestra bella ciudad y está loco, esta noche cumplirá su promesa.

La multitud protestó.

Pero Billy Pilgrim les reprendió:

—Si protestáis, si creéis que la muerte es algo terrible, es que no habéis entendido

ni una sola palabra de cuanto os he dicho.

Y terminó su discurso, al igual que siempre desde que los pronunciaba, con estas palabras:

—Adiós, hola, adiós, hola.

Al abandonar el pulpito, la policía se movilizó a su alrededor. Tenían que protegerle del entusiasmo popular. Y, aunque no había recibido amenazas de muerte desde 1945, los agentes se dispusieron a montar guardia. Estaban decididos a permanecer a su alrededor, en cerrado círculo, durante toda la noche.

—No, no —les dijo Billy, serenamente—. Es menester que vuelvan ustedes con sus esposas e hijos. Ha sonado la hora de que muera por un ratito... para continuar viviendo después.

En aquel instante, una bala de fusil penetró en la frente de Billy. La habían disparado desde la oscuridad, en un rincón de la cabina de prensa. Billy murió instantáneamente.

Luego, Billy experimentó la muerte durante un rato. Se trataba simplemente de una luz violeta y de un ligero zumbido. Ya no existía nadie. Ni siquiera Billy Pilgrim.

Cuando volvió de nuevo a la vida, Billy voló por el tiempo hasta una hora más tarde del momento en que había sido amenazado por Lazzaro, en 1945. Se le ordenó que se levantara de la cama y se vistiera, puesto que ya se encontraba bien. Después, él, Lazzaro y el pobre Edgar Derby se dirigieron al encuentro de sus compañeros, que estaban reunidos en el teatro. Querían elegir a su propio jefe por medio de una votación libre y secreta.

Billy, Lazzaro y el pobre Edgar Derby cruzaban el campo de la prisión en dirección al teatro. Billy llevaba la cazadora como si fuera un manguito de señora, envuelta alrededor de las manos. Parecía el payaso central de aquella especie de parodia inconsciente de la famosa pintura al óleo *El espíritu del 76*.

Edgar Derby estaba escribiendo, mentalmente, cartas a su hogar, diciéndole a su esposa que se encontraba sano y salvo, que no tenía por qué preocuparse, que la guerra casi había terminado y que pronto volvería a casa.

Lazzaro, por su parte, repasaba la lista de la gente que haría matar una vez finalizada la guerra, los proyectos de golpes que iba a dirigir y el número de mujeres que metería en su cama (o donde fuera) por las buenas o por las malas. Si hubiera sido un perro en plena ciudad, cualquier policía le habría matado de un tiro para mandar su cabeza a un laboratorio y ver si tenía la rabia. Así era.

Se acercaban al teatro. Encontraron a un inglés que trazaba una línea en el suelo con el tacón de la bota. Estaba delimitando la frontera entre los sectores americano e

inglés de la prisión. Billy, Lazzaro y Derby no tuvieron necesidad de preguntar lo que significaba esa línea. Aquel símbolo les era familiar desde la infancia.

El teatro estaba repleto de americanos acurrucados como cucarachas. La mayoría estaban dormidos o en estado de estupor. Tenían la tripa vacía.

—Cierra esa maldita puerta —le gritó alguien a Billy—. ¿Es que naciste en una cuadra?

Billy cerró la puerta, sacó una mano del manguito y tocó la estufa. Estaba fría como el hielo. En el escenario aún estaban el decorado de *La Cenicienta*, aquellos cortinajes azules colgando de los chocantes aros pintados y el falso reloj, cuyas manecillas señalaban la media noche. Y las zapatillas de la Cenicienta eran unas botas de aviador pintadas de color de plata y estaban cuidadosamente colocadas debajo de uno de los troncos dorados.

Billy, el pobre Edgar Derby y Lazzaro estaban en el hospital cuando los británicos repartieron los colchones y las mantas. Por eso se quedaron sin ellos y también sin lugar donde anidar. Tuvieron que improvisarlo todo. El único espacio libre que quedaba era el escenario, y, en cuanto a lo demás, hubieron de echar mano de las cortinas para hacerse sus nidos.

Una vez se hubo acurrucado en su nidito azul, Billy se quedó perplejo ante la vista de las botas plateadas de la Cenicienta. Inmediatamente recordó que sus zapatos estaban destrozados; necesitaba unas botas. Odiaba tener que salir de su nidito, pero debía hacerlo. A gatas, llegó hasta las botas, se sentó y se las probó. Le ajustaban perfectamente.

Billy Pilgrim era la Cenicienta, y la Cenicienta era Billy Pilgrim.

En alguna parte, el jefe de los ingleses estaba dando una charla sobre la higiene personal y la libre elección. Durante el sermón más de la mitad de los americanos permanecieron dormidos. El inglés subió al escenario y dio unos golpes secos sobre uno de los tronos, gritando:

—Muchachos, muchachos, muchachos... ¿pueden prestarme un momento de atención, por favor?

Lo que el inglés predicaba sobre la supervivencia era algo así:

—Si dejan de preocuparse por su apariencia, pronto morirán.

Les contó que ya había visto morir a varios hombres de la siguiente forma:

—Empezaban por andar alicaídos, luego no se afeitaban ni se lavaban, un poco más tarde ya ni se levantaban de la cama, después dejaban de hablar y al fin morían. De todo ello sólo puede sacarse una conclusión: que es una forma muy fácil e indolora de largarse.

Entonces el inglés les contó que cuando le capturaron se hizo el propósito, y lo había cumplido, de cepillarse los dientes dos veces al día, afeitarse cada mañana, lavarse la cara y las manos antes de cada comida, y después de acudir a las letrinas, limpiarse las botas, hacer por lo menos media hora diaria de ejercicio, evacuar los intestinos cada día y mirarse al espejo con frecuencia para valorar con franqueza su aspecto y cuidar particularmente sus gestos.

Billy Pilgrim le escuchaba, echado en su nido, sin mirarle la cara; observaba sus tobillos. Tras una pausa, el inglés dijo:

—Les envidio a ustedes, muchachos.

Alguien se echó a reír. Billy se preguntó qué habría dicho de gracioso, pero ya el oficial británico lo explicaba:

—Esta tarde, muchachos, van a salir hacia Dresde, una bella ciudad, según me han dicho. Y no permanecerán encerrados como nosotros. Vivirán al aire libre entre la gente, seguramente con comida más abundante que aquí... Si me permiten una nota personal, les diré que desde hace cinco años no sé lo que es un árbol, una flor, una mujer, un niño..., ni he visto un perro, un gato, un lugar de diversión ni ningún ser humano que hiciera algo útil para la sociedad. Por eso les he dicho que les envidio. Además, no tendrán que preocuparse por las bombas. Dresde es una ciudad abierta, sin defensas. No tiene industrias bélicas, ni tampoco ninguna concentración importante de tropas.

Luego, y de forma más bien extraña, Edgar Derby fue elegido jefe americano. El inglés solicitó el voto de todos los que estaban echados en el suelo, pero nadie lo dio. De manera que, teniendo en cuenta su madurez y su larga experiencia en el trato con la gente, nombró a Derby, y así finalizaron los nombramientos y las elecciones.

—¿Todos de acuerdo?

—Sí —dijeron dos o tres voces débilmente.

Entonces el pobre Derby hizo un discurso. Agradeció al inglés sus buenos consejos, y prometió seguirlos al pie de la letra. Añadió que estaba convencido de que todos los americanos harían lo mismo, y que en aquel momento su principal responsabilidad consistía en asegurarse de que todo el mundo regresara a su hogar sano y salvo. Pero antes de que terminara de hablar, Paul Lazzaro murmuró, desde su lecho azul celeste:

—¡Vamos, por qué no te largas volando en un buñuelo! ¡Anda, vete a joder a otro a la Luna!

Aquel día la temperatura había subido de una manera sorprendente. El mediodía era cálido. Los alemanes trajeron sopa y pan en dos carros tirados por rusos. Los ingleses mandaron café de verdad, azúcar, mermelada, cigarrillos y cigarros. Dejaron las puertas del teatro abiertas para que entrara el sol.

Los americanos empezaron a sentirse mucho mejor; incluso podían retener la comida. Después, a la hora de partir hacia Dresde, salieron del sector británico casi con marcialidad. De nuevo, Billy Pilgrim encabezaba la formación, llevando ahora sus botas plateadas, el manguito y un trozo de cortinaje azul celeste a modo de toga. Billy todavía iba sin afeitar, al igual que el pobre Edgar Derby, que le seguía. Este ya meditaba otra carta a su hogar, que tampoco llegaría a enviar, y sus labios se movían temblorosos:

«Querida Margaret: Hoy hemos partido hacia Dresde. No te preocupes. Nunca será bombardeada. Es una ciudad abierta. Este mediodía ha habido elecciones y, ¿a que no adivinas...?» Etcétera.

Llegaron de nuevo a la estación del ferrocarril. Habían venido metidos en dos vagones e iban a marchar, mucho más cómodamente, en cuatro. El cadáver del vagabundo aún se encontraba en el mismo sitio. Tenía la rigidez del hielo y estaba tirado sobre la hierba, junto a las vías, en posición fetal, intentando, incluso después de muerto, acurrucarse en forma de bebé entre los demás. Pero los demás, para él, ya no existían. Sólo le rodeaban las cenizas y el aire. Alguien le había quitado las botas. Sus pies desnudos eran azules y marmóreos. Ciertamente era mejor que estuviera muerto.

El viaje a Dresde fue una diversión. Tan sólo tardaron un par de horas en llegar. Y sus antes vacías tripas ahora estaban llenas y tranquilas. A través de los respiraderos se filtraban el sol y el aire. El vagón estaba lleno de humo de cigarrillos.

Los americanos llegaron a Dresde a las cinco de la tarde. Se abrieron las puertas de los vagones y vieron la más bella ciudad que jamás hayan visto parte de los americanos. El panorama era voluptuoso, encantador y absurdo a la vez. A Pilgrim le pareció un cuadro celestial, como el que había en la escuela dominical.

Tras él, alguien suspiró:

—¡Oh!

Era yo. Sí, aquél fui yo. Estaba deslumbrado. La única ciudad que había visto hasta entonces era Indianápolis, Indiana.

Todas las demás ciudades importantes de Alemania habían sido bombardeadas y ferozmente destruidas. Dresde no había sufrido más daños que la rotura de algún cristal. Las sirenas funcionaban a diario, la gente acudía a los refugios subterráneos, donde escuchaban la radio. Pero los aviones siempre se dirigían a otro lugar, Leipzig,

Chemnitz, Plauen o ciudades semejantes. Así era.

Por Dresde aún silbaban alegremente las sirenas de vapor, y los tranvías transitaban por las calles. Cuando los teléfonos sonaban, se contestaba enseguida. Y cuando alguien hacía funcionar un interruptor las luces se apagaban o se encendían. Había varios restaurantes y hasta un zoo. Las principales industrias de la ciudad eran laboratorios farmacéuticos, marcas alimenticias y manufactureras de tabaco.

Y, al finalizar cada jornada, la gente regresaba del trabajo, para descansar tranquilamente durante la noche.

Ocho ciudadanos de Dresde cruzaron las vías de la estación del ferrocarril, en dirección a los americanos. Vestían uniformes nuevos. Habían ingresado en el ejército el día anterior. Unos eran chicos y los otros hombres en avanzada madurez; solamente dos de ellos eran veteranos del ejército: habían sido malheridos en Rusia. Su misión era custodiar aquel centenar de americanos prisioneros de guerra que iban a ser subastados como obreros. En el pelotón había un abuelo y su nieto. El abuelo era arquitecto. A medida que se acercaban a los vagones que contenían su mercancía, aquellos ocho hombres adquirían un aspecto cada vez más siniestro. Eran conscientes de su propia apariencia de soldados enfermizos e inútiles. Uno de ellos tenía una pierna artificial, y además del rifle cargaba con su bastón. Pero, con todo, esperaban que aquellos americanos robustos, bien criados, asesinos de infantería que acababan de llegar de las matanzas del frente, les depararan una pronta obediencia y respeto.

Con lo primero que se encontraron fue con el barbudo Billy Pilgrim y su toga azul, sus zapatos plateados y sus manos metidas en un manguito, como una señora. Les pareció que debía tener, por lo menos, sesenta años. Junto a él iba Paul Lazzaro, con un brazo roto y rebosante de rabia. Al lado de Lazzaro, el pobre y viejo profesor de escuela superior, Edgar Derby, tristemente repleto de añejo patriotismo y de sabiduría imaginaria. Y así todos.

Los ocho ridículos ciudadanos de Dresde se aseguraron de que aquellas cien ridículas criaturas eran realmente combatientes americanos recién llegados del frente, sonrieron y acabaron riéndose a carcajadas. Su terror se evaporó. No había nada que temer. En realidad, no eran más que un puñado de estúpidos y enfermos como ellos mismos. Aquello parecía una opereta.

Así pues, la opereta se puso en marcha. Partieron de la estación, comenzaron a recorrer las calles de Dresde. Billy Pilgrim era la estrella, y encabezaba la formación.

En las aceras se encontraron con miles de trabajadores que regresaban a sus hogares después de la jornada laboral. Eran gente pálida y fofa, con aspecto de no haber comido durante los últimos dos años otra cosa que patatas. No habían esperado del día más bendición que pasarlo medianamente bien. Y de pronto se reían.

A Billy le pasaron desapercibidos la mayoría de los ojos que le encontraban tan divertido. Estaba maravillado por la arquitectura de la ciudad. Sobre las ventanas,

alegres *amaretti* entrelazaban alegres guirnaldas. Rudos faunos y ninfas desnudas atisbaban desde las festoneadas cornisas. Y monos de piedra retozaban entre volutas, conchas y bambúes.

Billy, puesto que conocía el futuro, sabía que la ciudad sería hecha añicos e incendiada al cabo de unos treinta días. Y también que la mayoría de las personas que ahora le miraban muy pronto estarían muertas. Y así fue.

Mientras caminaban, Billy no paraba de mover las manos dentro del manguito. Con las puntas de los dedos tanteaba la cálida oscuridad de la improvisada prenda, intentando descubrir qué eran los dos pequeños bultos que se escondían bajo el forro de la cazadora. Por fin, las yemas de sus dedos llegaron a palpar los bultos, el objeto en forma de guisante y el objeto en forma de herradura. En aquel momento, el pelotón se detenía en un cruce muy concurrido. Había un semáforo rojo.

Sobre la acera, en la primera hilera de peatones, se encontraba un cirujano que había estado operando todo el día. Era un civil, aunque su postura le hiciera parecer un militar. Había servido en las dos guerras. El aspecto de Billy le ofendió, especialmente después de enterarse por los guardias de que era americano. Le pareció que Billy tenía un gusto abominable y supuso que le habría costado una infinidad de problemas tontos el llegar a vestir de tal forma.

El cirujano, que hablaba inglés, se dirigió a Billy:

—Debo entender que usted encuentra la guerra una cosa muy cómica.

Billy le lanzó una vaga mirada. Momentáneamente había perdido el hilo de la vida y no sabía dónde se encontraba, ni cómo había ido a parar allí. Ignoraba totalmente que la gente estaba tomándolo por un payaso. El Destino le había vestido; el Destino, y una débil voluntad de sobrevivir.

—¿Esperaba hacernos reír? —le preguntó el cirujano.

El hombre le pedía una especie de satisfacción. Pero Billy se sentía místico. Quería ser amable y facilitar las cosas todo lo posible, pero sus recursos eran insuficientes. Sus dedos sujetaban ya los dos objetos del forro de la cazadora. Entonces decidió mostrárselos al cirujano.

—¿Cree usted que nos gusta ser burlados? —decía el cirujano—. ¿Se sentiría orgulloso de poder representar este papel en América?

Billy retiró la mano del interior del manguito y la tendió bajo las narices del cirujano. Sobre su palma había un diamante de dos quilates y un fragmento de dentadura postiza que más bien parecía un pequeño artefacto obsceno, con sus dientes de plata y su color rosado. Billy sonrió.

El pelotón caminó dando rodeos, hasta dirigirse definitivamente hacia la verja del matadero de Dresde. Una vez dentro se dieron cuenta de que allí no había movimiento. La razón era que la mayoría de animales con pezuñas de Alemania

habían sido ya muertos, comidos y excretados por seres humanos, en especial soldados. Así era.

Los americanos fueron conducidos al quinto edificio del matadero. Era un bloque de cemento de un solo piso, con puertas corredizas en las partes delantera y trasera, que fue construido para alojar a los animales que iban a ser sacrificados. Ahora serviría como vivienda a un centenar de prisioneros de guerra americanos sin hogar. Estaba provisto de literas, un lavadero y dos estufas. Detrás había una letrina formada a base de un tablón agujereado y varios cubos debajo.

Sobre la puerta del edificio había un número inmenso. Era el número *cinco*. Antes de que los americanos entraran, el único guarda que hablaba inglés les recomendó que se acordaran de su nueva dirección para el caso de que se perdieran en la gran ciudad. La dirección era: «Schlachthof-fünf». *Schlachthof* significa *matadero*. *Fün*, el viejo y querido número *cinco*.

Veinticinco años más tarde, Billy Pilgrim subía a un avión fletado en Ilium. Sabía que iba a estrellarse, pero no quería quedar como un necio pronosticándolo. El avión debía llevar a Billy y a veintiocho ópticos más a Montreal, para asistir a una convención.

Su esposa, Valencia, fue a despedirles a él y a su padre, Lionel Merble, que ocupaba el asiento contiguo al suyo.

Lionel Merble era una verdadera máquina. Claro que los tralfamadorianos opinan que todas las criaturas y plantas del universo son máquinas; les divierte que tantos terrícolas se sientan ofendidos ante la idea de ser máquinas.

Fuera del avión, otra máquina, llamada Valencia Merble Pilgrim, estaba comiendo un dulce «Peter-Paul-Mound» y diciendo adiós con la mano.

El avión despegó sin incidentes. El momento estaba estructurado así. A bordo viajaban un cuarteto vocal, compuesto también por ópticos, que se llamaba Los Bacos, contracción de Los Bastardos de Cuatro Ojos.

Cuando el avión hubo despegado la máquina que era el suegro de Billy pidió al cuarteto que cantara su canción favorita. Ellos ya sabían cuál quería, y la cantaron. Decía así:

*Estoy sentado en mi celda de la cárcel,
Con los calzoncillos llenos de mierda.
Y mis pelotas rebotan contra el suelo,
Y veo el miembro sangriento.
Debido al mordisco que ella me dio,
¡Oh!, jamás volveré a follar con una polaca.*

El suegro de Billy se reía descontroladamente, y rogó al cuarteto que cantara la otra canción polaca que tanto le gustaba. Así pues, cantaron la canción de los mineros de Pennsylvania, que empieza así:

*Mike y yo trabajamos en la mina.
¡Santa mierda, qué bien nos lo pasamos!
Una vez a la semana nos dan nuestro salario
¡Santa mierda, y al otro día no trabajamos!*

Hablando de polacos: a los tres días de haber llegado a Dresde, Billy Pilgrim vio casualmente cómo colgaban públicamente a un polaco. Billy iba por la calle hacia el

trabajo con algunos compañeros poco después de la salida del sol, cuando se encontraron con una horca rodeada de una gran multitud. El polaco era obrero de una granja e iba a ser colgado por haber tenido relaciones sexuales con una alemana. Así fue.

Billy, a sabiendas de que el avión pronto iba a estrellarse, cerró los ojos y viajó por el tiempo hasta 1944. Volvía a estar en el bosque de Luxemburgo, con los «Tres Mosqueteros». Roland Weary le estaba sacudiendo y golpeando su cabeza contra un árbol.

—Muchachos, continúen sin mí —decía Billy Pilgrim.

El cuarteto estaba cantando *Espera basta que brille el sol, Nelly*, cuando el avión se empotró en la cima del monte Sugarbush, en Vermont. Murieron todos menos Billy y el copiloto. Así fue.

Los primeros en llegar al escenario del desastre fueron unos jóvenes austriacos que residían en una famosa escuela de esquí instalada en aquella montaña. Hablaban en alemán entre ellos mientras iban de un cuerpo a otro. Llevaban pasamontañas rojos y la cara cubierta, excepto los ojos, para protegerse del viento. Parecían muñecos, gente blanca que por diversión se habían disfrazado de negro.

Billy se había fracturado el cráneo, pero todavía estaba consciente. No sabía dónde se encontraba. Al ver que sus labios se movían, uno de los muñecos le acercó el oído a la boca, intentando comprender las que podían ser sus últimas palabras. Y Billy, que creía al muñeco relacionado con la Segunda Guerra Mundial, murmuró su dirección: «Schlachthof-fünf».

Fue transportado hasta la falda del monte Sugarbush en un trineo al que los muñecos le ataron para que se mantuviera inmóvil durante el camino. Cerca de la base de la montaña la pista terminaba bruscamente frente a un poste de telesilla. Billy vio a unos jóvenes que vestían prendas elásticas de brillantes colores, grandes gafas y enormes botas colgando, sentados y con los esquís puestos, de unas sillas amarillas. Entonces supuso que esto formaba parte de una nueva y sorprendente fase de la Segunda Guerra Mundial. Para él, todo estaba bien. Para Billy Pilgrim todo era perfecto.

Fue llevado a un pequeño hospital privado, donde un famoso neurocirujano llegado de Boston le practicó una operación que duró tres horas. Después de la operación, Billy estuvo inconsciente durante dos días y soñó millones de cosas, algunas reales. Todas ellas fueron viajes por el tiempo.

Una de las cosas que revivió fue su primera noche en el matadero. El y el pobre Edgar Derby empujaban una carreta de dos ruedas, vacía, por una sucia pendiente flanqueada de establos también vacíos. Se dirigían a la cocina común en busca de cena para todos, custodiados por un alemán de dieciséis años llamado Werner Gluck. Los ejes de la carreta habían sido engrasados con sebo de animales muertos. Así era.

El sol estaba en su ocaso y su resplandor hacía resaltar el perfil de la ciudad formado por bajas colinas que rodeaban los malolientes establos. La total oscuridad en que se encontraba sumida la ciudad como precaución por los bombardeos impidió a Billy ver, desde un mirador tan privilegiado como aquél, una de las cosas más hermosas que suele hacer una ciudad normal a la puesta del sol: encender sus luces una tras otra.

El amplio río que pasaba por allí hubiera reflejado esas luces, y hubiera hecho de aquel crepúsculo una hora deliciosa. Este río era el Elba.

Werner Gluck, el joven guarda, era de Dresde. Jamás había estado en el matadero, de manera que no sabía a ciencia cierta dónde se encontraba la cocina. Era alto y delgado, como Billy, y podría haber sido su hermano menor. De hecho eran primos lejanos, cosa que siempre ignoraron.

Gluck iba armado con un mosquetón increíblemente pesado, una pieza de museo con un cañón octogonal de alma lisa y que cargaba un solo tiro. Llevaba calada la bayoneta, o mejor dicho una especie de aguja de hacer calceta, sin canalones de sangre ni nada.

Gluck les hizo tomar un camino que él creía les llevaría a la cocina y abrió una puerta corrediza que se encontraba a un lado. Pero se equivocó. Aquello eran los vestuarios adyacentes a unas duchas comunales y el ambiente estaba lleno de vapor. Por entre el vapor divisaron alrededor de treinta muchachas de menos de veinte años todas desnudas. Eran refugiadas alemanas de Breslau, ciudad que había sido tremendamente bombardeada, y también acababan de llegar a Dresde.

Dresde estaba atestada de refugiados.

Así pues, se encontraron con aquellas muchachas cuyos rincones más privados estaban al descubierto, para recreo de cualquier observador. Y eso hacían, recrearse mirando desde la puerta, Gluck, Derby y Pilgrim, el soldadito infantil, el pobre viejo profesor de escuela superior y el payaso con su toga y sus zapatos de plata. Las muchachas chillaron, se cubrieron con las manos, se volvieron de espaldas y todo lo demás. Y se hicieron aún mucho más bellas. Werner Gluck, que nunca hasta entonces

había visto ninguna mujer desnuda, cerró la puerta. Billy estaba en las mismas condiciones que el alemán, era evidente. Pero para Derby aquello no era nada nuevo.

Cuando los tres desgraciados encontraron la cocina comunal, cuya misión principal era hacer la comida para los trabajadores del matadero, ya se había largado todo el mundo menos una mujer que les estaba esperando con impaciencia. Era una viuda de guerra. De verdad. Y llevaba el sombrero y el abrigo puestos, pues también quería marcharse a su casa a pesar de que en ella no encontraría a nadie. Sus guantes blancos permanecían aún uno junto al otro, sobre uno de los mostradores de zinc.

La mujer guardaba para los americanos dos grandes latas de sopa que hervían sobre una cocina encendida a poco gas. También les reservaba un montón de pan moreno.

Le preguntó a Gluck si no era demasiado joven para estar en el ejército. El admitió que sí lo era.

Luego le preguntó a Edgar Derby si no era demasiado viejo para estar en el ejército. También lo admitió.

Entonces le preguntó a Billy Pilgrim de qué iba disfrazado. Billy le dijo que no lo sabía, que sólo pretendía mantenerse abrigado.

La mujer comentó, concluyendo:

—Todos los soldados de verdad han muerto.

Y era cierto.

Otra cosa que también revivió Billy mientras estaba inconsciente en Vermont fue el trabajo que él y sus compañeros hicieron en Dresde durante el mes anterior a la destrucción de la ciudad. Lavaron ventanas, barrieron suelos, limpiaron aseos, empaquetaron tarros y sellaron cajas de cartón en una fábrica donde hacían jarabe de malta enriquecido con vitaminas y minerales. Era para mujeres embarazadas.

El jarabe sabía a miel con un ligero aroma a nueces, y todos los que trabajaban en la fábrica se pasaban el día tomando a escondidas cucharada tras cucharada. No eran mujeres embarazadas, pero también necesitaban vitaminas y minerales.

Durante su primer día de trabajo Billy no tomó ninguna cucharada de jarabe, pero otros americanos sí lo hicieron. Al segundo día ya había aprendido el truco. En todos los rincones de la fábrica había cucharas escondidas. Sobre las vigas del techo, en los cajones, tras los radiadores, en todas partes. Las escondían personas que, estando tomando jarabe, habían oído llegar a alguien. Tomar jarabe era un crimen.

Durante su segundo día de trabajo, Billy estaba limpiando un radiador y encontró una cuchara. A su espalda había una tina llena de jarabe que se estaba enfriando. La única persona que podía verle era el pobre Edgar Derby, que por la parte de fuera

limpiaba el cristal de la ventana. La cuchara era sopera. Billy la metió en la tina, volvió la cabeza a uno y otro lado para ver si había alguien, la sacó y se la introdujo en la boca.

Pasó un momento, y después todas las células del cuerpo de Billy se sacudieron en un entusiasmado aplauso de gratitud.

Se oyeron unos tímidos golpecitos en la ventana de la fábrica. Era Derby, que lo había visto todo y quería también un poco de jarabe.

Así pues, Billy, siempre vigilando, llenó la cuchara, abrió la ventana y la metió dentro de la anhelante boca de Derby. Pasó un momento y de los ojos de Derby empezaron a saltar lágrimas. Billy cerró la ventana y escondió rápidamente la pegajosa cuchara. Alguien venía.

Dos días antes de que Dresde fuera destruida los americanos del matadero tuvieron una visita muy interesante. Era Howard W. Campbell, jr., el americano nazi, el mismo que había escrito el librito sobre el vergonzoso comportamiento de sus compatriotas prisioneros de guerra. Ahora ya no se dedicaba a hacer investigaciones sobre prisioneros. Había venido al matadero para reclutar hombres con vistas a formar una unidad militar alemana que pensaba llamar Cuerpo de Americanos Libres y comandar él mismo. Como era de suponer, esta unidad sólo debía luchar en el frente ruso.

Campbell era un hombre de aspecto ordinario, pero iba vestido con un extravagante uniforme que él mismo se había diseñado. Se tocaba con un sombrero blanco en el que ostentaba diez galones, calzaba unas botas negras de vaquero decoradas con esvásticas y estrellas, y vestía un traje de punto azul muy ceñido, con rayas amarillas que, partiendo de los sobacos, le llegaban hasta los tobillos. En los hombros llevaba unas charreteras que recortaban el perfil de Abraham Lincoln sobre un fondo verde pálido. Y, para completar su uniforme, en la manga exhibía un brazalete rojo con una esvástica azul dentro de un círculo blanco.

Ahora, en el establo de cemento, estaba explicando a los prisioneros de guerra americanos el significado del brazalete.

Billy tenía un gran ardor de estómago debido a la gran cantidad de jarabe de malta que había tomado durante la jornada laboral. Aquel ardor le hacía saltar lágrimas de los ojos y por eso veía, a través de la sinuosa cortina de líquido salado, una imagen de Campbell bastante deformada.

—Azul por el cielo de América —decía Campbell—. Blanco por la raza que descubrió el continente, saneó los pantanos, limpió los bosques y construyó carreteras y puentes. Rojo por la sangre de los americanos patriotas que tan alegremente han corrido a lo largo de los años...

El auditorio de Campbell dormitaba. Habían trabajado mucho en la fábrica de jarabe y después habían tenido que hacer el largo camino hasta casa, andando en medio de un gran frío. Estaban delgados y tenían ojeras. Su piel empezaba a formar pequeñas vesículas, al igual que sus bocas, gargantas e intestinos. El jarabe de malta que tomaban a escondidas en la fábrica sólo contenía una ínfima cantidad de los minerales y vitaminas que un ser humano necesita.

Ahora Campbell ofrecía a los americanos comida, filetes de carne, puré de patatas, salsas y empanadas rellenas si se unían al Cuerpo de Americanos Libres.

—Cuando se haya vencido a Rusia, seréis repatriados a través de Suiza —aseguró.

No hubo respuesta alguna.

—Tarde o temprano tendréis que luchar contra los comunistas —añadió—. ¿Por

qué, pues, no terminar ya con ellos de una vez?

Y entonces llegó el momento en que Campbell había de obtener por fin alguna respuesta. El pobre Derby, el sentenciado profesor de escuela superior, se puso en pie aprovechando lo que probablemente sería el mejor momento de su vida. En esta historia no existen personajes ni situaciones dramáticas, puesto que la mayoría de personajes que la integran están enfermos y son totalmente ajenos al juego de los grandes poderes; uno de los principales efectos de la guerra es que la gente pierde la fuerza de ánimo suficiente para conservar su personalidad. Pero en aquel momento, el viejo Derby era todo un carácter.

Su postura era la de un combatiente: la cabeza baja y los puños crispados, esperando información sobre el plan de batalla. Derby levantó la cabeza y le dijo a Campbell que era una serpiente. Peor aún, corrigió, puesto que las serpientes no podían evitar el serlo y Campbell, que bien podía evitar el ser lo que era, se había convertido en algo mucho más rastrero que una serpiente, una rata o incluso una garrapata rellena de sangre.

Campbell sonrió.

Derby habló conmovedoramente de la forma de gobierno americana, que otorga libertad, justicia, oportunidades y juego limpio para todos. Dijo que allí no había ni un solo hombre que no estuviera dispuesto a morir con alegría por todos esos ideales. Habló de la fraternidad entre los americanos y los rusos, y de cómo estas dos naciones iban a aplastar la plaga de nazismo que pretendía infectar al mundo entero.

De pronto, la sirena de alarma empezó a sonar lastimeramente en Dresde.

Los americanos, sus guardas y Campbell se refugiaron en un enorme almacén de carne, excavado en la roca viva bajo el matadero. Se descendía hasta allí por unas escaleras de acero que comenzaban y terminaban en sendas puertas también de acero.

De los ganchos de hierro del almacén colgaban aún algunos terneros, ovejas, cerdos y caballos muertos. Así era. El resto eran miles de ganchos vacíos, a la espera de más animales. Naturalmente, allí dentro hacía frío, aunque no había refrigeración. Y por toda luz disponían de una sola vela. El almacén estaba encalado —olía, pues, a ácido carbónico— y tenía bancos a lo largo de sus paredes. Los americanos se dirigieron hacia ellos haciendo saltar parte del blanco polvo que cubría las paredes.

Howard W. Campbell jr. permaneció de pie, como los guardas, hablando con ellos en un alemán excelente. Había escrito muchas obras de teatro populares, y también poemas, en este idioma. Incluso se había casado con una famosa actriz alemana, llamada Resi North. Ella había muerto. Cayó mientras divertía a las tropas alemanas en Crimea. Así fue.

Aquella noche no sucedió nada. Fue durante la noche siguiente cuando murieron cerca de ciento treinta mil personas en Dresde. Así fue. Billy dormitaba en el almacén de carne cuando se encontró de nuevo enzarzado en una discusión con su hija, que revivió palabra por palabra y gesto por gesto.

—Padre —decía ella—. ¿Qué vamos a hacer contigo? —Y cosas así—. ¿Sabes a quién desearía matar?

—¿A quién desearías matar? —preguntó Billy.

—A ese Kilgore Trout.

Kilgore Trout era y es un escritor de ciencia ficción de quien Billy no sólo leyó docenas de libros sino que incluso llegó a ser amigo suyo. Y eso, teniendo en cuenta que nadie puede llegar a ser amigo de Trout porque éste es un hombre amargado, tiene un excepcional mérito.

Trout vive en un sótano de alquiler, en Ilium, a unos tres kilómetros de distancia de la hermosa casa blanca de Billy. Ni él mismo tiene idea de la cantidad de novelas que ha escrito. Posiblemente alrededor de las setenta y cinco. Y ninguna de ellas le ha dado dinero. Así pues, Trout se dedica en cuerpo y alma a la divulgación de la *Ilium Gazette*. Es el encargado de los vendedores de periódicos, esos muchachos que trabajan por cuatro perras.

Billy lo conoció en 1964. Conducía su Cadillac por un callejón de Ilium cuando se encontró con el camino cortado por docenas de muchachos con sus bicicletas. Celebraban una reunión. Un hombre con toda la barba les estaba hablando. Se le veía cobarde y peligroso a la vez, y era obvio que dominaba su oficio. Trout tenía entonces sesenta y dos años. Intentaba convencer a los muchachos de que despabilaran sus dormidas cabezotas, y también de que vendieran a sus clientes habituales la maldita edición dominical. Les prometió que quien vendiera más suscripciones dominicales durante los próximos dos meses sería premiado con un viaje gratis, con todos los gastos pagados durante una semana, para él y sus padres, a la maldita Martha's Vineyard. Y cosas así.

Uno de los vendedores de periódicos, que en realidad era una muchacha, estaba extasiada.

El paranoico rostro de Trout le resultaba a Billy enormemente familiar, puesto que lo había visto en las solapas de infinidad de libros. Pero, en el preciso momento en que se encontró con ese rostro en un callejón de su ciudad natal, no pudo recordar por qué le era tan familiar. Lo primero que se le ocurrió fue que quizá hubiera conocido a tan ruinoso mesías en alguna parte de Dresde. Trout parecía, ciertamente, un prisionero de guerra.

Y entonces la muchacha levantó la mano.

—Señor Trout —gritó—, si gano, ¿puedo llevar conmigo a mi hermana?

—No, demonios —contestó Kilgore Trout—. ¿Crees que el dinero crece en los árboles?

Casualmente, Trout había escrito un libro sobre un árbol que daba dinero. Tenía por hojas billetes de veinte dólares. Sus flores eran bonos del gobierno y sus frutos diamantes. Atraía a los seres humanos, que se mataban los unos a los otros al pie del árbol, fertilizándolo.

Así era.

Billy Pilgrim aparcó su Cadillac en el callejón y esperó a que terminara la reunión. Cuando se disolvió la asamblea un muchacho se quedó hablando con Trout. El chico quería dejar el trabajo porque era demasiado pesado, tenía que trabajar muchas horas y estaba mal pagado. Trout parecía consternado. Si el muchacho dejaba el trabajo él mismo tendría que hacerlo hasta encontrarle sustituto.

—¿Quién crees que eres? —le preguntó Trout con desprecio—. ¿Una especie de maravilla sin entrañas?

Este era también el título de un libro de Trout: *La maravilla sin entrañas*. Trataba de un robot que tenía mal aliento, y que se hizo popular cuando hubo curado su halitosis. Pero lo más notable de la narración, que había sido escrita en 1932, era que predecía un amplio consumo de gasolina gelatinosa entre los seres humanos. Los robots la echaban desde aeroplanos. Y no tenían conciencia ni entendimiento que les permitiera imaginar lo que les estaba sucediendo a las gentes en la Tierra.

El robot de Trout parecía un ser humano. Podía hablar, bailar y cosas así, e incluso salir con chicas sin que nadie se ofendiera porque echaba gasolina gelatinosa sobre las personas. Pero, eso sí, encontraban imperdonable su halitosis. Así pues, cuando ésta desapareció, fue bien aceptado por la raza humana.

Trout perdió la discusión que mantenía con el muchacho que quería dejar el empleo. Le habló de la gran cantidad de millonarios que habían empezado repartiendo periódicos, pero el chico le replicó:

—Sí, pero apuesto a que sólo aguantaron una semana en ese magnífico empleo.

Y el muchacho se largó, dejando a los pies de Trout la bolsa llena de periódicos y la agenda de subscriptores encima. Aquellos periódicos quedaban a merced de Trout, quien tendría que repartirlos. No tenía coche, ni siquiera bicicleta, y los perros le daban miedo.

En alguna parte ladró un perro.

Mientras Trout se colgaba lúgubrementemente la bolsa a la espalda, Billy Pilgrim se le acercó:

—¿El señor Trout? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Es... es usted *Kilgore* Trout?

—Sí.

Trout suponía que Billy tendría alguna queja sobre la forma en que se repartían los periódicos. No pensaba en sí mismo como escritor. Y ello, por la simple razón de que el mundo jamás le había permitido considerarse como tal.

—¿El... el escritor? —insistió Billy.

—¿El qué?

Billy estaba convencido de que había cometido un error.

—Existe un escritor llamado Kilgore Trout —explicó.

—¿De veras? —Trout parecía aturdido.

—¿Nunca ha oído usted hablar de él?

Trout movió la cabeza con desánimo.

—Nadie..., nadie ha oído jamás hablar de él.

Billy ayudó a Trout a repartir los periódicos, acompañándole casa por casa en su Cadillac. Billy era el responsable, el que encontraba las casas y el que señalaba las direcciones pasadas. La mente de Trout estaba vacía. Nunca hasta entonces había tenido un admirador, y menos un admirador tan entusiasta.

Trout confesó a Billy que nunca había visto un libro suyo anunciado, reseñado o en venta.

—Durante todos estos años —dijo— he abierto de par en par mis puertas al mundo y sólo he recibido desprecio.

—Seguramente habrá recibido cartas —dijo Billy—. Es lógico que le hayan escrito muchas.

Trout levantó un solo dedo.

—Una.

—¿Era de un entusiasta?

—Era de un loco. Decía que yo debería ser nombrado presidente del Mundo.

Resultó que la persona que había escrito tal carta era Eliot Rosewater, el amigo que tuvo Billy en el hospital de veteranos, cerca de Lake Placid. Billy le habló a Trout de Rosewater.

—¡Dios mío! —dijo éste al final—. Yo pensé que se trataba de un muchacho de catorce años.

—Pues fue un verdadero hombre, un capitán durante la guerra.

—Escribe como un muchacho de catorce años —insistió Kilgore Trout.

Billy le invitó a la fiesta del dieciocho aniversario de su boda, que debía celebrarse al cabo de dos días con gran esplendor.

Trout estaba en el comedor, tragando canapés. Hablaba con la boca llena de queso, crema de Filadelfia y salmón, con la esposa de un óptico. Todos los asistentes a la fiesta estaban relacionados de una forma u otra con algún óptico, excepto Trout. Era el único que no llevaba gafas. Su presencia estaba causando gran sensación. Todos los invitados se mostraban excitadísimos por el solo hecho de tener entre ellos a un verdadero escritor. Y eso que nadie había leído sus libros.

Trout hablaba con Maggie White, que había dejado de ser asistente de un dentista para convertirse en ama de casa de un óptico. Era muy bonita. El último libro que había leído era *Ivanhoe*.

Billy, de pie a su lado, escuchaba. No dejaba de palpar en su bolsillo. Allí llevaba el regalo que tenía que entregarle a su esposa, una caja de satén blanco que contenía un anillo con un zafiro. El anillo estaba valorado en mil ochocientos dólares.

La adulación que Trout recibía, tan espontánea y tan ignorante, le afectaba como la marihuana. Se sentía feliz, fuerte y atrevido.

—Me temo que no leo tanto como debiera —dijo Maggie.

—Todos tememos algo —observó Trout—. Yo temo al cáncer, a las ratas y a los perros de raza Doberman.

—Debería saberlo, pero no lo sé —dijo Maggie—; así pues, se lo pregunto: ¿qué es lo más famoso que ha escrito?

—Trataba del funeral de un gran político francés.

—Esto suena interesante.

—Todos los grandes políticos del mundo asistían al acto. La ceremonia era muy hermosa. —Trout iba improvisando a medida que hablaba—. Y antes de cerrar el ataúd, los familiares del difunto esparcían perejil y pimentón sobre el fallecido.

—¿Es verídico el suceso? —preguntó Maggie White.

La mujer resultaba aburrida, pero su persona era una deliciosa invitación a la procreación. Los hombres que la miraban deseaban al instante cargarla con bebés. Sin embargo, todavía no había tenido ninguno. Hacía uso del control de natalidad.

—Claro que es verídico —aseguró Trout—. Si escribiera alguna falsedad e intentara venderla podrían meterme en la cárcel. Sería un fraude.

Maggie le creyó.

—Nunca había pensado en ello hasta ahora —dijo.

—Pues, a partir de ahora, piénselo.

—Es como anunciar. Cuando se anuncia algo debe decirse la verdad, o de lo contrario una se mete en líos.

—Exactamente. Podría aplicársele la misma ley.

—¿Nos pondrá usted en algún libro?

—En los libros siempre pongo todo lo que me ocurre.

—Así pues, deberé tener cuidado con lo que digo.

—Y más aún. Yo no soy el único que escucha. Dios también nos está escuchando.

Y en el día del Juicio nos va a pedir cuentas de todo lo que hemos dicho y hecho. Si hemos dicho cosas malas en lugar de buenas, peor para nosotros, porque nos quemaremos en el infierno por toda la eternidad. El fuego nunca dejará de atormentarnos.

La pobre Maggie se volvió de un color grisáceo. También le había creído en esto, y estaba petrificada.

Kilgore Trout reía estruendosamente. De pronto un huevo de salmón salió disparado de su boca y fue a caer en el escote de Maggie.

En aquel instante, un óptico pidió un momento de atención. Quería proponer un brindis para Billy y Valencia, puesto que era su aniversario. De acuerdo con lo planeado, el cuarteto de ópticos Los Bacos empezaron a cantar mientras los demás bebían y Billy y Valencia, radiantes, se abrazaban. Todo el mundo tenía los ojos brillantes. La canción era *Mi vieja pandilla*.

La letra decía: «...*daría el mundo entero por ver a mi vieja pandilla*», y cosas así. Y un poco más tarde: «*Hasta siempre, mis viejos camaradas y compañeros, hasta siempre, viejos amigos míos... Dios os bendiga...*» Y esas cosas.

Inesperadamente, Billy Pilgrim se sintió conmovido por la canción y el momento. El nunca había formado parte de una pandilla ni había tenido un viejo amigo, pero de todas maneras, a medida que el cuarteto hacía agonizar lentamente las últimas notas sentía nostalgia. Eran unas notas intencionadas y amargas, cada vez más amargas, insoportablemente amargas, que se diluían en un alargado acorde sofocantemente dulce, y luego otras notas amargas. El cambio de notas operaba en Billy reacciones psicósomáticas muy poderosas. La boca se le llenó de sabor a gaseosa, y el rostro se le volvió grotesco, como si realmente estuviera atado a una máquina de tortura llamada potro.

Su aspecto era tan extraño, que varias personas lo comentaron con solicitud, una vez terminada la canción. Pensaron que quizá le hubiera dado un ataque al corazón, y Billy parecía querer confirmarlo al dirigirse a una silla y sentarse con desmayo.

Hubo un silencio.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Valencia, inclinándose sobre él—. Billy... ¿Estás bien?

—Sí.

—¡Tienes un aspecto tan horrible!

—¿De veras...? Estoy perfectamente.

Y lo estaba, sólo que no podía encontrar explicación alguna al hecho de que la canción le hubiera afectado de una forma tan grotesca. Durante años había supuesto que no tenía secretos para sí mismo. Y ahora se encontraba ante la evidencia de que tenía un gran secreto escondido en alguna parte de su interior. Y ni tan siquiera podía imaginar de qué se trataba.

La gente, al ver que Billy empezaba a sonreír y que los colores volvían a sus mejillas, se fue alejando de su alrededor. Valencia se quedó junto a él, y Kilgore Trout, que se había mantenido al margen entre la multitud, se acercó ahora interesado.

—Parecía como si hubieras visto un *espíritu* —dijo Valencia.

—No —replicó Billy.

Lo único que había visto era lo que realmente tenía ante sí, las caras de los cuatro cantantes, aquellos cuatro hombres ordinarios que, con sus ojos vacunos, abstraídos y angustiados, oscilaban insistentemente entre la dulzura y la amargura.

—¿Puedo aventurar una opinión? —dijo Kilgore Trout—. Usted vio a través de una ventana del tiempo.

—¿Una qué? —preguntó Valencia.

—Súbitamente vio el pasado o el futuro. ¿Estoy en lo cierto?

—No —contestó Billy Pilgrim.

Se levantó, se puso la mano en el bolsillo, encontró la caja que contenía el anillo, la sacó y se la dio a Valencia con aire ausente. Hubiera querido dársela al final de la canción, cuando todo el mundo miraba. Ahora sólo Kilgore Trout estaba allí para verlo.

—¿Para mí? —preguntó Valencia.

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella.

Después lo repitió más fuerte, para que los demás la oyeran y se agruparan a su alrededor mientras abría la caja. Casi chilló cuando vio el zafiro en el centro del anillo, semejante a una estrella.

—¡Oh, Dios mío! —repitió, dándole un sonoro beso a Billy—. Gracias, gracias, gracias.

Entonces se habló, durante mucho rato, de las maravillosas joyas que Billy le había regalado a Valencia en sus aniversarios de matrimonio.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Maggie White refiriéndose al diamante que Billy había traído de la guerra—. Tienen el mayor diamante que he visto fuera del cine.

El fragmento de dentadura que había encontrado dentro de la cazadora, Billy lo guardaba dentro de su caja de gemelos, en el cajón del armario. Billy tenía una bonita

colección de gemelos.

Se había convertido en costumbre familiar el regalarle gemelos cada año en el Día del Padre. Ahora también llevaba unos gemelos del Día del Padre, que habían costado más de cien dólares. Estaban hechos con antiguas monedas romanas. Poseía otros que tenían forma de rueda de ruleta que además funcionaban, y otros que por un lado eran un termómetro y por el otro una brújula, ambos verdaderos.

Billy deambulaba por la fiesta intentando aparentar normalidad. No obstante, Kilgore Trout no le quitaba el ojo de encima, dispuesto a averiguar lo que Billy había sospechado o visto. Al fin y al cabo, la mayoría de novelas de Trout trataban de urdimbres del tiempo, de percepciones extrasensoriales o de otros hechos insólitos. Trout creía en cosas como éstas, y deseaba probar su existencia.

—¿Ha puesto alguna vez un espejo en el suelo y un perro encima de él? —preguntó Trout a Billy.

—No.

—El perro mirará hacia abajo, y de pronto se dará cuenta de que nada existe debajo de sus patas. Creerá que se mantiene en el aire y dará un enorme salto.

—¿De veras?

—Sí. Y ése es el aspecto que tiene usted ahora... Como si de pronto se hubiera dado cuenta de que se mantiene en el aire.

El cuarteto cantó de nuevo. Y Billy volvió a emocionarse. La experiencia quedaba definitivamente asociada con los cuatro hombres, no con la canción.

He aquí lo que cantaban ahora, mientras Billy se desgarraba interiormente:

*Once centavos cuesta el algodón y cuarenta la carne,
¿Puede un pobre, comer a esos precios?
Unos ruegan para que haga sol y otros para que llueva,
Las cosas irán de mal en peor hasta que nos volvamos locos.
Construí un bello bar y de marrón lo hice pintar
Pero al ponerle la luz todo se quedó hecho cenizas.
De nada nos sirve hablar si al fin siempre perdemos.
Once centavos cuesta el algodón y cuarenta la carne,
Once centavos cuesta el algodón y encima nos cargan de impuestos.
¡Ay nuestras pobres espaldas! ¿Cómo soportarán tamaña carga?*

Y cosas así.

Billy empezó a subir las escaleras interiores de su bella y blanca mansión.

Trout le hubiera seguido de buen grado, si su anfitrión se lo hubiera pedido. Billy se dirigió al cuarto de baño del piso superior. Estaba a oscuras. Entró y cerró la puerta con el pestillo. Palpó en la oscuridad y gradualmente, se fue dando cuenta de que no estaba solo. Su hijo también estaba allí.

—¿Papi...? —le llamó en la oscuridad.

Robert, el futuro Boina Verde, tenía entonces diecisiete años. A Billy le gustaba el muchacho pero no le conocía muy a fondo. Tenía la sospecha de que no había nada que conocer en Robert.

Billy encendió la luz. Su hijo estaba sentado en la taza del water, con los pantalones del pijama por debajo de las rodillas. Llevaba una guitarra que aquel mismo día le habían regalado. Todavía no sabía tocarla, y de hecho no llegaría a aprender nunca. Era de nácar rosado.

—Hola, hijo —dijo Billy Pilgrim.

Entonces se dirigió a su habitación, a pesar de que todavía quedaban invitados que atender en el piso de abajo. Se echó sobre la cama y enchufó los dedos mágicos. El colchón empezó a temblar, lo cual hizo salir a toda prisa de debajo de la cama a un perro. Era «Spot». Por aquel entonces, el viejo «Spot» todavía estaba vivo. El perro volvió a tumbarse en un rincón.

Billy pensó en el efecto que el cuarteto había ejercido sobre él y lo asoció con una experiencia que había vivido hacía ya mucho tiempo. No necesitó viajar por el tiempo hasta la experiencia pues la recordaba claramente. Sucedió de la siguiente forma:

Se encontraba en el almacén de carne, la noche en que Dresde fue destruida. Procedentes del exterior se oían unos ruidos parecidos a los pasos de un gigante. Era el estruendo que producían las bombas al estallar. Los gigantes caminaban y caminaban pero como el almacén de carne era un refugio muy seguro todo lo que lograban allí era provocar, de vez en cuando, una lluvia de cal. Con Billy sólo estaban los demás americanos, cuatro de los guardas se habían marchado en busca del calor de sus hogares, antes de que empezara el bombardeo. Todos morirían con sus familias.

Así fue.

Las muchachas que Billy había visto desnudas también morirían todas, dentro de

un refugio mucho menos seguro situado en la otra parte de los establos.

Así fue.

De vez en cuando un guarda subía hasta el principio de las escaleras para observar lo que sucedía en el exterior. Después volvía a bajar y murmuraba algo a los demás guardas. Fuera caía una tormenta de fuego. Dresde se había convertido en una gran llama, una llama única que consumía todo lo combustible.

No pudieron salir del refugio hasta media mañana del día siguiente. Cuando los americanos y sus guardas aparecieron, el cielo estaba negro de humo. El sol era un pequeño punto malhumorado. Dresde parecía un paraje lunar. No quedaba nada, excepto lo mineral. Las piedras estaban calientes. Todos habían muerto.

Así fue.

Los guardas se apretujaron entre sí instintivamente, recorriendo el terreno con sus ojos. Iban mudando continuamente de expresión sin decir palabra, a pesar de que de vez en cuando abrían la boca. Parecían un cuarteto vocal en una película muda.

—Hasta siempre —podrían haber cantado—, mis viejos camaradas y compañeros; hasta siempre viejos amigos míos... Dios os bendiga...

—Cuéntame una historia —le pidió en cierta ocasión Montana Wildhack a Billy Pilgrim, en el zoo de Tralfamadore.

Estaban en la cama uno junto al otro y disfrutaban de intimidad, pues la lona cubría la cúpula. Montana llevaba seis meses embarazada y estaba gorda y rolliza. De vez en cuando exigía perezosamente algunos pequeños favores a Billy. No podía pedirle helados o fresas, claro, ya que la atmósfera exterior de la cúpula era cianhídrica y además los helados o fresas más cercanos estaban a millones de años luz. Pero si podía mandarle a la nevera, que estaba decorada con una pareja montada en una bicicleta, o bien, como ahora, le podía rogar:

—Cuéntame una historia, Billy, muchacho.

—Dresde fue destruida la noche del 13 de febrero de 1945 —empezó Billy Pilgrim—. Salimos de nuestro refugio al día siguiente...

Le habló a Montana de los cuatro guardas que, en su aturdimiento y dolor, se habían parecido tanto al cuarteto de cantantes. Le contó cómo habían quedado los establos, totalmente destrozados, sin tejados ni ventanas. Y también le explicó cómo encontraron por doquier una especie de troncos abrasados que eran los restos de las personas calcinadas bajo la tormenta de fuego. Y así sucesivamente.

Luego Billy le habló de lo que había sucedido con los edificios que se reflejaban

en el horizonte como peñascos. Se habían derrumbado, la madera se había consumido y las piedras, al chocar unas contra otras, se habían partido hasta quedar convertidas en montones de ruinas.

—Parecía la Luna —dijo Billy Pilgrim.

Los guardas ordenaron a los americanos que formaran en fila de a cuatro y ellos obedecieron. Después les hicieron regresar a lo que había sido su hogar. El edificio estaba todavía en pie, pero no tenía ni ventanas ni tejado y en su interior no había otra cosa que cenizas y pequeños charcos de cristal fundido. Fue entonces cuando tuvieron conciencia de que no había ni agua ni comida, y de que los supervivientes, si querían continuar siéndolo, deberían recorrer una tras otra todas las colinas de aquella superficie lunar.

Y así lo hicieron.

Vistas a cierta distancia, las colinas eran bajas. Pero las personas que tuvieron que subirlas no tardaron en darse cuenta del error. El suelo se movía, estaba caliente, era poco estable. Debieron remover muchas ruinas para formar con ellas otras colinas más sólidas, pequeñas, sobre las que poder andar.

Durante el transcurso de la expedición que cruzó aquella luna, nadie dijo ni una palabra. No había nada que decir. Una cosa estaba bien clara: aparentemente todos, absolutamente todos los habitantes de la ciudad, habían muerto, y cualquier objeto que se moviera no representaba otra cosa que un defecto en el paisaje. En la Luna no había hombres.

Algunos aviones americanos atravesaron el espeso velo de humo para comprobar si algo se movía. Vieron a Billy y al resto del pelotón y les dispararon unas cuantas ráfagas. Pero no acertaron. Luego vieron a otras personas, en la orilla del río, y también les dispararon. Alguna bala dio en el blanco. Así fue.

Su idea era anticipar el fin de la guerra.

La narración de Billy terminaba a las afueras de Dresde, lejos del fuego y las explosiones. Al atardecer, los americanos y los guardas llegaron a una posada lista para recibir clientes. En la planta baja había una vela encendida, tres hogares que calentaban la estancia y mesas y sillas que esperaban a que alguien llegara. En el piso de arriba había camas, arregladas con su correspondiente cubrecama.

En el albergue sólo vivían un hombre ciego, su esposa, que era la cocinera, y sus dos jóvenes hijas, que trabajaban de camareras y doncellas. Toda la familia sabía que Dresde había desaparecido. Lo habían visto con sus propios ojos, todo fuego y más fuego, y comprendían que ahora se hallaban al borde de un desierto. Aun así habían abierto el albergue, lavado los pisos, dado cuerda a los relojes, encendido los hogares

y esperado a que alguien llegara.

Pasaban muy pocos refugiados procedentes de Dresde. Pero los relojes cantaban su tic-tac, el fuego chisporroteaba y las velas goteaban cera indiferentes. De pronto alguien llamó a la puerta, y entraron cuatro guardas y un centenar de americanos prisioneros de guerra.

El hombre del albergue preguntó a los soldados si venían de la ciudad.

—Sí.

—¿Viene alguien más?

Entonces los soldados contestaron que por la difícil ruta que habían seguido no habían visto ni un alma viviente.

El posadero ciego *dijo* que los americanos podían pasar la noche en el establo, y que además les daría sopa, un poco de café y cerveza. Después les acompañó al lugar para oír cómo se acostaban en la paja.

—Buenas noches, americanos —les dijo en alemán—. Que duerman bien.

He aquí cómo Billy Pilgrim perdió a su esposa, Valencia.

Cuando estaba inconsciente en el hospital de Vermont, después del accidente de aviación en el monte Sugarbush, Valencia, enterada del accidente, fue de Ilium al hospital conduciendo el Cadillac familiar, modelo «El Dorado Coupé de Ville». Valencia había sufrido una fuerte crisis de histerismo cuando, con toda franqueza, le notificaron que Billy podía morir y que, si se salvaba, su vida podía quedar reducida a un estado puramente vegetativo.

Adoraba a su esposo. Mientras conducía lloraba y gemía tan desesperadamente que perdió la dirección en plena calle. Pisó los potentes frenos de su coche y un Mercedes se le echó encima. A Dios gracias nadie se hizo daño, puesto que ambos conductores llevaban abrochado el cinturón de seguridad. A Dios gracias. El Mercedes sólo perdió una luz de situación. Pero la parte trasera del Cadillac parecía el aparato reproductor masculino después de una noche ajetreada. Su chasis se asemejaba a la boca de un tonto de pueblo explicando que no sabe nada de nada. Los guardabarros se habían encogido. El parachoques tenía los extremos izados, como brazos levantados clamando «¡Hurra por el presidente!». Y el cristal retrovisor estaba hecho añicos.

El conductor del Mercedes salió y se dirigió hacia Valencia para ver si se había hecho daño. Ella, histérica, solamente balbuceaba cosas sobre Billy y el accidente de aviación. Luego volvió a poner su coche en marcha y reemprendió el camino, dejando tras de sí un montón de chatarra.

Cuando llegó al hospital la gente se apresuró a salir a las ventanas para ver de dónde procedía tal ruido. El Cadillac, con ambos tubos de escape rotos, parecía un bombardero aterrizando sobre un ala. Valencia paró el motor y entonces, auténticamente deshecha, se desplomó sobre el volante. El claxon empezó a sonar con insistencia. Un médico y una enfermera salieron corriendo para ver lo que sucedía. La pobre Valencia estaba inconsciente a causa del monóxido de carbono. Su tez era ya de color azul celeste.

Murió una hora después. Así fue.

Billy no lo supo hasta más tarde. Soñaba, viajaba por el tiempo, y cosas así, en aquel hospital tan lleno de enfermos que no le fue posible tener una habitación para él solo. Compartía su habitación con un profesor de historia de Harvard, llamado Bertram Copeland Rumfoord, al que no veía, ya que éste estaba rodeado de biombos de lino blanco sobre ruedas de goma, pero al que sí oía hablar consigo mismo continuamente.

Rumfoord tenía la pierna izquierda en tracción. Se la había roto esquiando. Ya

había cumplido setenta años pero su cuerpo y su espíritu eran los de un hombre de mediana edad. Estaba en plena luna de miel con su quinta esposa cuando se fracturó la pierna. Ella se llamaba Lily. Lily tenía veintitrés años.

Más o menos a la misma hora en que se certificaba la muerte de Valencia, Lily entró en la habitación de Billy y de Rumfoord con los brazos cargados de libros. Rumfoord se los había hecho traer desde Boston. Estaba escribiendo un volumen sobre la historia de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Todos los libros hablaban de bombardeos y batallas campales ocurridas antes de que Lilly *viniera al mundo*.

—Sigan sin mí, muchachos —decía Billy Pilgrim, en su delirio, en el momento de entrar la bella Lily en la habitación.

Ella era *go-go girl* cuando Rumfoord la conoció y resolvió hacerla suya. No había pasado de la escuela superior. Su coeficiente de inteligencia era 13.

—Me asusta —murmuró al oído de su esposo, refiriéndose a Billy Pilgrim.

—A mí me saca de quicio —dijo enojado Rumfoord—. Entre sueños no hace más que abandonar, rendirse, pedir excusas y rogar que le dejen solo.

Rumfoord era general de brigada retirado de la Reserva de las Fuerzas Aéreas, oficial historiador de las Fuerzas Aéreas, un verdadero profesor, autor de veintiséis libros, multimillonario de nacimiento y uno de los más grandes campeones de regatas de todos los tiempos. Sus libros más populares trataban del sexo o de hazañas deportivas de hombres de más de sesenta y cinco años. Ahora citaba a Theodore Roosevelt, a quien se parecía mucho:

—Me atrevería a crear un hombre mejor esculpiendo un plátano.

Una de las cosas que Rumfoord había pedido a Lily que le trajera de Boston era una copia del discurso del presidente Harry S. Truman anunciando al mundo que se había lanzado una bomba atómica sobre Hiroshima. Cuando ella le entregó el comunicado, Rumfoord le preguntó si lo había leído.

—No.

Lily no leía bien, y ésta fue una de las razones por las que abandonó los estudios antes de terminar en la escuela superior.

Rumfoord la hizo sentar inmediatamente y leer el escrito de Truman. Ignoraba que ella leyese tan mal. En realidad, sabía muy poco de ella, a excepción de que le serviría para demostrar públicamente que era un superhombre.

Así pues, Lily se sentó e intentó leer lo de Truman:

«Hace dieciséis horas, un avión americano lanzó una bomba en Hiroshima, importante base del Ejército japonés. Dicha bomba era más potente que veinte mil toneladas de TNT, y dos mil veces más fuerte que el "Grand Slam" británico, que era la mayor bomba utilizada en la historia de la guerra.

»Los japoneses empezaron la guerra desde el aire en Pearl Harbour. Ahora han sido doblegados con aviones. Y el final aún no ha llegado. Esta bomba representa un nuevo y revolucionario sistema de destrucción que elevará el creciente poder de nuestros ejércitos. Estamos produciendo gran cantidad de este tipo de bombas y preparamos otras aún más potentes.

»Es una bomba atómica. El máximo exponente del poder básico universal. El principio mismo que produce la energía. Y ha sido utilizado contra aquellos que osaron empezar la guerra en el Lejano Oriente.

»Antes de 1939 ya era aceptada por los científicos la posibilidad teórica de aislar la energía atómica. Pero nadie sabía la forma de llevarla a la práctica. Sin embargo, en 1942 supimos que los alemanes estaban trabajando denodadamente para encontrar la forma de aplicar la energía atómica a todas las máquinas de guerra. Esperaban, con ello, esclavizar totalmente el mundo. Pero fracasaron. Debemos agradecer a la Providencia el que los alemanes consiguieran las V-1 y V-2 con retraso y en cantidades limitadas, pero debemos agradecerle mucho más el que no consiguieran la bomba atómica.

»La batalla científica es, para nosotros, tan arriesgada como las batallas terrestres, marinas o aéreas. Y esta vez hemos ganado en el laboratorio, al igual que lo hicimos en los demás campos.

»Estamos preparados para arrasar de una forma rápida y completa la totalidad de las industrias japonesas, se encuentren donde se encuentren. Destruiremos sus muelles, sus fábricas y sus medios de comunicación. No habrá error alguno; destruiremos totalmente el potencial bélico japonés. Eso evitará...»

Y así seguidamente.

Uno de los libros que Lily le había traído a Rumfoord era *La destrucción de Dresde*, de un inglés llamado David Irving. Era una edición americana publicada por Holt, Rinehart & Winston en 1964. Lo que Rumfoord quería sacar de él era parte del prefacio, escrito por sus amigos Ira C. Eaker, teniente general retirado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, y el mariscal de la Aviación Británica sir Robert Saundby.

«Me es difícil comprender a los ingleses y americanos que lloran por sus enemigos muertos y no son capaces de derramar una sola lágrima por nuestras

valientes tropas perdidas en combate frente a tan cruel enemigo —escribía su amigo el general Eaker—. Creo que cuando el señor Irving se puso a escribir su descripción de la terrorífica matanza de civiles en Dresde debía haber recordado que las V-1 y las V-2 caían a su vez sobre Inglaterra, matando hombres, mujeres y niños sin discriminación, tal como era su intención. Y tampoco estaría nada mal que recordaran Buchenwald y Coventry.»

El prefacio de Eaker terminaba así:

«Lamento profundamente que las bombas británicas y estadounidenses mataran a 135.000 personas en el bombardeo de Dresde, pero, recordando quién empezó la última guerra, lamento mucho más la pérdida de más de 5.000.000 de vidas aliadas en un grandioso esfuerzo por destruir completa y definitivamente el nazismo.»

Así era.

En cuanto al mariscal del Aire Saundby, decía, entre otras cosas:

«El bombardeo de Dresde fue una gran tragedia, nadie puede negarlo. Que fuera necesidad militar, pocos, después de leer este libro, lo creerán. Fue uno de esos casos terribles que a veces ocurren en tiempos de guerra, y que se producen a causa de una combinación desafortunada de circunstancias. Los que lo decidieron no eran ni ruines ni crueles, a pesar de que posiblemente se encontraran muy lejos de la dura realidad de la guerra para poder comprender plenamente el sorprendente efecto destructor de este bombardeo aéreo de la primavera de 1945.

»Los abogados del desarme nuclear, que creen que la guerra se transformará en algo tolerable y decente si alcanzan su ideal, harán bien en leer este libro y en sopesar el destino de Dresde, donde 135.000 personas murieron como resultado de un ataque aéreo con armamento convencional. Durante la noche del día 9 de marzo de 1945, otro ataque sobre Tokio, efectuado por bombarderos pesados americanos que utilizaban bombas explosivas e incendiarias, causó la muerte de 83.793 personas. La bomba atómica que cayó sobre Hiroshima mató a 71.379 personas.»

Así era.

—Si alguna vez van ustedes a Cody, Wyoming —decía Billy Pilgrim desde el otro lado de los biombos blancos—, no tienen más que preguntar por Wild Bob.

Lily Rumfoord se estremeció y continuó intentando la lectura de Harry Truman.

La hija de Billy, Barbara, llegó al caer la tarde. Se mantenía en pie gracias a las drogas. Tenía los mismos ojos vidriosos que el pobre Edgar Derby antes de ser fusilado en Dresde. Los médicos le habían recetado algunas píldoras para que pudiera continuar trabajando, a pesar de que su padre estaba hecho añicos y de que su madre había muerto.

Así era.

La acompañaban un médico y una enfermera. Su hermano Robert estaba volando

desde el campo de batalla del Vietnam hasta casa.

—¡Papá...! —dijo, probando—. ¿Papá...?

Pero Billy estaba a diez años de allí. Había retrocedido hasta 1958 y se encontraba examinando los ojos de un joven mongólico que necesitaba lentes correctoras adecuadas. La madre del idiota hacía de intérprete.

—¿Cuántas manchas ve usted? —le preguntaba Billy Pilgrim.

Y luego Billy viajó por el tiempo hasta que tenía dieciséis años y esperaba en la antesala de un consultorio médico. Se había infectado un pulgar. En la salita sólo había otro paciente esperando, un hombre viejo. El pobre anciano se sentía muy angustiado a causa de los tremendos gases que se le escapaban y de los eructos que echaba.

—Perdón —le dijo a Billy. Y volvió a hacerlo—. ¡Oh, Dios mío!, sabía que era malo volverse viejo. —Movié la cabeza—. Pero nunca imaginé que se tratara de esta clase de desgracia.

Billy Pilgrim abrió los ojos en el hospital de Vermont, sin saber dónde se encontraba. Su hijo Robert le observaba. Vestía el uniforme de los famosos Boinas Verdes. Llevaba el pelo corto y era del color del trigo. Robert iba limpio y aseado, guarnecido con un corazón púrpura, una estrella de plata y una doble estrella de bronce.

Este era el muchacho que había sido expulsado de la escuela superior, a los dieciséis años, por ser alcohólico y compañero de un puñado de gamberros que tumbaron cientos de lápidas en un cementerio católico. Ahora todo le iba bien. Tenía un porte excelente, sus zapatos brillaban, sus pantalones estaban bien planchados y era un dechado de virtudes.

—¿Papi...?

Billy Pilgrim cerró de nuevo los ojos.

Billy no pudo asistir a los funerales de su esposa porque todavía se encontraba muy débil. Pero sí estaba consciente cuando Valencia fue enterrada en el cementerio de Ilium. No había hablado demasiado desde que había recobrado el conocimiento, ni tampoco había reaccionado con viveza ante las noticias de la muerte de Valencia, de la vuelta a casa de Robert, de esas cosas. Así pues, todos creían que había quedado como un vegetal. Se habló de practicarle otra operación para mejorar la circulación del cerebro.

En realidad la apatía externa de Billy no era más que un velo. Con ella encubría las dotes de una mente llena de proyectos excitantes. Estaba preparando cartas y

conferencias sobre los platillos volantes, la intrascendencia de la muerte y la verdadera naturaleza del tiempo.

El profesor Rumfoord, convencido de que Billy ya no tenía sesos, decía cosas terribles de él mientras éste le escuchaba.

—¿Por qué no le dejan morir? —preguntó a Lily.

—No lo sé —contestó ella.

—Esto ya no es un ser humano. Los médicos son para los seres humanos. Deberían confiarlo a un veterinario o a un jardinero, son los únicos que pueden saber lo que hay que hacer en estos casos. ¡Fíjate en él! Eso es vida según la profesión médica. ¿Te parece una bonita manera de vivir?

—No lo sé —dijo Lily.

En cierta ocasión, Rumfoord estaba hablando con Lily del bombardeo de Dresde y Billy les escuchaba. Rumfoord tenía un problema con Dresde. Su volumen de la historia de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial pretendía ser un resumen más legible que los veintisiete tomos de la *Historia Oficial de las Fuerzas Aéreas en la Segunda Guerra Mundial*. Ahora bien, curiosamente, en aquellos veintisiete tomos casi no se hablaba del bombardeo de Dresde, a pesar de la importancia del suceso. El alcance de la catástrofe había sido, durante muchos años, un secreto para los americanos. Naturalmente no lo fue nunca, en cambio, para los alemanes, ni para los rusos, que ocuparon Dresde después de la guerra, y que todavía permanecen allí.

—Finalmente, los americanos se han enterado de lo de Dresde —decía Rumfoord, veintitrés años después del bombardeo—. Ahora empiezan a saber que fue mucho peor que lo de Hiroshima. Por lo tanto debo poner algo de ello en mi libro. Desde el punto de vista de las Fuerzas Aéreas, será completamente nuevo.

—¿Por qué lo han mantenido en secreto durante tanto tiempo? —preguntó Lily.

—Por temor a que muchos corazones se conmovieran —explicó Rumfoord—, y pudieran pensar que no todo lo que hicimos había sido tan maravilloso.

Fue entonces cuando Billy Pilgrim empezó a hablar coherentemente.

—Yo estuve allí —dijo.

A Rumfoord le era difícil tomarse en serio a Billy. Tanto tiempo le había considerado como un ser inexistente, al que más le hubiera valido estar muerto, que ahora que Billy hablaba con claridad, Rumfoord hubiera preferido ver sus palabras convertidas en una lengua tan extraña que ni valiera la pena entender.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rumfoord.

Lily hizo de intérprete.

—Dice que él estuvo allí —explicó.
—¿Que él estuvo dónde?
—No lo sé. —Y Lily le preguntó a Billy—: ¿Dónde estuvo usted?
—En Dresde —contestó Billy.
—En Dresde —le transmitió Lily a Rumfoord.
—Está repitiendo simplemente lo que decimos —dijo Rumfoord.
—¡Oh! —suspiró Lily.
—Ahora tiene «ecolalia».
—¡Oh!

La ecolalia es una enfermedad, mental que consiste en repetir lo que se oye inmediatamente después de haberlo oído. Pero Billy no sufría tal enfermedad. Rumfoord insistía en ello para su propia comodidad. Prefería que Billy la tuviera. Rumfoord pensaba al estilo militar: toda persona que estorba, o que sería preferible ver muerta por razones prácticas, sufre una enfermedad repulsiva.

Rumfoord continuó insistiendo durante varias horas en que Billy tenía ecolalia. Y así se lo dijo a las enfermeras y al médico. Entonces le hicieron varios exámenes, intentando que Billy repitiera algunas cosas, pero no respondía a sus deseos.

—Ahora no lo hace —decía Rumfoord, malévolamente—. Pero inmediatamente después que ustedes se vayan volverá a las andadas.

Nadie tomó en serio el diagnóstico de Rumfoord. El personal tenía a Rumfoord por un hombre odioso, despreciable y cruel. A menudo les decía, de una forma u otra, que un hombre débil merecía la muerte. Se lo decía a ellos, a todo aquel personal que dedicaba por entero su vida a la idea de que las personas débiles son las que necesitan más ayuda, y de que nadie debe morir.

Allí, en el hospital, Billy estaba viviendo una aventura muy común entre la gente sin autoridad alguna en tiempos de guerra: estaba intentando probar a un enemigo voluntariamente ciego y sordo que él era alguien interesante de ver y escuchar. Se mantuvo en silencio hasta que apagaron las luces por la noche y entonces, cuando hubo pasado un largo rato de silencio, sin nada que repetir, le dijo a Rumfoord.

—Yo estuve en Dresde cuando fue bombardeada. Era prisionero de guerra.

Rumfoord suspiró con impaciencia.

—Palabra de honor —dijo Billy Pilgrim—. ¿Me cree usted?

—¿Debemos hablar de eso ahora? —dijo Rumfoord.

Le oía y no lo creía.

—No tenemos por qué hablar de eso nunca —repuso Billy—. Sólo quiero que lo sepa: que yo estaba allí.

Aquella noche no volvieron a hablar de Dresde. Billy cerró los ojos y viajó por el tiempo hasta una tarde de mayo, en Europa, dos días después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Billy y cinco prisioneros más, americanos, montaban en una carreta de color verde y en forma de ataúd que habían encontrado abandonada junto con dos caballos en un suburbio de Dresde. Atravesaban la ciudad siguiendo pequeños senderos abiertos entre aquellas ruinas que parecían la luna. Regresaban al matadero en busca de recuerdos de guerra. Billy recordó el sonido de los caballos del lechero, en su infancia en Ilium.

Iba sentado en la parte posterior de la carreta-ataúd con la cabeza echada hacia atrás y las fosas nasales dilatadas. Se sentía feliz. No tenía frío. En la carreta llevaba comida y vino, un aparato fotográfico, una colección de sellos, un mochuelo disecado y un reloj de pared que funcionaba por el efecto de las variaciones de la presión atmosférica. Los americanos habían saqueado las casas abandonadas de los suburbios, tomando todas esas cosas y muchas más.

Los propietarios de dichas casas, al saber que los rusos se acercaban matando, robando, violando y quemando, habían huido.

Pero los rusos no habían llegado todavía, aun cuando hacía ya dos días que había terminado la guerra. Y las ruinas de la ciudad estaban en paz. Billy solamente encontró una persona en su camino hacia el matadero. Era un viejo que empujaba un cochecito de niño, con botes, tazas, el armazón de un paraguas y alguna otra cosa que había encontrado.

Cuando llegaron al matadero Billy no bajó de la carreta. Prefirió tomar el sol. Los demás fueron a la caza de recuerdos. Más tarde, los tralfamadorianos enseñarían a Billy que lo importante era concentrarse tan sólo en los momentos felices de la vida ignorando los desdichados, disfrutar de las cosas bonitas puesto que no podían ser eternas. Si tal selección fuera posible —pensaría Billy muchos años después—, habría escogido como el momento más feliz de su vida aquel en que tomaba el sol dormitando en la parte trasera de una carreta de color verde y en forma de ataúd.

Billy Pilgrim iba armado por primera vez desde el período de instrucción. Sus compañeros habían insistido en que se proveyera de alguna arma, pues sólo Dios sabía con qué clase de asesinos se podría encontrar en aquella superficie lunar. Perros rabiosos, montones de ratas gordas e hinchadas de tantos cadáveres, locos y criminales fugados, soldados que no cesarían de matar hasta estar muertos...

Llevaba una pistola tremenda en su cinturón. Era una reliquia de la Primera

Guerra Mundial. Tenía una anilla en el extremo del cañón y cargaba balas del tamaño de un huevo de petirrojo. La había encontrado sobre la mesa de una casa. Estas son las gangas que se encuentran al final de una guerra: todo aquel que quiere un arma puede conseguirla; sobran en todas partes. Billy también tenía un sable. Era un sable de ceremonias de la Luftwaffe cuyo mango estaba adornado con un águila que portaba una esvástica y miraba hacia abajo. Billy lo había encontrado clavado en un poste de teléfonos. Lo cogió al pasar a su lado con la carreta.

Empezaba a recobrar la conciencia y a despertar de su somnolencia cuando oyó a un hombre y a una mujer hablando alemán en tono lastimero. Estaban compadeciendo a alguien. Antes de abrir los ojos a Billy le pareció que aquel tono de voz podría haber sido el de los amigos de Jesús cuando desclavaron de la cruz su cuerpo destrozado.

Entonces abrió los ojos y vio a un hombre de mediana edad y a su esposa hablando a los caballos. Se habían dado cuenta de lo que los americanos ignoraban, a saber: que los pobres animales perdían sangre por la boca, tenían las pezuñas partidas —lo que hacía que cada paso fuera una agonía para ellos— y además estaban muertos de sed. Los americanos habían tratado a su medio de transporte como si no fuera más sensible que un Chevrolet de seis cilindros.

Las dos personas que se compadecieron de los caballos dieron la vuelta a la carreta hasta descargar sobre Billy todos sus reproches, precisamente sobre Billy, que era tan larguirucho y débil y que estaba tan ridículo con su toga azul celeste y sus botas plateadas. A él no le temían. De hecho, ya no le temían a nada. Ambos eran médicos, ginecólogos, que habían ayudado a traer hijos al mundo hasta que fueron incendiados todos los hospitales. Ahora se habían retirado a lo que anteriormente fuera su casa.

La mujer era delicadamente hermosa, casi transparente por haber comido patatas durante mucho tiempo. El hombre llevaba un traje de calle con pajarita y todo, era tan alto como Billy y tenía un aspecto macilento, obra de las patatas sin duda, y llevaba lentes de montura metálica trifocales. Esta pareja tan relacionada con los bebés no se había reproducido, a pesar de que tenía todas las facilidades para hacerlo. En realidad, su punto de vista con respecto a la procreación en general era muy curioso e interesante...

Entre los dos hablaban nueve lenguas. Primero intentaron hablar a Billy en polaco, basándose en que iba vestido como un payaso (los desdichados polacos fueron los payasos involuntarios de la Segunda Guerra Mundial). Pero el americano no entendió nada.

Luego fue Billy quien les preguntó, en inglés, qué era lo que querían. Al momento ambos le reprendieron, también en inglés, por las condiciones en que se encontraban los caballos. Le hicieron bajar de la carreta para que los viera, y se

quedaron sorprendidos cuando le vieron echarse a llorar ante el estado de su medio de transporte. Durante toda la guerra, nada había conseguido hacerle llorar.

Años más tarde, cuando Billy era ya un óptico de mediana edad, lloraría muchas veces, silenciosa e íntimamente. Por ello, el epígrafe de este libro bien podría ser la cuarteta de un famoso villancico. Porque Billy lloraba suavemente, aunque a veces el motivo de su pena bien mereciera un buen llanto. Era en este aspecto, por lo menos, en lo que se parecía al Cristo del villancico:

*El ganado muge,
El niño se agita,
Pero Jesusito,
Ni llora ni grita.*

Billy viajó por el tiempo hasta el hospital de Vermont. Acababa de almorzar y ya habían retirado las bandejas vacías. El profesor Rumfoord empezaba a interesarse por él como ser humano, aunque con escepticismo. Rumfoord le hacía preguntas de forma grosera pero satisfecho en el fondo de que Billy hubiera estado realmente en Dresde. Le preguntó qué aspecto tenía aquello y Billy le habló de los caballos y del matrimonio que deambulaba por aquella luna.

La historia terminó de esta forma. Billy, ayudado por los médicos, despojó a las bestias de sus guarniciones. Pero los caballos no hicieron ni un solo paso para huir. Las patas les dolían demasiado. Entonces llegaron los rusos y arrestaron a todo el mundo menos a los caballos.

Dos días después Billy fue entregado a las autoridades americanas, que le embarcaron hacia casa en un lento mercante llamado *Lucretia A. Mott*. Lucretia A. Mott había sido una famosa sufragista americana. Por entonces ya estaba muerta. Así era.

—Tenía que hacerse —le dijo Rumfoord a Billy refiriéndose a la destrucción de Dresde. —Lo sé —dijo Billy. —Es la guerra.

—Lo sé. No me quejo.

—Aquello debió de ser el infierno en la tierra.

—Lo fue.

—Compadezco a los hombres que tuvieron que hacerlo.

—Yo también.

—Sus sentimientos debían de ser muy complejos cuando se encontraba allí.

—No, todo estaba bien —concluyó Billy—. Todo está bien, y todo el mundo tiene que hacer exactamente lo que hace. Aprendí eso en Tralfamadore.

Aquel mismo día su hija se lo llevó a casa, lo metió en la cama y le enchufó los dedos mágicos. Iba a cuidarle una enfermera titulada. Billy no podría trabajar, ni salir de su casa, durante cierto tiempo. Estaba bajo observación.

Pero, aprovechando un momento de distracción de la enfermera, Billy se escapó. Se fue a la ciudad de Nueva York en su coche, confiando en aparecer ante las cámaras de televisión. Sentía necesidad de hablar al mundo de las lecciones aprendidas en Tralfamadore.

Al llegar a Nueva York Billy Pilgrim se hospedó en el Hotel Royalton, sito en la calle Cuarenta y Cuatro. Por casualidad le dieron una habitación que mucho antes había pertenecido a George Jean Nathan, crítico y editor que, según el concepto terrestre del tiempo, había muerto en 1958. Sin embargo, según el concepto tralfamadoriano, Nathan estaba todavía vivo en alguna parte, y siempre lo estaría.

La habitación era pequeña y sencilla, pero, como estaba en el último piso, tenía unas cristalerías que daban a una terraza tan espaciosa como la misma habitación. Y más allá de la barandilla de la terraza, la espesa atmósfera de la calle Cuarenta y Cuatro ascendía al cielo. Billy se asomó y contempló a la gente que se movía de un lado para otro, allí abajo. Parecían pequeñas tijeras saltarinas. Era muy divertido.

La noche era fría. Al cabo de un rato, Billy entró y cerró las puertas tras de sí. Al hacer este gesto se acordó de su luna de miel. También había cristalerías en su nidito amoroso de Cape Ann. Todavía estarían allí. Siempre estarían allí.

Billy conectó el televisor haciendo girar el selector en busca de un programa al que le fuera permitido presentarse. Pero aún era temprano para los programas en los que se permitía hablar a las personas con ideas extravagantes. Habían sonado las ocho de la tarde y todos los programas hablaban de tonterías o asesinatos. Así era.

Billy abandonó su habitación, bajó en el ascensor, anduvo hasta Times Square y se detuvo ante el escaparate de una librería. Tras el cristal había cientos de libros, desde novelas pornográficas y policíacas hasta una guía urbana de Nueva York y una réplica de la Estatua de la Libertad con un termómetro encima. También se encontraban en el escaparate, metidas entre toda aquella porquería, cuatro ediciones baratas de las novelas del amigo de Billy, Kilgore Trout.

Detrás de él, en la fachada de un edificio, iban apareciendo, en luces de colores, las noticias del día. El cristal del escaparate reflejaba los letreros. Hablaban de política, de deportes, de pleitos y de muertes. Así era.

Billy entró en la librería.

Al fondo del establecimiento había una puerta, y sobre ella un cartel indicaba que sólo se permitía la entrada a los adultos. En el interior de aquella trastienda, unas máquinas proyectaban películas de jóvenes de ambos sexos, desnudos. Un minuto de espectáculo costaba veinticinco centavos. También vendían fotos de personas desnudas para que uno se las pudiera llevar a casa. Las fotos eran mucho más tralfamadóricas que el cine, ya que podían mirarse en cualquier momento y sin que se alterara su imagen. Dentro de veinte años las muchachas allí representadas aún estarían jóvenes y sonrientes, o quizá simplemente mirarían con expresión estúpida, con sus piernas abiertas de par en par. Algunas comían caramelos o plátanos, y siempre los estarían comiendo. Y los sexos de los muchachos continuarían por siempre semierectos; y sus músculos abultarían como balas de cañón.

Pero a Billy no le atraía la trastienda de la librería. A él le excitaban las novelas de Kilgore Trout. Los títulos eran nuevos para él, o al menos así lo creyó. Abrió uno. Le pareció que podía hacerlo, allí todo el mundo manoseaba a sus anchas. El título del libro era *El gran tablero*. Leyó algunos párrafos y descubrió que ya lo había leído, hacía cosa de un año. Trataba de un hombre y una mujer terrícolas que habían sido raptados por seres extraterrestres y exhibidos en un zoo de un planeta llamado Zircon-212.

La ficticia pareja disponía en el zoo del lejano planeta de un gran tablero que contenía las fluctuaciones de los precios del mercado, las alzas y las bajas de todos los valores de la Bolsa, un receptor de noticias y un teléfono, todo ello aparentemente conectado con la Tierra. Las criaturas del Zircon-212 habían regalado a sus cautivos un millón de dólares para que, desde allí, lo invirtieran en la Tierra, asegurándoles que les sería permitido manejarlos a su antojo, de modo que podrían ser fabulosamente ricos cuando volvieran a su planeta.

Naturalmente, el teléfono, el tablero y el receptor de noticias eran falsos. Eran simples estimulantes para que los terrícolas se mostraran más vivos y animados ante las multitudes del zoo. Así pues, tan pronto saltaban de alegría como chillaban, se tiraban de los pelos, se morían de miedo o se sentían contentos y satisfechos como un bebé en brazos de su madre.

Los terrícolas hacían muy bien su papel. Y como, naturalmente, todo formaba parte del espectáculo, la religión también estaba mezclada en ello. Recibían noticias de que el Presidente de Estados Unidos había declarado una Semana Nacional de Oración solicitando que todo el mundo rezara. Hacía poco que los terrícolas habían perdido una pequeña fortuna en aceite de oliva. Por lo tanto se dedicaron a rezar con gran fervor. Surtió efecto y el aceite de oliva subió.

Otro de los libros de Kilgore Trout que estaba en el escaparate trataba de un hombre que construyó una máquina del tiempo para retroceder hasta poder ver a Jesús. La máquina funcionó y vio a Jesús cuando éste tan sólo tenía doce años. Su padre le enseñaba el oficio de carpintero.

Un día, dos soldados romanos entraron en el taller y le mostraron el plano dibujado en papiro de un trabajo que necesitaban a la mañana siguiente. Era una cruz que tenían que utilizar para la ejecución de un rebelde.

Jesús y su padre la construyeron. Estaban contentos de tener trabajo. Y el rebelde fue ejecutado sobre ella.

Así fue.

Los que atendían la librería parecían quintillizos. Eran cinco hombres bajitos y calvos, que mordían otras tantas colillas apagadas y húmedas. Nunca sonreían. Permanecían sentados en sus taburetes y se enriquecían con su negocio de prostitutas de papel y celuloide. Ellos no buscaban diversión alguna. Billy Pilgrim tampoco. En cambio, todos los demás sí. Era una tienda ridícula: sólo comerciaba con el amor y la reproducción.

De vez en cuando los dependientes le decían a alguien que comprara o se largara, que ya bastaba de mirar y sólo mirar, de manosear y nada más que manosear. Había personas que se observaban las unas a las otras en lugar de mirar la mercancía.

Un dependiente se acercó a Billy y le aconsejó que fuera a la trastienda, que todo lo bueno estaba allí y que los libros que Billy miraba no eran más que una fachada para el escaparate.

—¡Por Dios, eso no es lo que usted desea! —le dijo a Billy—. Lo que usted busca está allí detrás.

Así pues, Billy se dirigió hacia el fondo de la librería pero no llegó a penetrar en el reservado para adultos. Su mente estaba ausente, se había movido tan sólo por cortesía, llevándose consigo el libro de Trout, el que hablaba de Jesús y la máquina del tiempo.

En dicho libro el viajero del tiempo retrocedía hasta los tiempos bíblicos para averiguar una cosa en concreto: si Jesús había muerto en realidad sobre la cruz o bien lo habían bajado todavía vivo y se había recuperado. El héroe se llevaba consigo un estetoscopio.

Billy pasó las páginas hasta llegar al final del libro, cuando el héroe se mezclaba con la multitud que bajaba a Jesús de la cruz. El viajero del tiempo era el primero en subir la escalerilla, vestido con un traje de la época. Y al llegar arriba se pegaba a Jesús para que la gente no le viera usar el aparato, y le auscultaba.

En el interior de la macilenta cavidad de aquel pecho no se oía nada. El Hijo de

Dios estaba tan muerto como un picaporte.

Así era.

Entonces, el viajero del tiempo, cuyo nombre era Lance Corwin, aprovechaba para medir el cuerpo de Jesús. Medía un metro sesenta centímetros. El peso no pudo averiguarlo.

Otro dependiente se acercó a Billy para preguntarle si deseaba comprar el libro o no, y éste contestó que sí. Estaba de espaldas a una estantería de libros sobre la historia de los contactos oral-genitales desde el antiguo Egipto hasta nuestros días, cosas de ésas. Así pues, el dependiente supuso que Billy había estado leyendo alguno de estos libros. Pero quedó estupefacto cuando vio cuál era el libro que tenía entre las manos.

—¡Dios mío! ¿De dónde sacó esto? —exclamó.

Y cosas así.

Y fue y les dijo a los demás dependientes que aquel pervertido quería comprar uno de los elementos de camuflaje del escaparate. Los otros, que ya lo habían notado, le observaban como a un bicho raro.

La caja registradora ante la que Billy esperaba que le devolvieran el cambio estaba cerca de un montón de revistas femeninas. Miró de reojo una de ellas y leyó en la cubierta la siguiente frase: «¿*Qué ha sido de Montana Wildhack?*»

El, Billy, sabía con certeza dónde estaba Montana Wildhack. Se había quedado en Tralfamadore, cuidando del bebé.

Leyó la revista, que se titulaba *Garitos de Medianoche*, y se sorprendió ante la afirmación de que Montana se encontraba sumergida a cincuenta metros de profundidad en las salobres aguas de la bahía de San Pedro, vistiendo un chaleco de cemento.

Así era.

Pero él no lo creyó. Es más, estuvo a punto de echarse a reír. La revista, que estaba editada totalmente por hombres, alargaba la historia buscando tema para incluir algunas fotos de las películas que Montana había rodado en sus primeros años de estrella. Billy no las vio bien. Eran unas fotos grises y confusas. Podrían haber sido de cualquier mujer.

De nuevo le orientaron hacia la trastienda, y esta vez entró. Un marinero se alejaba de una máquina de cine que todavía estaba en marcha. Billy miró y allí se encontró con Montana Wildhack, sola en una gran cama, pelando un plátano. Billy no deseaba ver la continuación, por lo que aprovechó la invitación de un dependiente

que le importunaba para que se acercara a ver algo realmente bueno que tenía escondido bajo el mostrador.

Billy sintió algo de curiosidad por ver qué podían esconder en un lugar semejante. Y el dependiente se lo mostró. Era una fotografía con una mujer y un potrillo de Shetland. Intentaban realizar el acto sexual entre dos columnas dóricas, frente a una cortina de terciopelo llena de globitos colgantes.

Billy no se presentó ante las cámaras de la televisión aquella noche, pero sí que acudió a un programa radiofónico abierto al público. Cerca de su hotel había una emisora de radio. Vio un rótulo muy llamativo sobre la puerta del edificio y entró. Subió al estudio en un ascensor automático y allí pensaron que Billy era uno de los convocados para hablar de si la novela era o no una cosa muerta. Así era.

Billy se sentó, como los demás, alrededor de una mesa de roble. Frente a su nariz tenía un micrófono para él sólo. El locutor le preguntó su nombre y el periódico que representaba. Billy dijo que era de la *Ilium Gazette*.

Se sentía nervioso y feliz. «Si alguna vez vas por Cody, Wyoming —se dijo—, pregunta por Wild Bob.»

Ya al principio del programa Billy levantó la mano, pero no fue atendido inmediatamente. Había otros antes que él. Uno de ellos opinó que ahora era un buen momento para enterrar la novela, precisamente ahora que un virginiano, cien años después de Appomattox, había escrito *La cabaña del Tío Tom*. Otro dijo que la gente ya no sabía leer lo suficientemente bien como para poder imprimir las situaciones excitantes en sus cerebros, de manera que a los escritores no les tocaba más remedio que hacer lo que había hecho Norman Mailer, o sea, representar en público lo que había escrito. Luego, el locutor pidió a los periodistas su opinión sobre el papel que la novela podía representar en la sociedad moderna. Uno dijo:

—Puede representar el toque de color en una habitación de paredes blancas.

Y otro:

—Puede enseñar a las esposas de los ejecutivos novatos lo que deben comprar y cómo han de comportarse en un restaurante francés.

Finalmente, le concedieron la palabra a Billy. Y empezó, con aquella maravillosa voz que tanto había estudiado, a hablar de los platillos volantes y de Montana Wildhack, etc.

Mientras programaban un anuncio Billy fue expulsado del estudio muy amablemente. Regresó a su habitación del hotel. Puso un cuarto de dólar en la máquina de los dedos mágicos conectada a su cama, y se durmió. Viajó por el tiempo hasta Tralfamadore.

—¿Otra vez viajando por el tiempo? —le preguntó Montana cuando llegó.

En la cúpula se había hecho la noche artificial. Ella estaba amamantando al

pequeño.

—¿Eh? —se sorprendió Billy.

—Has vuelto a viajar en el tiempo. Lo sé.

—Hummm.

—¿Dónde fuiste esta vez? A la guerra no. También lo sé.

—A Nueva York.

—¡La Gran Manzana!

—¿Eh?

—Así es como llaman a Nueva York.

—¡Oh!

—¿Viste algún espectáculo o alguna película?

—No, me di una vuelta por Times Square y compré un libro de Kilgore Trout.

—¡Vaya suerte! —Ella no compartía su entusiasmo por Kilgore Trout.

Luego Billy mencionó, como por casualidad, que también había visto parte de una triste película que ella había protagonizado. La respuesta de Montana no fue menos casual. Era ya tralfamadoriana y estaba libre de sentimientos de culpabilidad.

—Sí —dijo ella—. He oído hablar de cuando estuviste en la guerra, de que parecías un payaso. Y también he oído hablar del profesor de escuela superior que fue fusilado. Fue él quien protagonizó una película muy triste, con un pelotón de ejecución.

Separó al bebé de un pecho y lo puso en el otro. El momento estaba estructurado así, y así tenía que hacerlo.

Hubo un silencio.

—Ya vuelven a jugar con los relojes —dijo Montana, levantándose y arreglando la cuna para el pequeño.

En efecto, sus guardianes estaban jugando a adelantar y atrasar los relojes eléctricos. Lo hacían continuamente, pues así podían observar a la pequeña familia terrícola a través de los pequeños agujeros.

Alrededor del cuello, Montana Wildhack llevaba una cadenilla de plata de la que colgaba, entre sus senos, un relicario. Era una fotografía de su alcohólica madre, que más bien parecía un trozo de papel sucio y rayado. La foto podría haber sido de cualquiera. En el reverso del relicario, estaban grabadas estas palabras:

*«Concédeme, Señor, serenidad
para aceptar las cosas que no puedo cambiar,
valor para cambiar las que sí puedo, y
sabiduría para distinguir las unas de las otras.»*

Robert Kennedy, cuya casa de veraneo está a unos doce kilómetros de mi residencia habitual, sufrió un atentado hace dos noches. Murió anoche. Así fue.

Martin Luther King sufrió un atentado hace un mes. También murió. Así fue.

Y cada día, mi gobierno me pasa cuentas de los cadáveres logrados por la ciencia militar en Vietnam. Así es.

Mi padre, que murió hace muchos años por causas naturales, era un hombre tranquilo. Tenía una importante colección de armas de fuego y me la legó. Se están enmohecendo.

En Tralfamadore, según dice Billy Pilgrim, a nadie le interesa Jesucristo. La figura terrestre que más se compenetra con la mentalidad tralfamadoriana es Charles Darwin, quien enseñó que los que mueren están hechos para morir, y que cada cadáver es un progreso.

La misma idea aparece en *El gran tablero*, de Kilgore Trout. Las criaturas del platillo volante que capturan al héroe de Trout le preguntan por Darwin. Y también le preguntan por el golf.

Si es cierto lo que Billy Pilgrim aprendió de los tralfamadorianos —que siempre viviremos—, no importa lo muertos que algunas veces parezcamos estar. No es que la idea me seduzca, la verdad. Pero, sea como fuere, si resulta cierto que me voy a pasar la eternidad visitando momentos y más momentos, me siento agradecido de que haya tantos momentos buenos.

Uno de los mejores que recientemente he vivido ha sido mi viaje a Dresde con mi viejo camarada de guerra, O'Hare.

Tomamos un avión húngaro en Berlín Oriental. El piloto llevaba un gran mostacho, se parecía a Adolph Menjou y fumaba un cigarro habano mientras cargaban el avión de combustible. Cuando el avión despegó, nadie ordenó que nos pusiéramos los cinturones.

Luego, una azafata nos sirvió pan de centeno, queso, mantequilla y vino blanco. Mi mesilla plegable no quería abrirse. Entonces la azafata fue en busca de una herramienta y regresó con un abrelatas. Logró arreglar la mesilla.

Aparte de O'Hare y yo, en el avión sólo iban seis pasajeros. Hablaban distintas lenguas y también se lo pasaban bien. A nuestros pies estaba Alemania Oriental, con las luces encendidas. Me imaginé a mí mismo lanzando bombas hacia aquellas luces, aquellos pueblos y aquellas ciudades.

O'Hare y yo jamás confiamos en hacer dinero, y he aquí que los dos nos encontramos en buena posición.

—Si alguna vez vas por Cody, Wyoming —le dije perezosamente—, pregunta por Wild Bob.

O'Hare llevaba consigo una pequeña libreta de notas donde venían las tarifas postales, las distancias en avión, las altitudes de los montes más importantes y otros datos de interés internacional. Ahora buscaba la cantidad de habitantes que tenía Dresde, pero no estaba en la agenda. En cambio, encontró esto, que me dio a leer:

«En el mundo nacen un promedio de 324.000 niños por día. Al mismo tiempo mueren, aproximadamente: unas 10.000 personas de hambre o por deficiencias de nutrición y otras 123.000 por otras causas. Así pues, resulta que cada día hay en el mundo 191.000 personas más. El Departamento de Estadísticas de Población predice que la población total del mundo sobrepasará los 7.000.000.000 antes del año 2000.»

—Supongo que todos exigirán un mundo digno —dije.

—Supongo —convino O'Hare.

Mientras tanto, Billy Pilgrim también estaba viajando por el tiempo hacia Dresde. Pero no en el tiempo presente. Había retrocedido hasta 1945, dos días después de que la ciudad fuera destruida. Ahora Billy y el resto de los americanos caminaban hacia las ruinas, conducidos por guardianes. Yo estaba allí. O'Hare también estaba. Habíamos pasado las dos noches anteriores en el establo del albergue del ciego. Las autoridades nos encontraron allí y nos ordenaron lo que teníamos que hacer. Debíamos conseguir de nuestros vecinos picos, palas y toda clase de herramientas para cavar. Con estos utensilios fuimos hacia las ruinas, dispuestos a trabajar donde nos mandaran.

Los principales caminos que conducían a las ruinas estaban cortados por barricadas.

Allí detenían a los alemanes. No se les permitía explorar aquella luna suya.

Prisioneros de guerra de muchos países se encontraron aquella mañana en tal o cual lugar de Dresde. Habían decretado que se cavara para rescatar los cadáveres. Así pues, empezamos a trabajar.

Billy se encontró cavando una fosa junto a un maorí, que había sido capturado en Tobruk. El maorí era del color del chocolate y llevaba tatuajes en forma de espiral en la frente y las mejillas. Billy y el maorí removían la inerte y seca tierra de aquella luna.

Los materiales estaban descompuestos. Continuamente había desprendimientos.

Se hicieron muchas fosas al mismo tiempo. Nadie sabía aún, en realidad, lo que teníamos que encontrar. La mayoría de agujeros no conducían a nada, o quizá a un pavimento o a una piedra tan grande que no podía moverse. No teníamos maquinaria. Ni siquiera caballos o mulas o bueyes con los que cruzar aquella superficie lunar.

Billy y el maorí, con la ayuda de otros prisioneros, hicieron un gran hoyo. Al fin, encontraron una techumbre de vigas de madera entrelazadas que, cubierta de piedras, formaba una cúpula accidental. Hicieron un agujero en la cúpula y se encontraron con que debajo sólo había un gran espacio a oscuras.

Un soldado alemán bajó a la oscuridad con una linterna, y desde dentro le dijo a su oficial que allí había docenas de cadáveres. Estaban sentados en los bancos. Quietos para siempre.

Así era.

El oficial mandó ensanchar la abertura de la cúpula e hizo colgar del agujero una escalerilla para poder sacar los cadáveres. Así se encontró la primera mina de cadáveres de Dresde.

Había centenares de refugios llenos de cadáveres esparcidos por todas partes. Al principio no olían mal, eran como personajes de un museo de cera. Pero después los cuerpos empezaron a corromperse y a descomponerse, y su hedor era parecido al del gas de mostaza y rosas.

Así era.

El maorí que había estado trabajando con Billy murió después de que le ordenaron bajar a uno de aquellos pozos para que trabajara allí. Se quedó hecho añicos de tanto vomitar.

Así fue.

Tuvieron que inventar una nueva técnica. No izaron más cadáveres. Los soldados, provistos de antorchas, los quemaban en el mismo sitio en que los encontraban. Era mucho más sencillo: sólo había que provocar un incendio sin siquiera necesidad de bajar.

Trabajando en aquellos lugares el pobre profesor de escuela superior, Edgar

Derby, fue atrapado con una tetera que había tomado de las catacumbas. Fue arrestado por pillaje, juzgado y muerto.

Así fue.

En algún lugar, cerca de allí empezaba la primavera. Los refugios llenos de cadáveres fueron cerrados. Los soldados dejaron de luchar contra los rusos. En el campo, las mujeres y los niños hacían hoyos para enterrar las armas. Billy y el resto de su grupo fueron encerrados en unos establos de una casa de campo. Y una buena mañana al levantarse descubrieron que la puerta no estaba cerrada. En Europa, la Segunda Guerra Mundial había terminado.

Billy y el resto de los americanos salieron a vagabundear. Iban por una carretera sombreada. En los árboles empezaban a brotar las hojas. No había nadie ni pasaba nada. Sólo un vehículo, una carreta abandonada, tirada por dos caballos. La carreta era de color verde y tenía forma de ataúd.

Los pájaros trinaban.

Un pájaro le dijo a Billy Pilgrim: «¿Pío-pío-pi?»